...BLAS SEXUALES



A. MARTIN
DE LUCENAY

1'25
PTS.

...supersticiones del embarazo

TEMAS SEXUALES

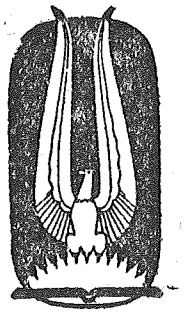
BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

18

A. MARTIN DE LUCENAY

SUPERSTICIONES DEL EMBARAZO

Origen de las supersticiones. -- La mujer y los genios malignos. -- Los antojos alimenticios. -- Teorías y prácticas actuales. Impresiones de la imaginación maternal. La curación mágica de las dolencias sexuales.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
MAYO 1938

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 y 16

PRÓLOGO DEL TEMA

ESE obstinado empeño de la moral de casi todos los tiempos de impedir el claro conocimiento de las cuestiones sexuales; esa tendencia a prohibir bajo la amenaza de penas severas, tanto en esta vida como en la otra, la divulgación de todos estos hechos maravillosos por los cuales la especie humana se reproduce incesantemente, dió lugar a que en torno a esta función natural y necesaria se levantase una barrera de misterios, de incógnitas y de prejuicios que, unas veces a causa de la difícil explicación de ciertos fenómenos y otras en virtud de un extraño concepto de la honestidad, es lo cierto e indiscutible que se mantuvieron errores y prosperaron creencias descabelladas y absurdas, desprovistas en absoluto de bases racionales en qué fundamentar la razón de tales fenómenos.

La civilización, o mejor dicho, los progresos de la cultura y el triunfo de la verdad científica sobre la relatividad de la verdad religiosa, han hecho el milagro de rasgar cendales y esfumar nebulosas, destruyendo aquellos groseros errores que venían legándose de unos a otros, no sólo entre las clases menos educadas y civilizadas, sino hasta en aquellas en las que la superioridad intelectual debiera haber sido el cáustico demoledor de la supervivencia de tantos disparates acumulados sobre un aspecto de la vida humana en el que sus factores, absolutamente naturales, no pueden prestarse a la influencia de las causas mágicas, que nada pueden ni nada representan en la lógica evolución de los actos lógicos.

No obstante, no tenemos derecho a mostrarnos radicales en nuestra condenación, en nuestra protesta; evidentemente, el mismo misterio que rodea a ciertos actos de la procreación humana y en el que la ciencia no acaba de penetrar libremente, sirvió y sirve para alentar la existencia de opiniones—ya no decimos "errores"—, de las que si no es posible decir que tengan una base clara de pervivencia, tampoco podemos aducir otras, demostrando su valor, para destruir aquéllas.

Las supersticiones relacionadas con la función sexual—menstruación, unión sexual, embarazo, parto, puerperio, lactancia, enfermedades, etcétera—muestran analogías muy curiosas, sobre todo si vemos que las sostienen, las alientan y hasta sirven de artículos de fe en las costumbres de los pueblos más alejados entre sí, no sólo geográficamente, sino que también intelectualmente. Suponiendo que tales supersticiones análogas se transmitiesen de allí a aquí o de aquí a allá—lo que en ciertos casos tam-

poco es admisible—, y que esta sea la razón de su analogía entre gentes tan distanciadas, no es posible fijar las causas que las motivaron ni concretar el vehículo de transmisión.

Por esto podemos decir que, siendo igual el instinto de la reproducción para todos los humanos, aparte de las influencias de la civilización, no es osado afirmar que ciertas supersticiones pueden ser también instintivas y estar arraigadas de una manera unánime entre las gentes del mundo entero, tomando como medida un grado uniforme de intelectualidad. Esto, desde luego, no puede tener otro valor que el de una hipótesis; ¿pero de qué otra forma hemos de explicarnos la razón de esas coincidencias?

En algunos aspectos no cabe duda que puede establecerse una asociación de ideas suficiente para servir de base satisfactoria de explicación, como veremos más adelante; mas en otros, ni la inteligencia ni la imaginación bastan para dar una pauta racional, para prender la punta del hilo que nos lleve al ovillo.

Lo más interesante de esta cuestión está en que las supersticiones y creencias de todo género, si bien no tienen explicación, no están exentas de aspectos que pueden ejercer y ejercen una influencia perniciosa sobre el organismo psíquico cuando la voluntad del individuo o su intelectualidad no están bien preparadas para rechazar de plano la fe en cosas que no son explicables, que no pueden admitirse. En el folk-lore de todos los pueblos nos vemos ante la existencia de unos usos y unas creencias cuyo origen se pierde en lo más remoto de su historia, que si bien para un hombre de ciencia moderno apenas si merecen una sonrisa cortés de incredulidad, para quienes las practican ya son algo respetable, porque si estuviesen convencidos de su ineficacia, lógico es suponer que no las observarían. ¿Qué relación, pues, puede existir entre esas prácticas y esos resultados? Esta es la incógnita: aquí está el enigma que en muchos casos nadie, hasta hoy, ha podido desentrañar.

Las supersticiones arraigadas desde tiempo inmemorial en torno de los fenómenos naturales de la sexualidad han creado en innumerables individuos y colectivamente en muchos pueblos una especie de segunda naturaleza, arbitraria y falsa, que serena y científicamente es imposible admitir. Así, pues, aunque en el presente título designemos solamente al embarazo, incluiremos a todos los aspectos referentes a la cuestión sexual, la más antigua y la menos conocida de todas las funciones de la economía humana y la que más se ha prestado a toda clase de charlatanerías por la ignorancia de unos, la intolerancia de otros y la moral de todos...

ORIGEN DE LAS SUPERSTICIONES

El principio de las ideas religioso-sexuales.—Las "santificadas".—Prostitución religiosa.—Superstición y religión.—Influencia de los factores económicos.—Influencia de la cultura.—División de la historia del amor humano.—Explicaciones de Tylor.—Las de Billroth.—La desfloración religiosa.—Narraciones de los viajeros.—Los supersticiosos.—Misterio y animismo.—Imposibilidad de negar ni afirmar.

DICE Billroth que el hombre, en realidad, no puede imaginarse nada sobrenatural ni nada antinatural, porque siempre tiene que pensar y obrar solamente con cualidades humanas. No obstante, si tenemos en cuenta que el hombre primitivo admitió la influencia de algunos espíritus en el instinto sexual, y que rindió culto a dicho instinto como representación palpable de los espíritus, éstos, al ser la inspiración de aquél, habían de tener una importancia religiosa indiscutible, puesto que el instinto sexual era de por sí una divinidad.

Este es el principio de las ideas religioso-sexuales, de la divinización de la sexualidad, cuyo proceso psicológico trató admirablemente Iwan Bloch. Como algo demoníaco—dice—, siniestro y sobrenatural, se manifiesta en la pubertad el instinto sexual en la vida del hombre, despertando con su intensidad, su espontaneidad y la variación de sus impresiones aquellas sensaciones que de un modo no sospechado animan, inflaman y fertilizan la imaginación Un místico terror, consecuencia de la fuerza elemental con que este fenómeno se apodera del hombre, invade su alma, terror que él atribuye a causas sobrenaturales, y "así se une en el círculo de sus sentimientos aquel efecto sobrenatural con los otros que antes ya había experimentado" y que le sugieren "la idea de una dependencia de una o varias fuerzas superiores", ante las cuales se inclina en adoración.

Desde los tiempos más remotos de la historia de la Humanidad, observamos que la religión y la sexualidad marchan unidas, en una identificación muy íntima, en lo que afecta a la divinización de lo metafísico, de

donde surgen las relaciones más singulares entre ambos aspectos y tambi
la fácil transición de los sentimientos religiosos a los puramente sexual
que se manifiestan en todas las ocasiones de la vida.

Esto se explica por el hecho de que al no ser bien conocidos los o
genes de muchos fenómenos del sexo, empezando por el de la procreaci
no existiendo otros poderes de más prestigio que los de la religión, a és
a lo sobrenatural, había que achacar el por qué de esos otros hechos q
no podían explicarse fácilmente. A poco que observemos, se verá que es
que ocurría en los primitivos tiempos de la humanidad, se sigue observa
do en los tiempos modernos entre las gentes que aún no han logra
emanciparse de las influencias de aquellas teorías morales.

Esta relación entre lo religioso y lo sexual la encontramos más acusad
en la mujer que en el hombre: la religión, dígase lo que se quiera, es un
parte de la vida sexual de la mujer, aunque en los tiempos actuales es
influencia haya quedado reducida a una expresión mínima. En la Eda
Media estaba muy extendida en Europa, sobre todo en Francia, la creen
cia de que las relaciones sexuales entre mujeres y sacerdotes, tenían la vi
tud de santificar a aquéllas, por lo que se las llamaba "santificadas". Mo
dernamente, ese olor de santidad de la amante de un religioso ya merec
un calificativa más duro y castizo, o, por lo menos, el de "beata".

Dice un autor que la interesantísima historia de los complicados y no
tables fenómenos religioso-sexuales nos explica hechos individuales psicoló
gico-colectivos de los pueblos y nos hace comprender las poderosas conse
cuencias en los usos, costumbres y convencionalismos de nuestra época
el papel que el factor religioso-sexual desempeña todavía hoy en la vid
de muchas personas.

En este punto, para que no se escandalicen nuestros críticos puritanos
bueno es advertir que no nos referimos a una religión determinada, sino
que nuestras consideraciones comprenden a todas por igual, si bien es cier
to que esas relaciones se aprecian más en unas que en otras, según las épo
cas y el grado de civilización de los pueblos. Así nos encontramos con l
prostitución religiosa, "el sacrificio del placer carnal", designado por el so
ciólogo e historiador alemán Eduard von Mayer, "porque en esta prosti
tución el acto del placer sexuel se considera como un sacrificio ofrendad
a la divinidad, acto que la forma de la entrega sin limitación sexual a cual
quiera y sin amor convierte en un acto de la más cruda sensualidad, y
como mediaba cierta remuneración, lleva consigo todas las características
de lo que hoy día se define bajo el nombre de "prostitución". En el volu
men correspondiente hablaremos con toda amplitud de los orígenes religio
sos de la prostitución, según figura en la historia de todos los pueblos.

Así, pues, el origen de todas o de casi todas las supersticiones relacio
nadas con la sexualidad, está en las religiones, en las pautas espirituales de
los diversos pueblos, ya sea la divinidad una ser incorpóreo, con figura
humana, un animal, el Sol, la Luna, una estrella, una piedra, etc.

En los comienzos de la historia de esos pueblos, cuando los medios de
investigación eran escasos o nulos, esas supersticiones, repetimos, tenían
un carácter marcadamente religioso, o, si queremos decirlo de otra forma,
la religión no era otra cosa que un cúmulo de supersticiones. Ahora bien,
la mayor dificultad estriba en diferenciar la religión de la superstición, esto
es, en separar las normas morales indicadas por los teólogos e inspiradas
por las divinidades superiores, de las creencias populares que aunque ten
gan su origen en esas inpiraciones, no puede decirse que sus enunciados
sean puros, sean divinos, sino que se han producido, en su mayor parte,
en la sucesión de misteriosos hechos que nadie más que la imaginación del
individuo puede explicarse, sin que la ciencia ni la religión sean capaces
de poner en claro tantas ridiculeces y atrocidades. Después de todo, ¿es
fácil diferenciar la religión de la superstición y a la imagen del fetiche?...

Esos mismos pueblos que fueron evolucionando en todos los órdenes de
la intelectualidad, estaban separados por castas, separación justificada por
el factor económico o el cultural, como aun ocurre en todos los pueblos.
Esto quiere decir que los individuos más cultos y mejor educados, ani
mados de un espíritu más positivista y más a tono con las expresiones cul
turales modernas, rechazaron de plano esas creencias y supersticiones, fun
dándose tanto en las aclaraciones de la ciencia como en su propio con
vencimiento. Pero en las clases más humildes, en las menos educadas, ese
paralelismo religioso-sexual subsiste acusado en múltiples detalles más o
menos significativos de la pervivencia de los primitivos conceptos.

Lo más curioso del caso es que estas supersticiones subsisten, no sólo
en los individuos, sino colectivamente en muchos pueblos, con indepen
dencia absoluta de las creencias religiosas. Los mismos sacerdotes de los di
versos cultos, ya sean cristianos, mahometanos, budhistas o adoradores de
los poderes de la Naturaleza, se esfuerzan en desarraigar estas creencias,
haciendo ver a los fieles la conveniencia moral de adoptar las razones na
turales que rigen en los actos del sexo, en vista de que los progresos de la
ciencia se han abierto un camino legítimo por entre la maraña casi in
extricable de los viejos credos animísticos, aclarando misterios y resolvien
do enigmas que sirvieron de único eje en la marcha de aquellas costum
bres ancestrales.

En todos los aspectos de la sexualidad se observa el efecto de las in
fluencias dogmáticas, ya lo analicemos desde el punto de vista de la civi-

lización o descendamos a los pueblos más bárbaros y refractarios a todo elemento iniciador de cultura.

Y no hablemos de la superstición organizada como única religión o como complemento de la religión misma, con la diferencia de que aquélla —la magia—tiende a lograr las mejoras o beneficios materiales, y ésta se refiere al alma, a la parte exclusivamente espiritual de la vida de esos pueblos, cuyos individuos confían en el más allá; si fuésemos a estudiar con todo detenimiento la razón de esos ritos grotescos y terribles, es fácil que encontrásemos signos y reminiscencias de otras costumbres más remotas y evidenciadoras de una moral sexual tan terrible, tan dramática e inhumana, que no sería comparable con nada en cuanto a significación y magnitud.

Desde luego, casi todas las supersticiones relacionadas con la sexualidad, o mejor dicho, con la procreación, han tenido en todos los pueblos un motivo menos espiritual que material. Las circunstancias espirituales se supeditaban siempre a las normas materialistas, aunque éstas no dejasen de ejercer su influencia sobre la moral ideal. Unas creencias condenaban la sexualidad y otras tendían a servir de estímulo para el desenfreno carnal. Dependía ello, esencialmente, de esa parte que sigue encadenada a las expresiones del instinto de reproducción; los factores económicos. Cuando la religión oficial, por decirlo así, del pueblo o de la tribu no era suficiente para manifestarse con eficacia en pro de los intereses materiales de los fieles, como un elemento auxiliar de la religión, surgían los tabús, las supersticiones.

Suponiendo a un pueblo de individuos sanos e inteligentes provistos de los mejores elementos de subsistencia, ya sea en virtud de la abundancia de la caza, de la pesca, de la riqueza natural de la tierra, etc., la procreación había de ser estimulada, porque la grandeza de un pueblo depende de la mayor cantidad y de la mejor calidad de sus ciudadanos.

En estas condiciones, la religión y la superstición—que a veces van tan unidas que no es posible definir dónde acaba la una y dónde empieza la otra—, habían de mostrarse coincidentes en estimular el ejercicio de las funciones procreadoras, tendentes a garantizar en todo lo posible el más significado prestigio de la raza. A la vez, no sólo la selección sexual, sino también las condiciones del comercio erótico, habían de estar reglamentadas al objeto de conseguir los mejores productos humanos, en lo que no cabe duda que era necesario aplaudir tan sana orientación eugénica.

El pueblo que tomamos como tipo de nuestro ejemplo, ha transcurrido en medio de este bienestar durante algunos cientos de años, tiempo suficiente para que en sus creencias se haya arraigado la fe en las prescripciones religiosas y en las prácticas supersticiosas auxiliares, hasta el punto de formar en el individuo dos naturalezas distintas, pese a sus múltiples puntos de contacto, pero muy fáciles de aislar cuando el progreso de la cultura o las razones particulares de conveniencia justifican la necesidad de un cambio en los métodos.

Ahora bien, estos cambios no se justifican sólo por necesidades puramente espirituales, sino que su origen suele asentarse sobre razones económicas, notándose su influencia más en aquellos aspectos artificiales de las condiciones de la vida, que en los que pudiéramos llamar naturales, o, mejor dicho, instintivos, que no se prestan a ser modificados más que en la forma, pero jamás en el fondo.

Este pueblo, sigamos nuestra hipótesis, ha sufrido una baja en los valores de su expresión económica, y la pujanza de antes se ha convertido en una decadencia que casi llega a la miseria colectiva. La transformación de todos los caracteres morales se habrá verificado, seguramente, siguiendo el mismo ritmo que la decadencia económica; mas en aquello que se refiere a la naturaleza instintiva, ¿habrá ocurrido lo mismo? No. A lo sumo, la modificación habrá sido aparente, epidérmica; pero nunca real y profunda. En cambio, las ideas netamente religiosas que se opongan al ejercicio de funciones o actividades más agradables, a los placeres compensadores de las amarguras e inquietudes evidentes, como sólo prometen venturas en un más allá desconocido, y en el que se tendrá menos fe a medida que las dificultades positivas resulten mayores, de ahí que las religiones mueran y las supersticiones perduren.

Inversamente, cuando los principios de la vida de otro pueblo hayan sido diametralmente opuestos, esto es, asentados sobre bases económicas escasas o inciertas, las supersticiones persistirán mientras el nivel económico no varíe. No cabe duda que la cultura, si bien tiende a crear el escepticismo en lo que afecta a la apreciación de las cuestiones espirituales, también modifica el criterio restrictivo de los instintos, hasta eliminarle si es posible; pero nunca opera la influencia contraria, como sería el hecho de reprimirlos, hasta que no se ha llegado a un grado superior de civilización. En todo caso, siempre es la forma, pero jamás el fondo, lo que experimenta los efectos de la revolución, cuando esa revolución pretende refrenar la actividad de los instintos.

Entre las gentes de más bajo nivel intelectual de todos los pueblos, la dirección de la vida espiritual estuvo siempre encomendada a los representantes legítimos de las divinidades, ya sean sacerdotes, magos, hechiceros, etc., a quienes hay que suponer en posesión de un grado mayor de cultura o de más amplios conocimientos en tan misteriosas materias como

son las que entran en la estructuración de las religiones. No es posib
negar a estos propagandistas de la fe la mejor intención en sus orientaci
nes tendentes siempre a procurar la máxima quietud y la más floreciente
prosperidad espiritual de los rebaños humanos, en los que forzosamente
hace preciso contener o dominar sus instintos siempre en consonancia co
el particular bienestar, aunque no pudiera decirse lo mismo, en muchos
casos, en lo que afecta a la relación que debe existir entre las manifestac
nes instintivas y la potencialidad económica de esos pueblos.

Por estas razones, los propagandistas de las teorías religiosas no ha
titubeado nunca en asimilar a sus doctrinas todos aquellos aspectos que
aunque no tuviesen una relación directa con los principios religiosos, mo
traban una tendencia destacada a mejorar las condiciones de la existencia
tanto espiritual como material, en concordancia con las orientaciones re
ligiosas.

Si nos detenemos a analizar con cuidado los aspectos de las religiones
veremos que hay muchos que se apartan por completo de los verdaderos
principios del dogma y que sus orígenes no es posible encontrarlos en la
primitivas ideas netamente religiosas. Tales aspectos no son otra cosa que
la consecuencia de las creencias particulares de los individuos, las cuales
por causas diversas, fueron extendiéndose y propagándose hasta convertirse
en verdaderos artículos de fe, por lo que esa misma fe no tuvo inconve
niente en adaptarlos a sus significados en virtud de la evidente utilidad
que representaba para las mejores condiciones de la vida moral y material
del pueblo. Luego puede decirse que las religiones, particularmente las más
primitivas, están formadas por partes iguales, por principios divinos inmu
tables y creencias humanas susceptibles de transformarse en el ánimo de
las gentes; éstas son las supersticiones.

Al ser la procreación una consecuencia del amor y siendo el amor, en
su sentido abstracto, el fundamento de todas las religiones, puede decirse
que todos los dogmas se han referido, al menos en la pureza de sus prin
cipios, a las cuestiones del amor sexual como sistema único e insustituíble
para lograr la perpetuación de la raza. Iwan Bloch, al referirse a la aso
ciación existente entre la religión y el amor, dice: "Si consideramos en
sus detalles la paulatina penetración de elementos espirituales en la sexua
lidad y el constante desarrollo y perfeccionamiento del amor por la cul
tura, deduciremos también para el amor del hombre culto moderno una
especie de ley fundamental biogenésica, o, mejor aún, psicogenésica. En
el amor moderno nos encontramos todos los elementos espirituales y efica
ces en el amor de otros tiempos; el amor del hombre culto de la actualidad
es un extracto muy reducido, una comprimida repetición de todo el pro

ceso del desarrollo del amor desde los más remotos tiempos hasta nuestros
días. Y la tendencia general de dicho desarrollo se repite en el amor del
individuo.

Esta tendencia, para expresarnos brevemente, va de lo general a lo
individual, de allá a acá. Por eso se puede dividir la historia del amor
humano en dos períodos. En el primero fué esencialmente una relación
trascendental de naturaleza de índole principalmente religiosometafísica;
las relaciones trascendentales desempeñaban entonces un papel mucho más
importante que las puramente individuales y personales; en todas partes
llevaban consigo un elemento del más allá. En el segundo período se fué
convirtiendo el amor en una relación personal, en la cual el hombre mismo
se antepone a todo lo trascendental. La historia del amor es, por decirlo
así, una ilustración de la sustitución por relevo, de la época teológicometa-
física por la antropología. Pero todavía actúan en el amor individual mu-
chos momentos del trascendental que no se pueden negar. Aquellos ele-
mentos espirituales más antiguos en el amor constituyen todavía parte de
la sustancia del amor y desempeñan un papel importante en su génesis.

A esos primitivos fenómenos psíquicos pertenece, ante todo, la íntima
conexión de las ideas religiosas y de los sentimientos con la vida sexual.
En cierto sentido puede decirse que la historia de las religiones es la his-
toria de una forma especial de mostrarse el instinto sexual humano en sus
efectos sobre la imaginación y las imágenes que ésta se forma.

Es una injusticia muy grande la que cometen algunos escritores moder-
nos laicos poco ilustrados al hacer responsable a la iglesia católica de la
aparición de estos fenómenos en el culto y en el dogma. Una investigación
científica de estas relaciones enseña más bien que en todas las religiones
se encuentra más o menos esta mezcla sexual, y si en la iglesia católica
aparentemente se ha manifestado más esta mezcla ha sido, en primer lu-
gar, porque está más cerca de nosotros por el tiempo que muchas religiones
de la antigüedad, y, en segundo, por la circunstancia de que la iglesia
católica se ha mostrado siempre más franca o menos hipócrita acerca de
este asunto que, por ejemplo, los pietistas protestantes, que se hicieron so-
lidarios de no pocos excesos sexuales.

Sólo lograremos una base verdaderamente objetiva para juzgar las afini-
dades entre la religión y la vida sexual, si las consideramos, no como cosa
del dogma, sino estudiándolas desde el punto de vista desde el cual debe
juzgárselas: el antropológico. Porque estas afinidades son peculiares del
genus homo como tal. El elemento sexual se encuentra lo mismo en la re-
ligión de los pueblos primitivos que en las modernas religiones de la cul-
tura.

La ciencia antropológica hasta ahora se ha ocupado más del hecho de las notables relaciones que existen entre la religión y la sexualidad que de investigar sus causas; pero no puede caber duda de que estas relaciones proceden de la naturaleza humana. Todos los distintos antropólogos y médicos que se han ocupado de este problema están de acuerdo en que la afinidad entre la religión y la vida sexual sólo puede explicarse antropoformística y animísticamente; por consiguiente, por medio de aquellas clases de ideas que Tylor ha probado que son los fundamentos de la primitiva vida del espíritu.

Por eso duda el gran médico y conocedor de los hombres, Theodor Billroth, de la existencia de una religión pura y libre de toda adición sexual. En una carta a Hanslick, de fecha 21 de febrero de 1891, le dice: "A mi modo de pensar, le parece una insensatez el hablar de sentimientos religiosos especiales. Lo que así se ha dado en llamar es, o un fantástico y soñador estado de ánimo que puede llegar hasta la alucinación y tiene por esencia cualquier figuración de la imaginación, que excita el anhelo y las ansias del creyente o del enamorado, o en los fanáticos una excitación precisamente erótica, como la que anima a los derviches que aúllan y giran vertiginosamente y los saltos de los flagelantes. La iglesia, llamando a Jesucristo el prometido y esposa de las monjas, y a sí misma esposa de los monjes, tiene también conexión con lo que estamos citando, que en cierto sentido es la continuación del culto de Isis y el de las fiestas en homenaje a Baco y a Afrodita. El hombre se ha imaginado siempre a sus dioses o a sus dios a semejanza suya, y al adorarlos se ensalza en realidad a sí mismo en las formas artísticas de la época. Y lo mismo que lo llamado divino no es siempre más que una abstracción o personificación de una o varias cualidades humanas en el grado sumo imaginable de su potencia, no pueden ser diferentes lo divino y lo humano, lo mundano y lo religioso."

Fuera del cristianismo es donde más directamente se advierte la estrechísima relación que existe entre la religión y la sexualidad. En nuestra religión la virginidad de la mujer fué elevada a la máxima categoría religiosa, hasta el punto, como sabemos, de que la Madre de Cristo le concibió y le parió en estado de virginidad, si hemos de creer ciegamente en las afirmaciones teológicas que casi siempre, en los hechos más importantes, han mostrado un afán indiscutible en apartarse de las realidades biológicas.

En otras religiones vemos que la virginidad de las jóvenes era entregada a las divinidades por medio de los procedimientos más diversos. Este sistema de prostitución religiosa se efectuaba, por lo general, sirviéndose de un aparato que imitaba el miembro viril, construído de piedra, marfil o

madera. En otras ocasiones, la desfloración se efectuaba por medio del contacto directo de las partes sexuales del dios de la desfloración, si bien a veces se entregaba la mujer al rey, a un sacerdote o a su padre o su hermano, santificándose de esta forma el incesto, acaso por una reminiscencia de la remota creación del ser humano, que necesariamente hubo de ser incestuosa si nos atenemos al origen de la especie conforme a las definiciones teológicas.

La desfloración religiosa se efectúa frecuentemente en la India, utilizando el símbolo divino. El explorador portugués Duarte Barbosa, fué el primer europeo que trajo noticias de estas ceremonias, allá por el siglo XVI, por haber asistido a la desfloración de algunas jóvenes en un festival. Presenció este espectáculo en la provincia del Dekhan, y refiere que después de unos cánticos y rezos en honor de la deidad, las mujeres eran desfloradas sirviéndose del *ligham* en la forma que ya hemos estudiado en uno de los primeros volúmenes de esta colección.

Según Barbosa, las jóvenes así desfloradas no tendrían más edad de nueve o diez años. Posteriormente, Huygen y Balbi, hablando de las costumbres sexuales de los indígenas de Goa, refieren que las jóvenes eran dsfloradas en el templo por un sacerdote, el cual las introducía en la vagina "una especie de miembro viril de hierro, cobre o marfil, destruyendo así la barrera natural del pudor femenino."

Afirman también dichos viajeros, que cuando no se realizaba la desvirginización por ese procedimiento, las muchachas marchaban a un lugar distante veinte kilómetros de Goa, donde había un ídolo de piedra provisto de una imitación muy prefecta del miembro viril, "y colocado de tal forma que la desfloración resultase muy fácil." A juzgar por la dureza de la piedra y la pulimentación que ofrecía el símil del órgano, estiman dichos autores que las costumbres de la desfloración son antiquísimas y se siguen practicando con harta frecuencia.

Schultze, en su *Viaje a la India,* dijo en el año 1676 lo siguiente: "Por medio de este priapo, y con ayuda de los parientes y amigos presentes, se arrebata a las jóvenes, de una manera dolorosa y por la violencia, su virginidad, y el novio se regocija de que el repugnante y maldito ídolo le haya demostrado tal honor, esperando que ese acto reportará bendiciones a su matrimonio."

Hay historiadores que aseguran que entre los moabitas y judíos, el dios llamado Baal Peor tenía a su cargo la tarea de la desfloración de las jóvenes doncellas, derivándose su nombre de la palabra "peor", que significa abrir, refiriéndose a la membrana himen. Entre los antiguos romanos, también había divinidades a las que se sacrificaba la virginidad. "En ho-

nor a estas divinidades sexuales—dice Bloch—, refieren San Agustín, Lactancio y Arnobio que la novia tenía que sentarse sobre un *fascinum*, o sea el *membrun virile* de las estatuas de Priapo, y de esta manera sacrificaba física o simbólicamente su virginidad a la divinidad, y, según la tradición, de este modo se produjo la concepción de Ocrisia."

Claro es que en la mayoría de los pueblos a que hacemos referencia, las costumbres han cambiado tanto, que actualmente, al repasarlas, nos resultan casi desconocidas.

Pero de aquellos usos, de aquellas prácticas que fundamentalmente no figuraban en las religiones, sino que fueron introducidas en éstas por causas especiales, quedan las reminiscencias en forma de supersticiones, de algo que se nos ofrece en su verdadera expresión, esto es, como manifestaciones contrarias a la razón y a las causas religiosas que en otros tiempos las autorizaron.

Independientemente de este fondo religioso-sexual, cada pueblo sostiene creencias de origen completamente desconocido, y los individuos, aunque sean muy buenos religiosos, hacen compatibles las supersticiones de toda clase con las más acendradas convicciones de los dogmas oficiales, sin que sea posible desarraigarlas del ánimo colectivo por más esfuerzos que en en tal sentido se realicen.

Aparte del aspecto que se refiere a la sexualidad, nos encontramos con personas cultas, educadas, bien religiosas o de pensamiento libre, que no son capaces de sustraerse a la influencia de hechos nimios, de accidentes sin importancia, de palabras, de números, etc., lo que produce en su ánimo una emoción de temor, de alegría, de esperanza o de desesperación, sentimientos que no pueden ocultar, que "salen a la cara" y se reflejan en los actos de una manera inevitable. Hay quienes atribuyen el máximo fatalismo al número 13, a que se derrame un salero, a que se abra un paraguas en una habitación, que se haga girar a una silla, que se rompa un espejo, que se pronuncien las palabras "culebra" y "lagarto"... Los jugadores, cuando la suerte les favorece, jamás lo atribuyen a un hecho casual, sino que lo relacionan con una trivialidad cualquiera que inmediatamente se erige en "mascota". Por el contrario, si pierde, ya cree que es "gaffe" el camarero, el "mirón", el sitio en que se ha sentado, etc., etc.

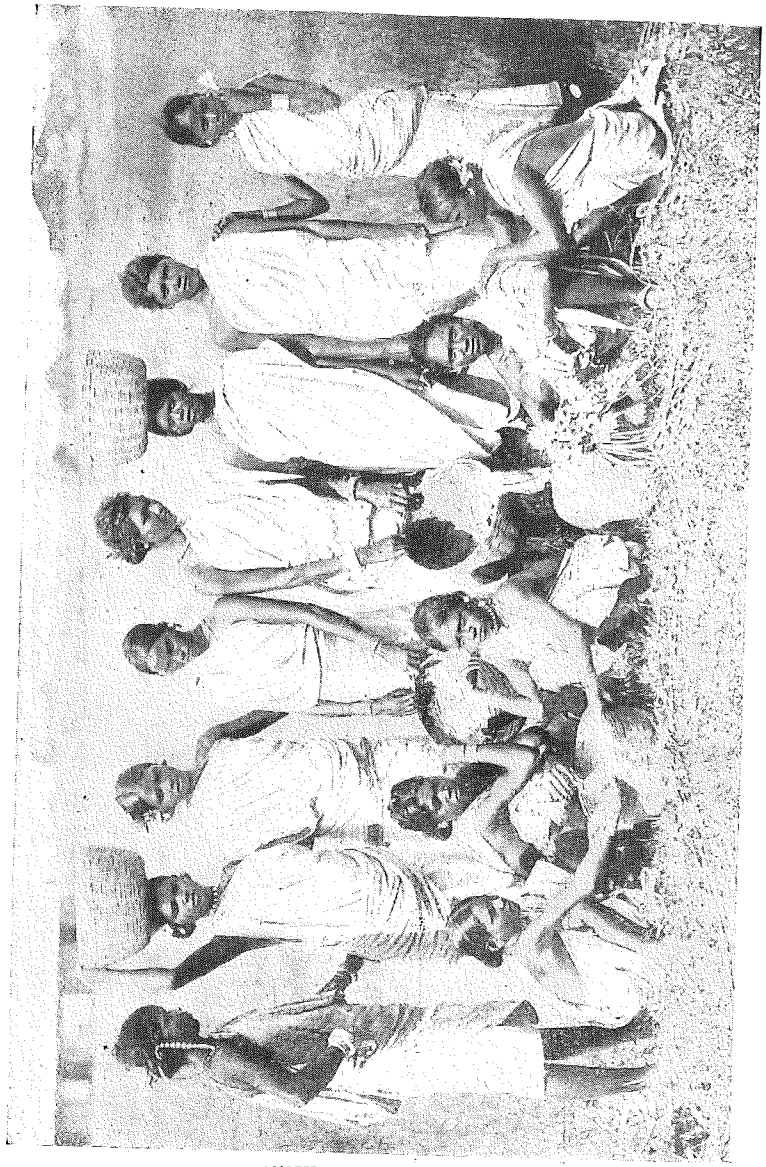
Sería una tarea enorme referir uno por uno todos los hechos de ésta índole de que cualquiera puede tener conocimiento. Pero lo admirable del caso, es que estas supersticiones no quedan limitadas a un pueblo, a una nación o a una parte del mundo, como producto local; la analogía, mejor dicho, la semejanza, la encontramos en otras creencias que están arraigadas en las gentes a miles y miles de leguas.



MUJER SAKALAVE

Estas indígenas de Madagascar creen sinceramente que los reptiles de todas clases gustan de las secreciones menstruales, y al objeto de impedir sus ataques, se cubren los órganos genitales con el mayor cuidado.

LAMINA I



MUCHACHAS «KOLES»

El hecho de bañarse en los ríos sagrados durante la época menstrual, produce la impurificación de sus aguas, por lo que estas muchachas indias se abstienen de todo contacto, con lo que harían impuro cuanto tocasen.

LAMINA II

¿Dónde está el origen de tales supersticiones, y cuáles fueron las causas que las motivaron?... Esto no es posible contestarlo; pero si a un supersticioso se le pregunta el por qué de su conducta, casi siempre os dirá, por ejemplo, que "a Fulano se le rompió un espejo, y al día siguiente se le murió una hija"; que a él se le vertió un salero, y a los pocos momentos recibía una noticia desagradable; que vió un entierro y perdió aquella tarde al póker...

Siempre es fácil establecer una asociación entre un hecho y una consecuencia, relacionando ambos accidentes tan estrechamente, que en lo sucesivo ya no será posible desprenderse de lo que llega a constituir una verdadera obsesión.

Y las opiniones y convicciones se extienden como la gota de aceite con tanta mayor facilidad, eso sí, cuanto más deficiente sea el grado de cultura. No obstante, muchos hombres célebres por su intelectualidad, que sería prolijo enumerar, han llegado hasta el extremo de someter todos los actos de su vida al control de las ideas supersticiosas.

En el volumen titulado *El amor y la magia* de estos TEMAS SEXUALES, habremos de ocuparnos con todo detenimiento de las supersticiones organizadas en forma de verdadera religión, desde la quiromancia y el charlatanismo de los cartólogos hasta la magia negra, pasando por las brujas y demás aspectos de la "alta superstición", por decirlo así.

El elemento de misterio que preside en ciertos hechos de la vida sexual, ha sido la base de todas esas prácticas y teorías que subsisten resistiéndose con toda tenacidad a los empujes vigorosos de la civilización. Claro es que si la ciencia o la razón dispusiesen de los necesarios elementos para demostrar la falsedad de esos asertos, no cabe duda que las supersticiones habrían dejado de existir en todos los ánimos; pero mientras esto no sea así, hemos de comprender que no será posible arrancar de cuajo las profundas raíces de ese animismo que tanta importancia tiene en el sentir de los pueblos.

Indudablemente, en esas supersticiones es posible encontrar alguno que otro motivo razonable, alguna razón de ser y de supervivir por encima de todos los progresos revolucionarios de la cultura, aunque ésta no lo reconozca así, como no sea incluyéndolas en cualquier acepción natural o científica. Ahora bien, que mientras la ciencia o la cultura no están dispuestas a concederles una importancia capital, las creencias tampoco ceden terreno, porque al no desvanecerse claramente las incógnitas, como decíamos antes, siempre queda una reminiscencia de temor o de fe que hace imposible al individuo aceptar los hechos tal y como razonablemente han

de sucederse, desde el punto de vista *casi* matemático de la ciencia y el valor *relativo* de la investigación.

Así, pues, nadie cede en su derecho de creer o negar con arreglo a sus convicciones, mientras los incrédulos no aduzcan razones *completamente* exactas de valor *absoluto*, o los crédulos sean capaces de convertir los argumentos en razones indiscutibles.

En estos términos está planteada la pugna de la razón y la superstición: la una es relativamente razonable en sus demostraciones, y la otra no deja de manifestarse en virtud de los hechos que la autorizan. Es, pues, un problema sin posibilidad de una correcta solución.

LA MUJER Y LOS GENIOS MALIGNOS

La impureza menstrual.—El hombre responsable del "misterio" femenino.—Las particularidades del sexo.—La alianza de la mujer y el demonio. Papel importante de la serpiente.—La menstruación provocada por los reptiles.—Los peligrosos influjos de la sangre menstrual.—Sus virtudes.—Como filtro de amor.—Como protección de la agricultura.—Los trastornos psíquicos.—Los remedios de la Inquisición.—Las amantes del demonio.

En el volumen I de estos TEMAS SEXUALES, y al referirnos a la función menstrual de la mujer, hemos aludido a algunas de las supersticiones que rodean a este hecho natural, pero que, esto no obstante, aún no parece completamente claro en todos sus extremos.

En casi todos los pueblos antiguos—y hasta pudiéramos decir que en muchos de moderna civilización—, la mujer ha sido considerada como impura durante los días de sus derrames catameniales, y un cúmulo de tremendas supersticiones se ha desplomado en toda época sobre su frágil constitución sentimental y física.

¿Qué razones han existido para ello? Poderosa, ninguna; esto, si hablamos por boca de la Ciencia. ¿Pero es tan fácil, como hemos dicho en el capítulo anterior, llevar las evidencias científicas al ánimo de todas las gentes? La dificultad esencial es ésta, y no otra.

Por otra parte, hemos de tener en cuenta un principio del que no es posible prescindir en el análisis de esta importante cuestión: la diferencia existente entre los dos sexos. Biológicamente hablando, ya hemos aprendido a conocer que en la cuestión sexual, el papel del macho consiste en atacar, y el de la hembra en defenderse en *apariencia*, mientras que *en realidad* está deseando que el ataque siga. Las armas de la aparente pasividad femenina son tan eficaces, que esa pasividad siempre parece real, mientras que las que esgrime el hombre para el ataque son tan débiles y tan claros son para la mujer sus movimientos, que antes de que la tiren un

mandoble ya ha preparado el escudo para dejar sin eficacia el golpe.

Para vencer esta actitud de la mujer, tan necesaria en ella para hacerse amar con las mayores probabilidades de sinceridad, se ha recurrido por el hombre a todos los métodos imaginables: Schopenhauer, por ejemplo, llevó su desprecio hacia el sexo "enemigo" hasta donde pudo, mientras que hombres como Ovidio, Lord Byron, Rousseau, Mundt y otros llegaron a presentárnosla como lo más maravilloso de la creación, quizá, en gran parte, por esa tendencia que tenemos a rodear de dificultades e incógnitas, de verdadero interés en una palabra, todo aquello que no acabamos de comprender clara y perfectamente.

Teodoro Mundt, por ejemplo, tal vez en virtud de ese adagio que dice que "cada uno cuenta de la feria según le va en ella", nos presenta al ser femenino en párrafos exaltados que dicen así: "Lo misterioso en la naturaleza femenina nos hace remontar con los místicos encantos de su organización a ideas particualres (1) y profundas acerca de la creación, y en estos bellísimos enigmas del amor se manifiesta la simpatía en todo lo dependiente de los mudos creados. Lo simpático, que atrae y subyuga a la fuerza, la música interna en las profundidades íntimas del alma del munod, que hace mover las estrellas, soles, cuerpos y espíritus en este eterno ritmo y en esta imperdible reciprocidad es lo femenino del Universo, es el eterno femenino, del que dice Goethe que eleva hasta el cielo. Por eso, no hay nada tan profundo, tan suave ni tan inexcrutable como el corazón de una mujer. En perenne movilidad se aferra a todas las lejanías de la existencia y escucha con sus nervios delicados las palpitaciones de lomás oculto que puede haber. Herido por todos los sonidos, construído como un arma espiritual, vibran en él, a veces proféticamente, las más recónditas cuerdas de la naturaleza y de la vida. Lo femenino es algo general en todo lo que es vida y la tímida alma de la existencia, y de aquí proviene la fina dependencia de la naturaleza femenina de todas las organizaciones generales, efectos y fuerzas elementales; de aquí proviene la misteriosa atracción que, como verdadero polo del sexo, ejerce mágicamente, como si todo sexo no pudiera encontrar más que en él y con él lo verdaderamente femenino, su tranquilidad, algo muy general que es común al otro y no lo es, y, sin embargo, sólo aspira a hacerse fuerte en el porvenir. Por eso interpretaron los antiguos de una manera verdaderamente notable esta idea de lo

(1) En efecto, no es posible adoptar una idea universal en cuanto a la conceptuación de la mujer, porque cada mujer no deja de ser también un caso *particular*, razón de más para que las opiniones de los hombres respecto de cada individuo del sexo opuesto hayan de ser, forzosamente, *particulares*.

eterno femeninoen la naturaleza, diciendo que las niñas de los ojos tienen todos sentada una joven."

Todo esto dice y mucho más en su libro acerca de Carlota Stieglitz, de la que estaba enamorado apasionadamente; pero, ¿de cuándo acá un enamorado de esa categoría comprendió exactamente el valor de los hechos biológicos?... Si sabemos que el amor es ciego—verdaderamente, sólo estando ciegos pueden cometerse cosas que sólo hacen los asnos—, a un enamorado no se le puede conceder beligerancia cuando se trata de analizar con serenidad estas cuestiones.

Pero a pesar de todas las poesías habidas y por haber, el hecho indudable está en esa profunda y arraigada antipatía que existe entre los dos sexos, por la razón simple de que jamás han sabido comprenderse. Ahora bien, no sé por qué regla de tres se sostiene que los hombres no comprendemos a las mujeres; ¿qué razón hay para no decir que son las mujeres las que no nos comprenden a nosotros?...

Naturalmente, seguimos hablando de los tiempos viejos, bastante anteriores a los primeros pasos que la mujer dió en el camino de su emancipación. Pero el hecho cierto es que la mujer, a medida que comprobaba que la mayoría de los hombres—por egoísmo, por necesidad de ella, por hambre de hembra muchas veces—la halagaban, la mimaban, la erigían poco menos que una diosa, ellas "se crecieron, se subieron a la parra", y desde allí seguían observando el cúmulo de groseras habilidades que ejercitábamos para que nos concediesen la limosna de satisfacer un erotismo bárbaro, que nos atormentaba.

La sexualidad, que al hombre convierte en un ser irreflexivo y vehemente, hace a la mujer calculadora y fría, hay quien dice que enigmática también, agregando que el ser femenino es un misterio delicioso o una caja de Pandora. Y este misterio con que se pretende envolver lo mismo a la campesina más zafia que a la dama más encopetada, no es otra cosa que un producto de nuestra ignorancia y de nuestro orgullo, del "ser masculino", que cuando se ve desprovisto de inteligencia y de poder para aclarar cualquier incógnita, opta por afirmar que el misterio es impenetrable. Por esto, los hombres que mejor han conocido a las mujeres, jamás han llegado al extremo de Mundt y de otros autores, sino que optaron por silenciar sus opiniones, o se decidieron a practicar un ataque a fondo, como hicieron los teólogos cristianos y los de casi todos los dogmas religiosos, casi siempre por incomprensión cuando no por despecho.

Desgraciadamente para la mujer, su mismo sér "misterioso", o, mejor dicho, el sér "ignorante" masculino, dió pie para que cada vez la encontrásemos más alejada de nosotros, más fuerte, a pesar de su debilidad.

Y como no era posible creer ciegamente en la fortaleza de que daba pruebas, no hubo inconveniente en afirmar que la mujer estaba llena de incógnitas y de misterios, que se atribuían a poderes sobrenaturales. Pero si es cierto que fué formada de una parte del hombre, ¿qué razón había para que no fuese lo mismo que él? Si la religión no lo explicaba, la superstición se encargó de aclarar el hecho, hasta el punto de que la pobre mujer se convirtió en tentación, en pecado, en aliada del diablo, en tabú y en maldición...

Todo lo que afectase a la mujer había de ser repugnante y nocivo: el demonio era un aliado de la mujer, y para librarse del demonio era necesario empezar por aislarse de la mujer.

Desde el Génesis nos encontramos con este principio animístico, en el momento en que Eva accede a las excitaciones demoníacas de la serpiente, que no era otra cosa que el demonio que tomó esa forma de reptil. Por esto dice Ellis que la relación de la mujer con la serpiente es una de las piedras angulares de la Teología cristiana. Robertson Smith dice que "siendo las serpientes los animales más dañinos que pueden exterminar al hombre, son los más asociados con los demonios. Eran los animales directa y constantemente asociados con los *djinn* o demonios árabes, y la serpiente del Edén era un demonio y no con disfraz temporal de Satanás. Quizá era, en parte, porque la serpiente es una personificación del demonio por lo que las mujeres estaban asociadas a ella, puesto que la mujer aparece siempre en relación con las creencias religiosas más antiguas.

En España entera—en toda Iberia, mejor dicho—, no hay quien no crea en el maleficio de las palabras "culebra" o "lagarto"; si nos detenemos a investigar el *folk-lore* ibérico, sólo habremos de excluir a un número reducido de personas.

Pero se ha llegado a más: muchas mujeres que están lactando, cuando ven desmejorar a sus hijos sin causas para ellas justificadas, pese a que la leche de sus pechos sea abundante y de buena calidad, ya creen en la intervención de poderes extraños. Así, es muy frecuente que en algunos pueblos se haya llegado a asegurar que por las noches, cuando el niño duerme al lado de la madre, una culebra mama la leche, mientras introduce la punta de la cola en la boca del niño para que no pueda ser advertido el fraude.

En todas las partes del mundo pueden observarse estas extrañas relaciones tan desconcertantes; dice un autor que en todas partes, la serpiente, el cocodrilo, el lagarto y toda clase de reptiles han sido adjudicados, con alguna intención siniestra o erótica, a las mujeres.

Nadie con más detalle que Havelock Hellis ha estudiado estas extrañas relaciones, procurando darlas una explicacinó satisfactoria. Desde luego, puede observarse que casi siempre late un elemento religioso y otro supersticioso; pero que rara vez se muestran dispares, acerca de la mujer y los reptiles. "No es posible, dice, dudar del extenso predominio de esta creencia. En la tribu de Port Lincoln, en la Australia del Sur, se dice que el lagarto separó al hombre de la mujer. En el territorio septentrional de la misma colonia se cree que la menstruación se debe a un bicho que araña la vagina y hace correr la sangre, y según Brouhg, en Victoria, la cabeza de una serpiente se introducía en la vagina de una virgen cuando se creía que no era lo bastante amplia para el coito."

En toda América, desde el Norte hasta el Sur, nos encontramos con el imperio absoluto de las mismas creencias, con ligeras variaciones. Los indios sioux aseguran que la menstruación es provocada en las vírgenes por la mordedura de una pequeña serpiente comestible que se cría en abundancia en las praderas. Este animal, que en otros aspectos es completamente inofensivo, jamás es cazado, como no sea para comerle, y cuando se les encuentra en el campo, por lo general en colonias numerosas, ni se les mata ni se les molesta, por considerar que su relación con la mujer es beneficiosa para la humanidad.

Estos beneficios, que aparte de los de alimentación no son otros que los que produce en la mujer provocando la aparición de las reglas menstruales, se explican por el hecho de que la mujer que no menstrua no puede tener hijos, aparte de que los indios conocen los trastornos psíquicos que padece la mujer que carece de reglas. Cuando al llegar a cierta edad la muchacha no menstrúa, se le hace dormir durante varias noches en pleno campo y en las inmediaciones de los lugares donde se advierta la presencia de las pequeñas serpientes.

En Bolivia se considera impura a la mujer que menstrúa, y a la inversa de lo que opinan los sioux, la aparición de las reglas en una muchacha no es acogida con satisfacción. Creen también que es una serpiente que ha herido a la joven en las partes más profundas de sus órganos genitales, y tan pronto como la muchacha lo advierte, sea la hora que fuere, empieza a proferir grandes gritos, lo que obliga a las mujeres viejas de la tribu a proveerse de palos con los que corren a buscar a la serpiente para matarla.

Entre los indios mejicanos existe la creencia, fuertemente arraigada, de que es el lagarto o cualquiera de sus congéneres la causa de la menstruación. No teniendo reparo en hablar con naturalidad de las cuestiones sexuales, cuando una mujer está menstruando dice que "la ha mordido el lagarto".

Casi todas las tribus brasileñas participan de la misma opinión. Hacia los doce o trece años, época de la pubertad de las mujeres, se las prohibe que se internen en los bosques o se alejen demasiado de los poblados, por temor a que las serpientes las violen y abusen de ellas sexualmente. Se cuentan varios casos de muchachas que fueron víctimas de la lubricidad de estos reptiles, los cuales, al decir de una vieja indígena, "no se fatigan jamás, introduciendo su cabeza en la vagina de la mujer hasta que se verifica el orgasmo". Afirmaba esta mujer que ella había sido poseída varias veces por las serpientes, confesando con vergüenza que siempre había recibido satisfacciones eróticas más completas que las que había obtenido en sus relaciones carnales con algunos hombres de la tribu. Esta mujer gozaba fama de hechicera, y huelga decir que sus curiosos asertos no pudieron merecer nuestro crédito.

Entre algunas tribus del Africa del Sur se celebran fiestas anuales en las que la principal ceremonia está a cargo de las jóvenes próximas a la pubertad, las cuales danzan durante muchas horas seguidas, hasta caer extenuadas, ante un altar presidido por la figura de una serpiente hecha de barro cocido. Cuando la menstruación se retrasa, las mujeres acuden a este ídolo, con cuya cola frotan sus genitales, algunas veces con tal fuerza, que se producen lesiones de importancia en la vagina o en el cuello uterino, cuya hemorragia interpretan como consecuencia de la menstruación que ha retornado.

Ellis dice que en la Polinesia se considera al lagarto como un animal sagrado, presentado las leyendas a mujeres dando a luz esta clase de reptiles. En un lugar cercano a Bengala, según Sarat Chandra, si la mujer embarazada sueña con una serpiente, ello representa un signo cierto de que dará a luz un varón.

También alude el citado autor a las figuras de madera tallada existentes en un museo de Berlín; una de ellas, procedente de Nueva Guinea, representa a una mujer en cuya vulva se introduce su hocico un cocodrilo; otra representa a un cocodrilo con figura de serpiente saliendo de la vulva de una mujer, y una tercera es una pequeña serpiente, con cabeza redonda y muy parecida a un pene, en la entrada de la vagina.

Las mujeres sakalaves de Madagascar creen que durante el período menstrual están expuestas a ser mordidas por serpientes y otros reptiles, y al efecto se cubren los genitales, cuya sangre resulta el más preciado manjar para las serpientes (Lámina I.). El escritor portugués Reis asegura que en ciertas regiones de su país, las mujeres usan fuertes pantalones durante el período menstrual para impedir que los reptiles, excitados por el olor de la sangre, las muerdan en los genitales. Esta coincidencia

de opiniones entre pueblos tan distanciados demuestra una vez más la existencia de este gran misterio que indudablemente tiene su origen en el Génesis, según la forma en que lo explican los libros sagrados de casi todas las religiones.

Un autor dice que en algunas regiones de Alemania aun existe la creencia de que el pelo de una mujer menstruante se convierte en serpiente si se le entierra. Y en el Sur de Birmania, cuando una mujer se peina estando con el período, debe quemar los cabellos para evitar que se transformen en serpientes venenosas.

"Es curioso indicar, dice un autor, que en Roma, la serpiente era el símbolo de la fecundación, y como tal figura, a menudo en Pompeya, como el poder engendrador de la familia. También en la tradición rabínica, agrega, es la serpiente el símbolo del deseo sexual."

No cabe duda alguna, después de los ejemplos citados y de otros numerosísimos que pudiéramos extraer de las narraciones de muchos viajeros e investigadores, que en casi todos los pueblos existe la creencia de que la menstruación fué originada por una serpiente, y, además, que esta idea está fundamentada en una base en la que la erótica y el misticismo desempeñan los papeles más importantes. En algunas tribus africanas, las mujeres llaman *serpiente* al miembro viril, ocurriendo lo mismo en Tasmania, a muchos miles de millas de distancia.

Acerca de la relación existente entre la menstruación y la serpiente, dice Ellis que "sólo puede sugerirse la idea de que su forma y su apariencia—la de la serpiente—, así como su naturaleza venenosa (1), pueden haber contribuído al misterio que por doquiera acompaña a la serpiente, misterio fortalecido por la conexión con la mujer, y que ha dado lugar a la creencia general referente al origen de la menstruación".

Havelock Ellis dice: "Esta primitiva teoría del origen de la menstruación nos presenta probablemente, en su forma más primitiva, el lazo especial e íntimo que se ha supuesto siempre para relacionar a la mujer, en virtud del proceso menstrual, con los poderes naturales o sobrenaturales del mundo. Por doquiera se supone que las mujeres menstruantes están poseídas por espíritus y repletas de misteriosas fuerzas. Un grave error

(1) No podemos admitir que la superstición tenga que ver con la naturaleza venenosa de este reptil, ya que en países civilizados donde estas creencias aparecen fuertemente arraigadas en el ánimo popular, la víbora, por ejemplo, que es venenosa, no se relaciona con la superstición, mientras que otras culebras perfectamente inofensivas y hasta comestibles—de las que algunas personas supersticiosas hacen consumo—, constituyen el eje de todo el maleficio atribuído a esta clase de reptiles. En Francia, Grecia, Italia, Portugal y España pueden confirmarse nuestras afirmaciones, perfectamente documentadas.

debido a la ignorancia de las primitivas ideas religiosas ha intervenido constantemente en este punto. Se dice que la mujer menstruante es *impura* y está poseída por un espíritu maligno. Sin embargo, en realidad, el salvaje rara vez distingue entre espíritus buenos o malos, creyéndose que todo espíritu puede ejercer una influencia beneficiosa o maligna."

En algunos pueblos, las mujeres menstruantes son sometidas a una serie de ceremonias y aisladas de tal forma del resto de la comunidad, que sólo atribuyendo a su estado un poder excepcional o un peligro inminente, es como podemos encontrar a tan extraños hechos una explicación satisfactoria.

Frazer decía de esta costumbre que había que compararlo a un "aislador eléctrico, destinado a impedir por la fuerza espiritual de que están cargadas estas personas, experimente algún daño o lo cause mediante el contacto con el mundo exterior". Después de describir los fenómenos (especialmente la prohibición de tocar el suelo o mirar el sol) que se hallan en las distintas razas, agrega: "La finalidad que tiene el aislamiento de las mujeres durante la menstruación no es otra que la de neutralizar los peligrosos influjos que se suponen emanan de ellas en esas épocas. El efecto general de estas reglas es mantener a la joven suspendida entre el cielo y la tierra. Ya está envuelta en su hamaca y levantada hasta el techo, como en la América del Sur, o suspendida en una jaula oscura y estrecha, como en Nueva Zelanda, puede considerársela como imposibilitada para hacer daño, puesto que, apartada a la vez de la tierra y del sol, no puede envenenar ninguna de estas fuentes de vida con su mortal contagio. Estas precauciones que se toman para aislar a la joven están dictadas por el interés de su propia seguridad, así como en la seguridad de los demás... En una palabra, la joven se considera provista de una fuerza poderosa que, si no está limitada, puede dar lugar a la destrucción de la misma joven y de todos aquellos con quienes se pone en contacto.

Los *tabús* no tienen más objeto que contener esta fuerza dentro de los límites necesarios para la seguridad de cuantos están interesados en ella. La misma explicación puede darse a la observación de reglas parecidas con los reyes divinos y los sacerdotes. La suciedad, como así se llama, de las jóvenes en la edad de la pubertad y la santidad de los hombres santos, no difieren una de otra para el entendimiento primitivo. No son más que manifestaciones diferentes de la misma energía sobrenatural, que, lo mismo que la energía en general, no es en sí misma ni mala ni buena, sino que se convierte en benéfica o maligna, según la aplicación que se le da. (J. G. Frazer, *The Golden Bough.*)

Por mi parte, confieso sinceramente que nunca he podido llevar mis

investigaciones acerca de este punto, en los países que he visitado, porque las gentes eluden en todo lo posible hablar de tales cuestiones con absoluta franqueza. En una ocasión pregunté a un indígena brasileño, al que había protegido y con el que creí tener algún ascendiente, y me contestó que me respetaba mucho y que estaba agradecido de mi conducta, pero que procurase no preguntarle demasiado de estas cosas, que no conocía bien, y que, además, tampoco "es de buen tono hablar de ellas". Así, pues, si bien pueden conocerse las manifestaciones rituales de estas creencias y de ellas puede deducirse la razón o el origen, es lo cierto que los actores procuran rodear del mayor misterio sus concepciones y convicciones, sin duda por extensión del concepto animístico del tabú.

Si hemos de admitir las explicaciones del célebre sociólogo francés, muy enterado de estas cuestiones, E. Durkeim, el fundamento de tales superticiones se encuentra en las ideas mantenidas por casi todos los pueblos primitivos acerca de la sangre, sea cual fuere su origen.

Indudablemente en la sangre hemos de ver la representación de la vida, como sostuvieron antes los romanos y hoy sostienen, entre otros pueblos, los judíos y los árabes. Este prestigio también lo encontramos en el cristianismo, en cuyo sacramento se bebe el vino en sustitución de la sangre de Cristo, que condensó en la sangre de sus llagas el símbolo supremo del sacrificio de su vida para salvar a la humanidad creyente en su doctrina. He aquí, pues, entre los cristianos, otro de los orígenes de las supersticiones existentes acerca de la sangre menstrual.

Y en las demás religiones sucede otro tanto: que la sangre derramada es un tabú, haciendo tabú a todo lo que se pone en contacto con ella. Y dice el citado Durkheim: "Una ansiedad más o menos consciente, un cierto temor religioso, no pueden por menos que entrar a formar parte de todas las relaciones de sus compañeros con ella, y por esto estas relaciones se reducen a un mínimo. Las relaciones de carácter sexual quedan exceptuadas especialmente. En primer lugar, estas relaciones son tan íntimas, que resultan incompatibles con el género de repulsión que los sexos deben experimentar el uno por el otro; la barrera que se alza entre ellos no permite una unión tan íntima. En segundo lugar, los órganos del cuerpo, interesados de manera más especial, son precisamente el origen de las temidas manifestaciones. Así, pues, es natural que los sentimientos de aversión inspirados por las mujeres lleguen en este punto a su mayor grado de intensidad. Así resulta, por lo tanto, que de todas las partes del organismo femenino, sea esa región la que se halle más severamente aislada de todo comercio."

De todo esto hemos de deducir que a la vez que se observa un prin-

cipio de veneración, también se advierte otro elemento de temor de tanta o más importancia, ya que el temor que inspira una cosa, sea la que fuere, es bastante para que se convierta en sentimiento de antipatía, de odio o de repugnancia.

La prohibición de efectuar el coito con una mujer menstruante, se funda también en este cúmulo de supersticiones, tan voluminosas, que no podemos admitirlas si sólo se aplican al aspecto higiénico de la cuestión, puesto que si esa higiene es completa, los peligros que pueden producirse, tanto para el hombre como para la mujer, son realmente insignificantes. Esto, naturalmente, hablando desde el punto de vista natural y médico. En otro orden, las cosas ocurren de muy distinto modo, como, por ejemplo, entre los *koles* que habitan en las inmediaciones del Ganges, en la Bengala Superior.

Las muchachas gozan de la máxima libertad sexual, pues son consideradas vírgenes, aunque practiquen el coito con la máxima frecuencia, con tal de purificarse mediante los baños en el río sagrado. Ahora bien, como quiera que existe la creencia de que la sangre menstrual hace impuro cuanto toca, incluso las aguas del río, cuando están menstruando deben cuidarse muy mucho de meterse en el río, puesto que las aguas no volverían a ser puras hasta que la sacrílega no hubiese pagado con la vida tan grave falta. (Lámina II.)

Excepcionalmente, por el contrario, se han atribuído virtudes benéficas a la sangre menstrual y a la mujer menstruante, porque una mujer en este estado, como afirmaba un antiguo autor, "se halla en comunicación con los cuerpos estelares". En la actualidad, en toda la campiña de Baviera, las gentes entregan a las vírgenes menstruantes pañuelos y encajes con el fin de que los impregnen en sangre menstrual. Estos objetos son cuidadosamente guardados, por existir la creencia de que constituyen un amuleto que hace imposible a quien lo lleva sufrir heridas o accidentes seguidos de hemorragias. Las mujeres solteras también guardan para sí estos amuletos, a los que invocan cuando se encuentran embarazadas, a fin de que no se produzcan hemorragias uterinas que pudieran determinar el aborto.

Un sacerdote francés que vivió allá por el siglo XVII, llamado Antoine Fusi, afirmaba que la sangre menstrual de una mujer que no hubiera parido tenía la singular propiedad de apagar el fuego de una chimenea, por muy vivo que fuese. Esto dió lugar a que las mujeres, creyendo ciegamente en las afirmaciones del sacerdote, llegasen hasta el extremo de recoger en vasijas el producto de sus flujos catameniales, que después conservaban o vendían. El fundamento de esta teoría estaba en el

poder destructor atribuído a esta sangre, "que destruye todo cuanto se pone en su contacto."

En algunas regiones del Sur de Rusia, las mujeres la emplean como filtro de amor, haciéndoselo tomar a sus amantes mezclada con cualquier bebida, como el vino o el café. Se basa esta creencia en que la sangre menstrual contiene una parte del alma de la mujer, parte que al entrar en contacto con la sangre de otro cuerpo, hace que la voluntad del individuo quede sometida por entero a la de la mujer a quien pertenece tan infalible "medicina". Asimismo es costumbre que un hombre apasionado ingiera algunas gotas de esta secreción periódica para expresar su deseo de pertenecer por siempre a la mujer amada. La frase "yo bebería tu sangre" de los enamorados del Sur de Rusia, se refiere, exclusivamente, a la ingestión de la sangre menstrual.

Un autor refiere que en el siglo II de la Era, la secta de los valentinianos atribuía virtudes sacramentales a la sangre menstrual, solicitándola de todas las mujeres para repartírsela como si fuese la sangre de Cristo. "Sin embargo, añade, muy pronto experimentó la Iglesia horror por las mujeres menstruantes; con frecuencia se les prohibía tomar los Sacramentos y entrar en lugares sagrados, y a veces se pensó que lo mejor era prohibir en absoluto la entrada a las mujeres. Los Penitenciales anglosajones declararon que las mujeres menstruantes no debían entrar en la Iglesia. Según parece, fué Gregorio II el que acabó con esta doctrina."

Ya hemos hablado en otro lugar de los trastornos producidos por la ausencia menstrual en las mujeres, hecho que si va unido a un temperamento neuropático puede dar lugar a enfermedades mentales de diagnóstico grave. Esta circunstancia ha llegado a conocimiento del vulgo, aunque no en general, y de ello se ha deducido en muchos países que la falta de menstruación equivale a retención de la sangre, que tiene la propiedad de producir ciertas enfermedades, incluso la locura.

En este dato podemos encontrar la razón del horror que los hombres y las mujeres enamoradas de sus maridos sienten por la práctica del coito en estas condiciones, aparte de la asociación de otras ideas más o menos fundadas, como, por ejemplo, el peligro de contagio de enfermedades venéreas, el temor de producir asco, etc.

Se dice que en Ceylán, cuando al llegar las muchachas a los dieciocho años no se ha presentado la menstruación, se celebran unas ceremonias o festivales religiosos en honor de las divinidades sexuales, que a la vez tienen por objeto destruir los poderes maléficos que indudablemente influeyen en el retraso de la pubertad de las doncellas. Por lo general, durante las fiestas, que duran varios días, las jóvenes comen y beben en

abundancia, tomando ciertos medicamentos emenagogos, esto es, productos que tienen por objeto provocar el flujo menstrual. La misión de ahuyentar a los malos espíritus, está encomendada a los "danzarines diabólicos", los cuales ejecutan contorsiones que han de imitar las vírgenes impúberes, hasta que caen rendidas o se presentan los síntomas del estado que en ellas se desea provocar. (Lámina III.)

No cabe duda que la parte esencial del tratamiento está en la administración del emenagogo, y las danzas y banquetes no son más que un pretexto para solemnizar la aparición de los menstruos, que es cuando las mujeres están en condiciones de procrear. Entre estos indígenas es muy significativo el respeto a la mujer, no apreciándose ese tabú tan frecuente en los demás pueblos del mundo, por el que la mujer está considerada como impura en la mayor parte de su vida fecunda.

Antiguamente, las mujeres que estaban en el período menstrual anunciaban su estado, pues esto les era favorable para el desempeño de ciertas funciones superiores, religiosas o mágicas, que no podían realizar normalmente. Sus predicciones, sobre todo en materias de amor, eran estimadas por quienes creían que la época menstrual procuraba a la mujer una inteligencia y un juicio verdaderamente extraordinarios para desentrañar los más agudos misterios humanos.

En Tahití, donde se rinde a la belleza femenina un culto casi religioso, la mujer carece de atractivo sexual mientras no menstrúa. Las mujeres, que no ignoran estas cosas, recurren a todos los procedimientos imaginables con tal de provocar la aparición de sus reglas, y entre esos medios se encuentra la práctica frecuente del comercio carnal, hasta el extremo de no tener el menor inconveniente en solicitar la complicidad del primer hombre que encuentran agradable a sus caprichos.

Para celebrar la hora feliz de la pubertad, se celebran vistosos festejos, en los que las muchachas, consumadas danzarinas desde los primeros años de su infancia, ejecutan danzas que llaman la atención de los extranjeros, tanto por su originalidad, como por la graciosa belleza de las jóvenes tahitianas, belleza que no tarda en marchitarse con las consecuencias de los embarazos, ya que esta raza es bastante prolífica. (Lámina IV.)

En aquellos pueblos donde el estado menstrual de la mujer no es tabú, sino al contrario, un signo favorable, la prohibición de practicar el coito se funda en razones estéticas e higiénicas, más que en motivos anímisticos. Por esto puede decirse que es universal la prohibición establecida de abstenerse de los placeres carnales, precisamente cuando la mujer puede desear con más vehemencia las caricias de su marido, especialmente en los días primeros y últimos.

En el Africa portuguesa es creencia general que el coito practicado en los días del menstruo da lugar a la procreación de niños deformes y monstruosos y de niñas raquíticas, que durante toda su vida serán estériles a causa de no tener períodos jamás. Esta misma opinión la sostienen muchos pueblos civilizados en términos análogos.

En Birmania la menstruación inspira verdadero terror, lo mismo que cualquier hemorragia de los genitales femeninos. Saben aquellos indígenas que las mujeres que no menstrúan experimentan con frecuencia graves trastornos mentales, cuyo origen está, según ellos, en los activos venenos contenidos en la sangre menstrual, a la que atribuyen un gran poder contagioso. Por esta razón estiman que el olor sólo es bastante para contaminar el aire de miasmas de todo género, y cuando alguna plaga de insectos amenaza las cosechas, se recurre a las mujeres menstruantes, las cuales no tienen más que pasearse por las plantaciones con los órganos genitales al descubierto para que los insectos mueran o se alejen. En Italia y en España, hoy mismo, pueden advertirse estas creencias en las costumbres de muchos pueblos.

En Marruecos, sobre todo en la parte norte del Rif, si bien la práctica del coito hallándose la mujer en tal estado no se cree que encierre graves peligros para el hombre, es lo cierto que a la sangre se le atribuye ese mismo poder insecticida. Los *djinn* o demonios son ahuyentados de las inmediaciones de las cabilas atando a unas estacas trapos que estén impregnados en la sangre de las reglas, que a la vez ahuyentan a la langosta, que tantos estragos causa.

Desde luego, esta secreción inspira gran repugnancia a los indígenas, quienes evitan todo lo posible en acercarse a esos amuletos, cosa que he tenido ocasión de observar repetidas veces. En cambio, descendiendo más al Sur ya no existen estas supersticiones, que si bien existieron, fueron desarraigadas por la civilización. Un moro de Fez que tenía algunas propiedades arrendadas a unos indígenas de la región, observó un día que sus colonos habían llenado de trapos manchados cierta extensión de terreno. Ignorando la razón, lo que indica que también desconocía esas supuestas propiedades, inquirió qué era lo que significaban aquellas colgaduras, y cuando los indígenas se lo explicaron, no pudo por menos de reírse de tan absurda creencia diciendo que el mejor remedio podían encontrarlo en la Oficina francesa de Agricultura. En efecto, al día siguiente se presentaron en la finca varios indígenas provistos de los necesarios medios para destruir el foco de la langosta, lo que consiguieron en medio del estupor de los indígenas, que desde entonces rechazaron en absoluto la superstición que habían mantenido desde siempre.

En Grecia se aplica a la protección de los árboles frutales la virtud insecticida de la sangre menstrual, sin duda desde los tiempos de Plinio, el cual sostenía que no quedaba una oruga viva después de pasar al lado del árbol una mujer menstruante. En la actualidad, los reformadores de esta antigua creencia, se contentan con atar al tronco de los árboles unas tiras de lienzo impregnadas en sangre.

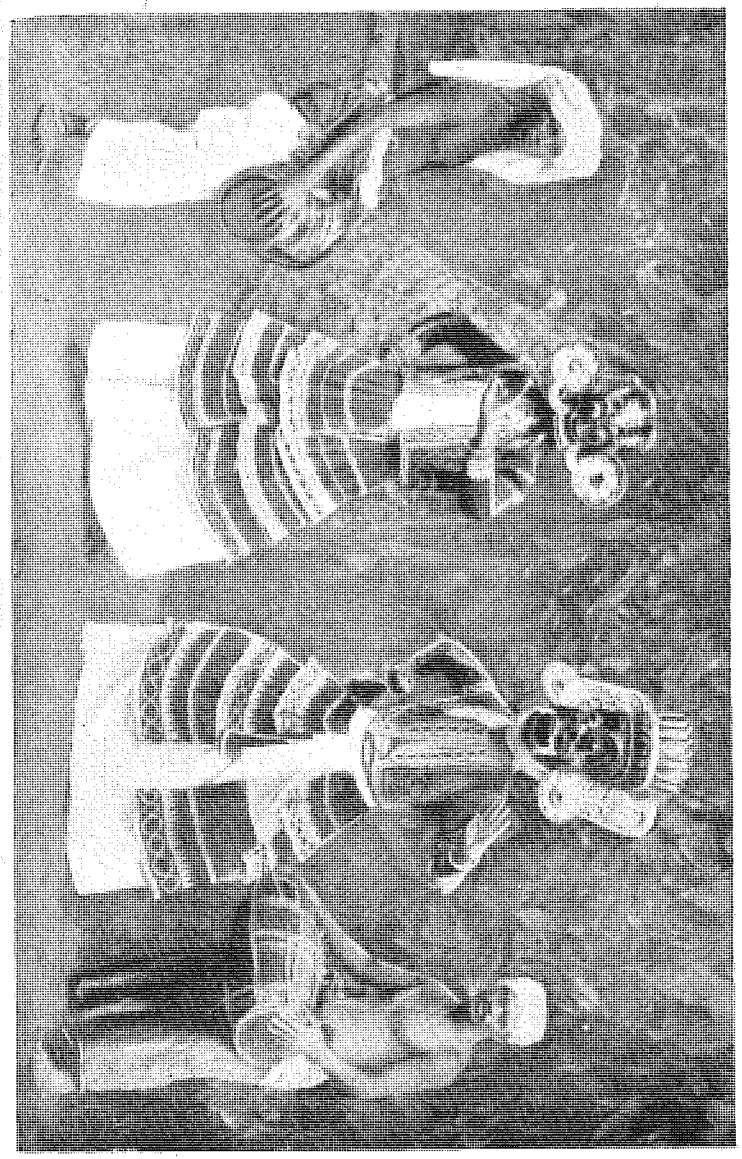
En Sicilia se ahuyenta a estos insectos quemando al pie del árbol los algodones o telas que las mujeres usan durante el período, pero se concede la máxima eficacia al agua que las menstruantes emplean para sus lavados íntimos, con la que humedecen el tronco de los árboles frutales que pueden ser atacados por las orugas.

No es posible convencer a estos campesinos de que existen medios más apropiados para combatir estas plagas, puesto que siempre los emplearon y jamás tuvieron que arrepentirse de su uso, del que afirman que es tan positivo como económico y fácil de adquirir.

En resumen, que todas las supersticiones, todas las creencias, todo ese enorme cúmulo de atrocidades que se han dicho y se dicen, que se han hecho y se hacen en torno a la supuesta peligrosa influencia de la menstruación, que, como vemos, se remontan a los primeros días de la humanidad, puesto que parecen tener relación con la serpiente del Génesis, tienen una explicación religiosa y animística, pero jamás científica o natural.

No cabe duda que contribuye a la persistencia de tales supersticiones el hecho indubitable de que casi todas las mujeres experimentan trastornos psíquicos más o menos graves antes y durante la época del período catamenial. Cuando hemo hablado de estos fenómenos, hemos visto que la mujer sufre un cambio notable en todas sus funciones, especialmente en las psíquicas, lo que para las gentes de escasa cultura no se explica por otro procedimiento que por la existencia de un misterio, de algo que obliga a pensar en las antiguas creencias que no acaban de ser derrotadas por el triunfo de la civilización.

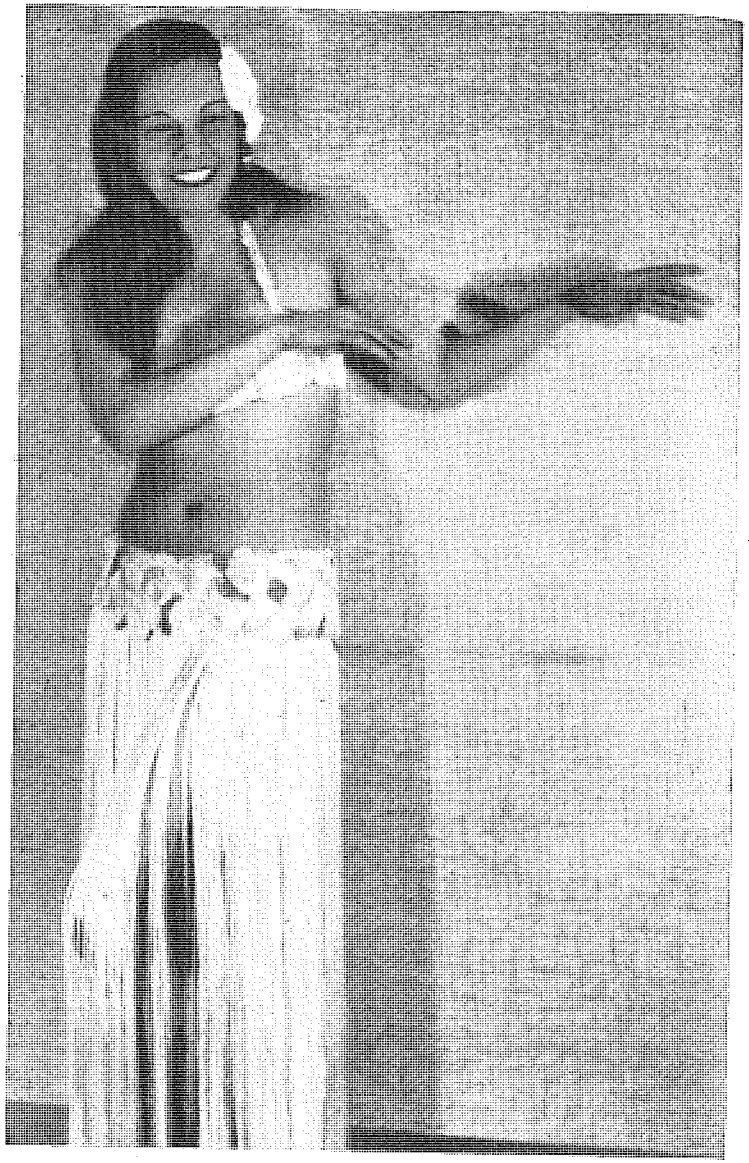
Esas neurosis que hacen su aparición en la mujer al mismo tiempo que las reglas menstruales, tales como el afán de robar, de incendiar, de matar, de cometer actos que contrastan extraordinariamente con la vida anterior de la menstruante, la cual llevó una existencia tranquila, honorable y piadosa, porque así la educaron, porque tal era su ser natural, son la causa determinante de que las gentes ignaras vean en ese estado particular de la mujer toda clase de peligros y los más profundos misterios. Si la Ciencia, por otra parte, no es capaz de llegar con sus conclusiones al ánimo de las gentes, ¿cómo es posible que los que ignoran la causa ini-



DANZARINES DIABÓLICOS DE CEYLÁN

Estos danzarines ejecutan bailes y ejercicios que han de imitar las muchachas, si quieren alejar de sus cuerpos a los espíritus malignos que las dificultan el pronto y feliz arribo a los signos de la pubertad.

LAMINA III



JOVEN TAHITIANA

Aquí se admira a la mujer menstruante, porque ello significa que es apta para el amor y la fecundidad, no existiendo las supersticiones que se observan en otros pueblos acerca de las consecuencias de estos hechos fisiológicos.

LAMINA IV

cial de los curiosos fenómenos de la periodicidad femenina hayan de ser más comprensivos?...

No es posible hacer comprender al vulgo que la menstruación no sólo no es una función, sino que no pasa de ser el signo de la función verdadera, que es la ovulación, acto completamente natural y fisiológico, y que los trastornos psíquicos provienen de causas remotas, de la herencia, de la predisposición mental anterior, etc., para lo que la Ciencia tiene poderes curativos de toda eficacia sin más que seguir sus consejos.

Esto se lo que podemos decir modernamente. En cambio, en la Edad Media y en los siglos posteriores imperaron unas creencias tan bestiales, que el recuerdo de aquellos hechos no ha podido desvanecerse aún en el ánimo de las gentes, ya que se van transmitiendo de generación en generación, con todo su terrorífico prestigio de maldición y de muerte. Voltaire dice que no hubo un solo Tribunal en aquella época que no cometiera los más abominables crímenes legales en nombre del concepto brutal que merecían los hechos lógicos de la naturaleza humana.

Las mujeres que sufrían trastornos a consecuencia de la menstruación o del embarazo, se decía que estaban poseídas por los demonios, cuando en realidad no eran otra cosa que víctimas de su sistema nervioso desequilibrado, que tuvieron la desgracia de vivir en aquella época de terribles preocupaciones religiosas. En Languedoc (Francia), en 1527, según Icard, el Senado de Tolosa condenó y ejecutó a 400 mujeres, quemándolas vivas, acusadas de tener el demonio "metido en el cuerpo", y en 1616, cien años después, se envió a la hoguera a gran número de mujeres, dando como razón el que "era cosa monstruosa ver en la iglesia más de cuarenta mujeres, que todas a una, ladraban como perros, produciendo en la casa de Dios un concierto y una música tan desagradables, que no era posible rezar".

Voltaire afirma que por este procedimiento de la hoguera y sin haber cometido delitos, murieron más de 100.000 personas. Bastaba cualquier accidente nervioso para determinar el castigo merecido por los que tenían pacto con Satanás. La creencia en los espíritus malignos era tan sincera, que gran número de aquellas desdichadas terminaban por convencerse de su propia posesión, hasta el extremo de confesarlo diciendo que habían cohabitado con el diablo y asistido a todas las ceremonias demoníacas, solicitando ser quemadas para verse libres de esa nefanda influencia de los poderes infernales.

Más recientemente, en 1878, se presentó, en un pueblecito italiano, una epidemia de histerodemonopatía. Durante sus accesos, dice Icard, las enfermas hablaban del demonio, que las poseía, indicaban la fecha en que

había tenido lugar el acto y los nombres de las mujeres que habían sido poseídas por el demonio antes que ellas.

Ya en el presente siglo, también en uno de los pueblecitos costeros de Sicilia, una muchacha que no había menstruado a la edad de veintitrés años, pero muy religiosa, afirmaba que la había poseído el demonio, a consecuencia de lo cual había quedado embarazada. Se trataba, sencillamente, de la retención de la sangre de las reglas, a consecuencia de la imperforación del himen, y tan pronto como fué operada desaparecieron los trastornos.

Todos estos hechos, algunos, como vemos, muy recientes, forzosamente habían de influir en el ánimo popular hasta esos extremos exagerados. Por lo general, modernamente, no hay ningún confesor que se atreva a aconsejar a las devotas pecadoras el refugio del convento como método curativo de sus dolencias psíquicas, en tanto que ellas se resisten a requerir el consejo del médico, único que puede determinar su curación. En este trance, se evidencia la impotencia de la religión, que no puede dar una explicación adecuada a esos fenómenos, y, por lo tanto, no queda otro camino expedito que el de la superstición, de acuerdo con las antiguas creencias, que continúan araigadas en el ánimo popular desde muchísimos años antes.

Por último, como dice Ellis, "en una civilización adelantada, estas ideas, que tienen su fundamento último en la antigua historia de la serpiente y en una especial y misteriosa conexión entre la mujer menstruante y las ocultas fuerzas de la magia, tienden a desaparecer. La separación que trae consigo entre los sexos es ya innecesaria. Viviendo en mayor intimidad con los hombres, se ve que las mujeres tienen algo, tal vez, pero no tanto como antes del angel-demonio de las teorías primitivas. La menstruación no es ya un estado monstruoso que requiere el tabú espiritual, sino un proceso fisiológico normal, que ejerce determinadas influencias psíquicas sobre la mujer misma y sobre aquellos que viven con ella."

LOS ANTOJOS ALIMENTICIOS

Influencias psíquicas del embarazo.—Lo que no explica la ciencia.—El antojo como expresión del instinto.—El capricho de los higos chumbos.—Papel importante de la autosugestión.—Las memorias de la Duquesa de Abrantes.—Carácter sagrado de los antojos.—Los casos más célebres. Atracción del tabaco.—Sus inconvenientes.—Preferencia por las frutas.—La prueba de la manzana.—Nuestra ignorancia.

Si arraigadas están las teorías supersticiosas que circulan y se estacionan en el ánimo de todos los pueblos acerca de la menstruación, no lo están menos las que se refieren al embarazo, con la diferencia de que éste inspiró siempre los más fervientes respetos, a la inversa de lo que ocurre con el estado periódico de la mujer.

En el volumen XIV ya hemos analizado los diferentes cambios que se operan en todo el organismo psico-físico de la mujer en virtud de ese bello misterio de la elaboración de una nueva vida en sus entrañas, proceso físico continuo que, naturalmente, se manifiesta a la vez en reacciones psíquicas que afectan a todo el ser femenino. "Desde el momento en que el embrión se posesiona de la mujer—dice Robert Barnes—, no hay gota de sangre, nervio ni órgano alguno sobre el cual no ejerza su influjo"; hay investigadores que han comprobado el hecho de que hasta las uñas resultan afectadas por la preñez y se hacen mucho más delgadas.

Si, en efecto, de tal forma se refleja este estado en el organismo físico de la mujer, con más razón podemos apreciar sus efectos en la sutilísima parte psíquica, como consecuencia de las transformaciones del ser material, que tan directamente actúan sobre todo el sistema nervioso. Los fenómenos especialmente psíquicos del embarazo se explican científicamente diciendo que "se desarrollan sobre la base de una mayor actividad vascular y glandular y de la elevada tensión nerviosa".

Estas demostraciones de la ciencia no han alcanzado la misma perfección en todos los tiempos y en todos los países, y tampoco ha sido posi-

ble, en otras civilizaciones anteriores, explicarse la razón de determina dos fenómenos que sólo se presentaban en la mujer embarazada, por que, como siempre que hay algo que no podemos explicarnos, se dec que era misterioso, que era sobrenatural o mágico... Y de ahí el orige de infinitas supersticiones y de tradiciones sin fin, unas veces tendente a beneficiar el curso del embarazo, y con la salud de la mujer, la del hij que palpitaba en sus entrañas, y otras encaminadas a contrarrestar lo efectos malignos de ciertos agentes productores de enfermedades y d desgracias que se creía estaban expuestas a sufrir las embarazadas po esa desconfianza en unos hechos que no se presentaban claros a la int ligencia de los hombres.

Al ser considerada la procreación, como es lógico, como la funció más importante de la mujer, puesto que de ella depende la perpetuació de la especie, fácil es comprender que los hombres tratasen de rodear este acto de las máximas garantías de seguridad y de eficiencia, a fin d que el producto de la concepción naciese sano, constituyendo así un clara promesa de vigor e inteligencia imprescindibles a la mejor expr sión de la raza.

La inmundicia de que se consideraba rodeada a la mujer menstrua te, se convertía en poco menos que en adoración cuando estaba embar zada, y aquellos desprecios de antes se traducían en atenciones tan prom como el tabú menstrual daba paso al totem del embarazo, no reparán dose en medios cuando se trataba de satisfacer los deseos de la gestant caprichos pueriles unas veces y otras imperiosos acerca de las cosas m absurdas e inadmisibles, desprovistos en absoluto de toda lógica, pero q no era posible negar, aunque ello fuese a costa de los mayores sacr ficios, con tal de complacer a la gestante.

Siempre se han expuesto teorías y emitido opiniones, más o menos r servadas, acerca de las causas que determinan estos caprichos de las m jeres encinta; pero si repasamos cuidadosamente el sentido de esas exp caciones, llegaremos a la conclusión de que no son convincentes, pues vaguedad queda claramente demostrada al comprobar que no pueden ap carse a todos los casos, ni a la generalidad de los mismos siquiera.

Hay quienes afirman que el antojo es preciso interpretarlo como u expresión justa del instinto natural de la embarazada, "por requerir re y verdaderamente su sistema el alimento que desea". Podemos admi esta definición, pero con las reservas naturales que sugiere, ya que sí, efecto, muchas veces se refieren estos antojos a manjares fáciles, o al m nos posibles de adquirir, otras tienen por objeto aquéllos cuya adqui ción es imposible, bien porque, tratándose de frutos, no sea la épo

apropiada o porque se desconozcan absolutamente en el país en que habite la embarazada.

El deseo de comer ese manjar extraño puede convertirse en verdadera obsesión para la infeliz mujer, hasta el punto de que no pensará en otra cosa durante el curso del embarazo, a no ser que se la satisfaga.

En este caso, frecuentísimo por demás, no cabe duda que la embarazada, que en su vida anterior fué una mujer perfectamente razonable y sensata, da muestras ahora de un desarreglo psíquico, de una falta de inteligencia claramente evidenciada, pues si antes de concebir reconocía la absoluta imposibilidad de adquirir el manjar que apetece, en estas condiciones hace cálculos y suposiciones que la convencen a ella misma de que la consecución de lo que anhela está dentro de todas las posibilidades.

Una señora, esposa de un militar que permaneció dos años en Africa, jamás consiguió probar los higos chumbos sin experimentar disgusto. Al cabo de ese tiempo, entrada en el tercer mes del embarazo, el militar fué trasladado a una pequeña ciudad de Francia en la frontera suiza, y a los pocos días de llegar fué acometida de unos deseos vehementísimos "de hartarse de higos chumbos". El marido, naturalmente, trató de disuadirla de su extraño empeño, en vista de la dificultad de adquirir ese fruto. No obstante, el militar, persuadido de que el hecho de no satisfacer este antojo de su mujer pudiera dar lugar a la sucesión de trastornos graves, hizo todo lo imaginable para conseguir siquiera media docena de higos, pero en el mes de febrero era inútil intentarlo ni en España ni en Marruecos, puesto que este fruto no se produce maduro más que entre los meses de julio y octubre.

Por fin, después de dos meses de infructuosas investigaciones, fué a Marsella y se puso al habla con el mayordomo de un barco que hacía la carrera del norte de Africa, ofreciéndole mil francos si conseguía enviarle unos higos chumbos por el medio más rápido. En efecto, en Ceuta encontró la ansiada fruta en un invernadero, y desde Tánger remitió por avión una caja con dos docenas de chumbos. Dice el marido que el día que recibió los higos experimentó una de las mayores alegrías de su vida, puesto que su esposa no dejaba de desear dicho fruto. Desembalaron los higos, y la embarazada, a la que su marido no dejaba de suplicar que no comiese muchos, por temor a que le hiciesen daño, mordió uno, dulce y jugoso..., y no pasó de ahí. Afirmó, sencillamente, que nunca la habían gustado, pero que no pudo resistir al deseo de probarlos.

Aparte de este caso, por el que queda plenamente demostrado que el organismo de la embarazada "no requiere real y verdaderamente" ese alimento, ya que apenas lo probó, ¿qué podemos decir de aquellos anto-

jos que se refieren a la injestión de piedras, yeso, hierro y otros alimen-
tos semejantes?... Sin necesidad de confesar que la ciencia desconoce las
necesidades especiales del organismo durante el embarazo, si se afirma que
las embarazadas "requieren real y verdaderamente" esos alimentos tan
raros, nos encontramos con un "conato" de superstición científica, tan
inexplicable como la mayoría de las supersticiones populares.

Otros autores afirman que estos antojos tienen por objeto "cosas que
contrarían la tendencia a las náuseas y al mareo", lo que también es in-
admisible, ya que muchísimas mujeres que tienen estos caprichos alimen-
ticios, y que por cualquier causa no los satisfacen, ni experimentan náu-
seas ni tienen mareos de ninguna especie. Un investigador, Arthur Gi-
lles, estudiando con detenimiento a 300 embarazadas, demostró que el
tanto por ciento de las que padecen antojos es exactamente el mismo (33
por 100) entre las que han sufrido de mareos durante el embarazo que
entre las que no los han tenido. Además, afirmó que el período de los
mareos no solía tener relación con el tiempo en que se daban los anto-
jos y que la paciente experimentaba esos antojos después de cesar los
mareos.

Pero hay otra teoría más satisfactoria, al menos a nuestro modo de
ver, la cual afirma que estos deseos son principalmente autosugestiones
o, mejor dicho, supersticiones originadas no sabemos en qué.

La embarazada está oyendo hablar, desde que tiene uso de razón, de
los antojos del embarazo y de las consecuencias, a veces funestas, que
lleva consigo la no satisfacción de esos deseos. Estas tradiciones, inexpli-
cables, crean en torno de la mujer una atmósfera que si no es de franco
temor, es de muy cauta reserva. Hemos de añadir a este factor el im-
portantísimo del instinto de la maternidad, que se agudiza tan pronto
como siente en su seno las palpitaciones de la existencia del nuevo ser,
instintivamente también trata, por todos los medios, de rodearle de cuan-
tas garantías pueda. Ninguna mujer, por culta que sea, es capaz de sus-
traerse completamente al imperio de la superstición, y en seguida, si no
la convicción, se hace la duda en su ánimo: "¿Y si mi hijo nace tarado
por no satisfacer ese capricho?"

La convicción negativa, pero absoluta y franca, jamás se da en una
sola mujer embarazada, en tanto que la duda queda siempre. Muchas
mujeres tratan de reirse de estas creencias ante sus amistades; pero en
lo íntimo, cuando su pensamiento no puede ser adivinado, por muchos
esfuerzos que hagan para librarse de la más ligera duda, "dudarán
siempre".

Todo esto en lo que a la propia embarazada afecta; pero si sabem

que estas supersticiones se encuentran difundidísimas, hay que tener en
cuenta otro factor poderoso: el de la sugestión ejercida por las supersti-
ciones de los demás. Ellis alude a un capítulo de las *Memorias* sobre el
Imperio y la Restauración de Francia, escrita por la Duquesa de Abran-
tes, que son autobiográficas, en las que hace un relato de cómo en su
primer embarazo tuvo un antojo que le fué impuesto evidentemente por
la extremada solicitud de sus amigos y de los amigos de su esposo, el cé-
lebre Mariscal Junot.

Aun cuando sufría constantes náuseas, no tenía antojos. Un día, es-
tando en la mesa, cuando ya llevaba algunos meses de embarazo, su ma-
dre soltó de pronto el tenedor, exclamando: "Nunca te he preguntado
qué antojo tienes". Replicó la interesada, con sinceridad, que no tenía
ninguno, ocupados como estaban sus días y sus noches con el sufrimien-
to. "¿Ningún antojo?—dijo la madre—. Eso es cosa nunca vista. Tengo
que hablar con tu suegra". Las dos damas conferenciaron y expusieron
a la joven madre cómo un antojo no satisfecho podía producir una cria-
tura monstruosa, y el esposo comenzó también a preguntarle todos los
días qué era lo que deseaba. Como si esto no fuera bastante, su cuñada
le contó multitud de historias de criaturas nacidas con tremendas seña-
les debidas a esta causa. Se asustó la duquesa, y dió en pensar qué era
lo que más necesitaba, pero no se le ocurría nada. Por último, comien-
do un caramelo perfumado con piña, le pareció que esta fruta era exce-
lente; es más: nunca la había visto, porque entonces eran extremadamen-
te raras. A partir de aquel momento empezó a desear una piña, y mucho
más cuando le dijeron que en aquella estación no podían obtenerse. Sin-
tió entonces que tenía que comer piña o morirse, y su esposo recorrió
todo París, ofreciendo en vano veinte luises por una fruta de estas. Por
último, lo consiguió gracias a la bondad de la señora de Bonaparte, y mar-
chó apresuradamente a su casa, precisamente en el momento en que su
esposa, hablando siempre de las piñas, se acostaba. Entró en la alcoba
con la piña, con gran satisfacción de la madre de la duquesa. (En uno
de sus embarazos parece ser que deseó en vano fresas en enero y que
la criatura nació con una señal en el cuerpo semejante a una fresa.) La
duquesa dió efusivamente las gracias a su esposo y quiso comer inmedia-
tamente la fruta; pero el marido la detuvo, diciéndola que Corvisart, el
famoso médico, le había manifestado que no debía ella probarla de no-
che, por ser extremadamente indigesta. Prometió hacerlo así, y se pasó
la noche acariciando la piña. Por la mañana, el marido cortó la fruta y
se la ofreció en una fuente de porcelana. De repente se operó en ella
una revulsión de sentimientos: sintió que no le era posible comer piña;

la persuasión resultó inútil; hubo que retirar la fruta y que abrir las ventanas, porque hasta el olor le resultaba odioso. La duquesa añade que desde entonces, aun gustándole el sabor de la piña, no podía comerla más que a costa de un gran esfuerzo sobre sí misma. "Preciso es añadir —termina diciendo Ellis—que, en sus últimos años, la duquesa se volvió loca".

Por mi parte, considero inoportuna esta declaración final del célebre psicológo, pues si con ello pretende atribuir a tan extraña conducta un origen neuropático como explicación del hecho, se puede replicar diciendo que casi todas las mujeres embarazadas ofrecen pruebas de esas perversiones del sentido del gusto, hasta el extremo de proscribir en absoluto, durante un embarazo, los manjares que antes fueron para ella más gratos al paladar.

Tampoco estamos de acuerdo con la apreciación del mismo autor al negar la influencia de la autosugestión debida a esas supersticiosas tradiciones. "Si fuera cosa de autosugestión—dice—, hallaríamos los antojos más frecuentes y más pronunciados en las mujeres multíparas, que conocen mejor la tradición y que están en condiciones de experimentar mejor todo lo que puede esperarse de una embarazada."

Está comprobado que estos caprichos, que, como vemos, pueden llegar a convertirse en obsesiones, se observan en las primíparas, y muy rara vez en las mujeres que ya han tenido más hijos. La única explicación que puede darse a estas diferencias—la ciencia no ha dado ninguna razonable hasta ahora—, puede basarse en el hecho de que el primer embarazo transforma toda la naturaleza de la mujer con caracteres más acusados que en los subsiguientes, que ya deben encontrarse "abierto el camino" que tuvo que desbrozar la acción del primer estado concepcional.

Indudablemente, tampoco pretendemos dar una explicación adecuada con nuestra definición; pero si vemos que los trastornos fisiológicos producidos por los embarazos restantes apenas tienen la mitad de importancia—en condiciones obstétricamente normales—que tuvo el primero, ¿ha de ser aventurado admitir nuestra hipótesis en lo que al aspecto psíquico de la cuestión, tan íntimamente relacionado con el físico, se refiere? Gilles ha manifestado, por otra parte, "que los deseos ocurren con mucha frecuencia en el primero que en los subsiguientes embarazos."

A pesar de las afirmaciones hechas en contrario, tenemos pruebas más que suficientes para no creer que los antojos se fundan solamente en una tendencia fisiológica y psíquica del individuo, independiente de toda sugestión externa, como aseguran muchos autores. Si esto es así, hemos de admitir la evidencia de un factor instintivo, como puede suceder con la

menstruación, que, aparte de su relación con la serpiente, el hecho de ser un flujo sangriento, esto es, del jugo de la vida, del alma o como quiera decirse, ya es bastante para rodearle de un prestigio de indescifrable misterio, en el que pueden ir asociados, como van, los mismos sentimientos de temor que impresiones de asco.

Si estas creencias fuesen universales, como son las que se refieren a la menstruación, podríamos admitir con exclusión de todo otro elemento determinante la teoría de la tendencia fisiológica y psíquica netamente consideradas. Pero en lo que a los deseos alimenticios se refiere, vemos que en muchos pueblos primitivos se ignoran por completo estos síntomas del embarazo, encontrándonos en cambio con la prohibición que se hace a las embarazadas de injerir ciertos manjares, bien por motivos higiénicos o por la influencia de supersticiones para las que tampoco se encuentra una explicación adecuada. En algunas regiones de Africa, es costumbre dar de comer a las embarazadas la carne de las serpientes inofensivas, para que el hijo adquiera la virtud de saber deslizarse por entre la maleza sin ser visto por sus enemigos o por las piezas a las que intenta dar caza. En otras regiones, como en las desérticas, por ejemplo, lo mismo la mujer embarazada que el hombre que pretende tener hijos, comen carne de camello, para asimilar la propiedad que este animal tiene de poderse pasar muchos días sin beber agua. En el Africa Ecuatorial, como hemos dicho antes, la embarazada no debe comer carne de cabrito para que no se la retire la leche.

Los indígenas de la Tierra de Fuego prohiben a su mujeres embarazadas que coman carne de tortuga, por la razón sencilla de que es muy indigesta. Creen que la indigestión produce la inflamación de los intestinos, cuya presión sobre el útero estiman que puede producir el aborto.

No obstante, en la Guyana Holandesa se autoriza a las mujeres para que coman cuanto les apetezca, por creer que de negarles este capricho, los hijos mostrarían afición a apropiarse ilegítimamente de aquello que no hubiera comido la madre durante su embarazo. Ahora bien, ha de tratarse sólo de alimentos fáciles de obtener o que las frutas sean del tiempo y de la región.

Pudiéramos citar numerosos pueblos en los que los antojos exclusivamente alimenticios de las embarazadas no merecen la pena de ser satisfechos en atención a las consideraciones que estima la superstición europea, aunque, evidentemente, los mareos, náuseas, trastornos nerviosos, etc., se aprecian casi en la misma expresión que entre los civilizados, si bien son más frecuentes en nuestras mujeres que en las salvajes, sin duda en virtud de la menor sensibilidad o el menor grado de refinamiento intelectual

constituídos por elementos artificiales en las esferas más cultas de la humanidad.

De todo esto se infiere que los orígenes de esas supersticiones hay que buscarlos aparte de la esfera fisiológica y psíquica normal, aunque no por ello pretendemos hacer valer la opinión de que se trata de hechos a todas luces anómalos, ya que lo mismo se producen en mujeres neuropáticas que en las más inteligentes y de más robusta constitución mental; pero tampoco es posible negar la subordinación existente entre la sugestión y el instinto maternal, base muy destacada para explicarnos la mayor parte del volumen de todos esos fenómenos.

Ha habido una tendencia bastante frecuente—dice un autor—, sobre todo en pueblos primitivos, a considerar los antojos de una embarazada como algo sagrado a lo que debía accederse, sobre todo teniendo en cuenta el carácter inofensivo que suelen tener. En la Selva Negra, al decir de Ploss y Bartels, una mujer embarazada puede penetrar libremente en los jardines ajenos y coger fruta, con tal que la coma allí mismo, y en todas partes disfruta de privilegios análogos. El antiguo criterio inglés consideraba a la mujer embarazada no responsable de sus antojos. En Francia, durante la Revolución, una ley, admitía, hasta cierto punto, la irresponsabilidad de la mujer embarazada en general, siguiendo el clásico ejemplo según el cual una mujer no podía ser llevada ante un Tribunal de justicia mientras estaba embarazada; pero el Código de Napoleón, siempre duro con las mujeres, lo derogó. Pinard no cree que los antojos de las embarazadas sean irresistibles, y, por consiguiente, las considera responsables.

Ya hemos hecho referencia a las perversiones del gusto de algunas embarazadas, que si en sus formas extremas pueden considerarse como obsesiones neurasténicas, en las más leves están reputados como normales y sanos. Muchas veces esos antojos alimenticios, como ya hemo dicho, se refieren a cosas antinaturales, o sean la *pica* y la *malacia*. Como complemento de lo ya expuesto a este respecto en el volumen XIV, citaremos los siguientes casos extraídos de una recopilación de los más interesantes observados por los antiguos tratadistas, especialmente Schurig, el cual concedió gran importancia a estos fenómenos.

Algunas mujeres, nos dice, se han visto obligadas a comer toda clase de sustancias terrosas, siendo la más común de ellas la arena; una italiana, estando embarazada, comió varias libras de arena con mucha satisfacción, acompañándolas con un trago de sus propios orines. Lodo, polvo, cal, carbón, maderas, etc., suelen ser sustancias preferibles en otros casos que detalla. Una embarazada tiene que comer pan caliente, recién salido del horno, en grandes cantidades; otra respetable matrona se comió 140 pas-

teles en un día y una noche. El trigo y otros granos, así como los vegetales, suelen ser alimentos deseados por muchas mujeres antojadizas. Una se tragó 20 libras de pimiento; otra devoró grandes cantidades de ajenjo; una tercera tenía nuez moscada debajo de la almohada; otras deseaban sal, canela, aceite de almendras, setas, etc. Una de ellas ansiaba comer fresas, y otra se comía 30 ó 40 limones en una noche; y mientras se mencionan varias clases de pescados codiciados por algunas mujeres (almejas, ostras, cangrejos, etc.), de otras se dice que gustan de lagartos, ranas, arañas y moscas, y aun de escorpiones y piojos y pulgas. Una embarazada, de treinta y tres años, de complexión sanguínea, se comió viva un ave con la mayor satisfacción. Pieles, lanas, algodón, hilo, tela, papel secante, etc., han sido sustancias deseadas, así como otras más repugnantes, como mocos y excrementos comidos con pan. El vinagre, el hielo y la nieve aparece también en esta lista. Una mujer calmaba su deseo de carne humana mordiendo las nalgas de los niños y los brazos de los hombres. También se comen metales, como hierro, plata, etc.

En otro capítulo de la misma obra describe Schurig casos de aguda antipatía que pueden presentarse en las mismas circunstancias. La lista comprende el pan, la carne, las aves, las anguilas (repulsión muy común), los cangrejos, la leche, la manteca (muy frecuente), el queso, la miel, el azúcar, la sal, los huevos, el caviar, las manzanas, las fresas, las frambuesas y un sin fin de alimentos más.

Por mi parte, he tenido ocasión de observar estos antojos verdaderamente extraños del embarazo, sobre todo en mujeres jóvenes y primíparas. Paseando una vez con un matrimonio amigo en el muelle marítimo de una ciudad, vimos a un negro que sentado en la escala de un barco, masticaba tabaco mientras escupía con frecuencia. La señora inquirió de nosotros qué era lo que masticaba, y al decírselo, no ocultó su deseo de hacer lo mismo. Al principio tratamos de disuadirla de su empeño; pero, en vista de que no cedía, optamos por solicitar del negro que nos vendiese un pedazo de la citada mixtura. La joven embarazada, sin recatarse, mordió un trozo de tabaco, lo que al principio le causó cierta repugnancia; pero, repuesta bien pronto de esa primera impresión, siguió masticando y salivando. Esta afición se prolongó durante tres meses, tomándole tal repugnancia a toda clase de tabacos, que cuando alguien fumaba en su presencia, no podía ocultar el disgusto que el hecho la producía.

Otras sienten vivísimos deseos de fumar, pero no cigarrillos perfumados, sino tabaco fuerte, y cuanto más fuerte mejor, preferiblemente en pipa. Una señora tomó tal afición al tabaco fumado de esta forma, que a

pesar de que al principio no podía reprimir mareos y vómitos, no por eso dejó tan extraño capricho hasta que le hubo satisfecho completamente.

En Bosnia, donde es costumbre fumar entre las mujeres, tan pronto como se sienten embarazadas dejan este vicio, por creer que el humo puede asfixiar al feto. Cuando el niño nace en estado de muerte aparente producida por la asfixia azul, nadie duda que ello es debido a que la madre no ha podido resistirse y se ha fumado alguna pipa. Si la madre tiene la conciencia tranquila, esto es, la convicción de que no ha fumado durante todo su embarazo, se atribuyen los síntomas asfícticos al hecho de haber permanecido al lado de personas que estaban fumando. En virtud de esta creencia, las embarazadas tienen buen cuidado de aislarse de los fumadores, especialemnte en los últimos meses del embarazo.

Si hasta cierto punto pueden admitirse los antojos alimenticios, estas perversiones del apetito y de la conducta en general, resultan inexplicables. Havelock Ellis encuentra una estrecha analogía entre los antojos de la preñez y esos otros, a veces impulsivos e irresistibles, de golosinas, que se apoderan de los niños, y que en las niñas persisten o renacen en la edad adolescente y aun después de ella.

"Estos accesos repentinos de voracidad—dice—pertenecen al grupo de manifestaciones psíquicas normales que se hallan en las fronteras de lo anormal, fronteras que cruzan ocasionalmente. Pueden ocurrir, sin embargo, en niños sanos, bien nutridos y bien criados, que, bajo la presión del repentino deseo, sin el menor inconveniente y, al parecer, sin reflexión, roban la golosina que desean y hasta sustraen a los padres el dinero para comprarla. La golosina de que así se adueñan, cediendo a un irresistible deseo, suele ser una fruta. Generalmente, las frutas se reparten a los niños en cantidades pequeñas como artículo de lujo; pero descendemos de razas primitivas y de antepasados semejantes a los simios, que en la estación propicia comen gran cantidad de frutas, y no es sorprendente que, cuando llega una determinada época del año, el niño, más sensible que el adulto a las influencias primitivas, experimente a veces el impulso de sus antepasados con notable intensidad, y mucho más si, como es probable, el deseo es, hasta cierto punto, expresión de una necesidad fisiológica.

La gran impresionabilidad nerviosa de la preñez despierta, al parecer, la actividad de aquellos impulsos primitivos que pueden darse en la infancia, y en la niña continúan hasta la nubilidad. Es significativo el hecho de que los antojos de la embarazada sean generalmente de frutas, y, sobre todo, de frutas tan sanas como la manzana, que puede tener muy bien una influencia benéfica sobre el sistema de la mujer embarazada. Giles, en su lista de alimentos deseados por 300 embarazadas, deduce que el grupo de las frutas es el más numeroso, suministrando 79 casos; las manzanas aparecen en primer término, presentándose en 34 casos de un total de 99 mujeres con antojos, mientras que las naranjas iban después, en 13 casos, y en el grupo de los vegetales, los tomates aparecen primero, con seis casos. Varias mujeres declaran que hubieran podido vivir comiendo sólo manzanas, que se pasaban el día comiéndolas o que solían sentarse en la cama para comerlas."

Un fundamento de la preferencia de las embarazadas por la manzana se encuentra, según Ellis, en que la manzana, dondequiera que se conoce—dice—ha sido siempre tenida por fruta sagrada o mágica, y la fruta del árbol prohibido que tentó a Eva se ha supuesto siempre que fué una manzana. Tal vez debamos referir a este respecto—agrega — el hecho de que en Roma y en otras partes los testículos se llaman manzanas. Añade que se halla una curiosa prueba del amor femenino a las manzanas en una antigua balada portuguesa, *Donna Guiomar*, en la cual una damisela ciñe la armadura y va a la guerra; sospéchase de su sexo, y para ponerlo a prueba, la llevan a un huerto; pero doña Guiomar es demasiado hábil para caer en el lazo, y volviendo la espalda a las manzanas coge un limón.

Gaidoz describe la historia del uso de la manzana o de una fruta semejante, arrojada por una joven o por un muchacho a una persona del sexo opuesto, como invitación amorosa. Vestigios de esta costumbre se pueden hallar en Grecia (Teócrito), Italia (Virgilio), Irlanda antigua y moderna, Tahití, etc. Gaidoz opina que no es un simbolismo real, sino que la fruta se convierte únicamente en instrumento manual para un galanteo licencioso.

El psicólogo citado afirma también que "otro hecho significativo que relaciona los antojos de las mujeres embarazadas se descubre en la circunstancia de que se verifican principalmente en las jóvenes. En realidad, no disponemos de tablas de edades de mujeres embarazadas que han manifestado antojos; pero Giles ha demostrado con toda claridad que éstos se dan principalmente en las primíparas, y que decrecen rápida y constantemente en cada preñez sucesiva. Este hecho, muy difícil de explicar de otro modo, es natural si consideramos los antojos de la preñez como un renacimiento de los de la infancia".

Considera dicho autor que no deben estimarse esos deseos como una expresión exclusiva de un deseo fisiológico, pues en tal caso tendría que presentarse en cualquier embarazo, "a menos que se arguya que a cada

nueva preñez la mujer se hace menos sensible a su propio estado fisiológico".

En efecto, esto es lo que debe no sólo argüirse, sino hasta tomarse como base de los fenómenos, si no queremos recurrir a la sugestión y la superstición unidas para encontrar otro gran haz de raíces dignas de servir de punto de partida en todas estas afirmaciones, que no acaban de explicar con claridad absolutamente científica los más obstinados investigadores. Por esto no hay más remedio que confesar, con cuanta lealtad sea posible, que en lo que se refiere a los fenómenos psíquicos del embarazo, sabemos hoy, poco más o menos, lo que nos refieren los autores de hace quinientos años, y la misma preñez, en la inmensa mayoría de los aspectos, se nos sigue apareciendo como un profundo misterio, teoría que sustentaron, como consecuencia de su ignorancia, los hombres de ciencia más primitivos.

Pero si hasta la misma concepción fué desconocida hasta hace relativamente poco, hasta ayer mismo—¿qué son trescientos años en la historia de la Humanidad?—, en cuya fecha se supo la verdad acerca de la misión del espermatozoide y del óvulo, ¿qué tiene de particular que en todos los pueblos, cada uno a su modo, se interpretasen estos hechos de la manera más equívoca?... Pero este aspecto ya es materia del capítulo siguiente.

TEORIAS Y PRACTICAS ACTUALES

Embarazadas por la "flor de la luna".—Independencia entre el coito y la procreación.—Explicación del placer y misterio de la procreación.—El "mal de ojo".—El aborto y los sesos de cerdo.—Lo que dicen los clásicos.—La mujer que paría conejos.—La fecundación de los espíritus.—Virtudes del cordón umbilical.—Pruebas del embarazo.—La del sudor.—Creencias primitivas sobre la fecundación.—Procedimientos para elegir el sexo.—Su determinación.—La acción del coito.—Para evitar los dolores.—La incubación.

NUESTROS tratadistas antiguos hablan del "aura seminalis", de un vapor, de un aroma sutilísimo que contenía el licor espermático del macho, y que tenía la propiedad, en buenas condiciones, de fecundar a la hembra.

Las solteras que quedaban embarazadas no tenían por qué negar que habían gustado las caricias del hombre, y como entonces se creía que sólo los ritos matrimoniales contribuía a hacer fecundas a las mujeres, no podía explicarse el fenómeno de otra manera que recurriendo a la influencia de los poderes sobrenaturales, mágicos o animísticos, contra los que nada podía la voluntad del individuo. Entre ciertas tribus de gitanos que viven en Europa comprando y vendiendo caballerías, robando gallinas y haciendo calderos de cobre, se sigue creyendo que cuando una soltera queda embarazada es porque ha aspirado el aroma de una flor que se cría en la montaña de la luna, y que tiene esta extraña propiedad fecundante. Ni es posible saber como es esa flor, ni hay medio de averiguar donde está la "montaña de la luna"; pero el hecho cierto es que, mientras la ceremonia nupcial no se haya realizado, el comercio carnal con un hombre no es nunca la causa del embarazo, sino que la paternidad hay que achacársela a la flor lunar cuyo aroma es tan enervante, que causa en la mujer los placeres más vivos, según afirman las viejas sibilas de la gitanería andante. Por lo visto, tampoco es necesario que la gitana haya estado en la montaña lunar: basta con que el hombre haya podido aspirar el

aroma de la flor para que, transmitiéndolo a la cañí, ésta quede en estado interesante.

No cabe duda que en los primitivos tiempos de la humanidad, el comercio carnal de los sexos era una cosa, y la producción de hijos, otra que nada tenía que ver con aquéllo.

El comercio carnal tenía una razón de ser que se explicaba sencillísimamente, lo mismo en su aspecto psíquico que en el exclusivamente mecánico, ya tuviese su origen en las sensaciones visuales, tactiles, olfativas, gustatorias, etc. El instinto no estaba reprimido por ninguna consideración moral, y como les ocurrió a Adán y Eva, los hombres primitivos descendientes de aquéllos comprobaban que el hecho de acoplarse un hombre y una mujer en el contacto más íntimo, "era cosa buena".

¿Qué secretos podría tener el acto sexual? ¿Dónde habían de estar sus misterios cuando un niño podía comprobar que aquéllo era tan noble que a nadie ofrecía incógnitas indescifrables?

En contraste con las duras condiciones de la vida primitiva, aquellos placeres que daban salud al cuerpo y alegría al espíritu, resultaban tan necesarios como el comer y el beber y eliminar los productos de la alimentación injerida. La sexualidad era una cosa tan natural como el resto de las funciones fisiológicas indispensables para el más perfecto desenvolvimiento de toda la economía animal, y no hubo otras trabas que las opuestas en los momentos en que la jauría del instinto se lanzaba en carrera desenfrenada por los placeres, hasta producir trastornos de distinta naturaleza, aunque generalmente debilitantes, en el individuo que abusaba de los deleites carnales. Así debió nacer el primer instinto de castidad, que después la civilización se ha cuidado de refinar hasta el extremo que ya conocemos, que en nada se parece en su expresión a las razones que sirvieron a los hombres primitivos para instituir tan sabia norma.

Un sin fin de ideas accesorias, basadas seguramente en principios económicos debieron de contribuir en la estructuración de esos dictados de castidad, como lo encontramos hoy mismo en esos pueblos salvajes, en los que no está bien conceptuado el hombre que a causa de entregarse con frecuencia a los placeres sexuales, pierde las fuerzas que necesita para atender al cultivo de sus tierras, a la pesca, a la caza o a la guerra, que también, huelga decirlo, se funda siempre en un motivo económico.

A todo esto, las mujeres primitivas quedaban embarazadas y parían hijos. Ni Adán ni Eva llegaron a saber la razón verdadera de que nacieran sus hijos, pues tampoco podían relacionarlo con la práctica de aquella "cosa buena" que les enseñó la serpiente. Indudablemente, al Creador debió olvidársele explicarles el fenómeno de la fecundación, si no quer



NATURALES DE LAS ISLAS SALOMÓN

Las costumbres más salvajes y crueles hacen que la mujer se considere como algo repugnante y peligroso durante las épocas de sus estados particulares, por lo que se las obliga a someterse a muy severas disciplinas.

LAMINA V



MUJER DE LAOS

La susperstición del embarazo que más preocupa a estos asiáticos, afirma que, si no se practica el acto sexual cada vez que la embarazada lo desea, se corre el riesgo de que lo que nazca no tenga sexo definido.

LAMINA VI

mos admitir el hecho de que tampoco Moisés sabía gran cosa de estos maravillosos asuntos, que hasta los tiempos del abate Spallanzani no pudieron ponerse en claro.

Así, pues, mientras que la explicación de los fenómenos del placer sexual fué siempre fácil—una emoción, un roce, una penetración, un espasmo...—, a todos cuantos lo experimentaron, los de la procreación no se los explicaba nadie, si no era invocando lo sobrenatural, lo mágico y lo misterioso, como exponentes claros, en todos los tiempos, de la crasa ignorancia.

Por todo el mundo, incluso en pueblos cultos, en plena Europa, en plena civilización, subsisten arraigadas las remotas creencias, bien como explicación única y correcta de los hechos, o bien como expresión de ignorancia o de superstición intolerable. En esas regiones de Europa a que aludo, especialmente en aquellas en que la dominación religiosa fué más influyente que la verdadera cultura, ¿saben un hombre y una mujer por qué nacieron y por qué nacen sus hijos?... Entre estos ignorantes, no se habla de espermatozoide ni de óvulo, ni de nada de eso; se cree, a ciegas, que el embarazo resulta de que a la mujer "le venga el gusto", ya que al hombre "le viene siempre". Y no hay medio de adquirir más noticias a este respecto, lo que nos demuestra que, sobre poco más o menos, saben lo mismo que los hombres de las cavernas.

Desconociendo hasta ese punto el mecanismo de la fecundación las mismas gentes que viven en los países que presumen de cultos, ¿qué tiene de extraño que en esos pueblos primitivos de Africa y Oceanía nos encontremos con las teorías más peregrinas acerca de la sucesión de estos hechos?

Es verdaderamente asombroso que al cabo de los millones y millones de años que hace que Adán y Eva cometieron aquella paradisíaca idiotez de no tener calma para esperar las decisiones de Moisés, se haya adelantado tan poquito en esta materia, y aún haya gentes que participen del mismo criterio que los indígenas de la Melanesia.

En efecto, la semejanza que existe entre las opiniones de los pueblos que llamamos cultos y los salvajes a este respecto, suele ser, en algunos casos, curiosísima, costando verdadero trabajo dar crédito a ciertas narraciones que parecen copiadas al pie de la letra, ya que la gran distancia que media entre un punto y otro y la enorme diferencia de civilización induce a que siempre sean acogidas con reserva tales comparaciones.

En Castilla la Vieja, Extremadura, Galicia...; en resumen, en toda España, aunque no tanto en las regiones del litoral mediterráneo, ¿no hay

quien haya oído hablar del "mal de ojo"? A poca distancia de Madrid, media hora de tren, me han referido los siguientes casos peregrinos:

Hace una docena de años, una mujer notó los primeros síntomas del embarazo, caracterizados por vómitos, antojos, sueño y trastornos nerviosos. Como estos trastornos se agravasen hasta el extremo de que al cuarto mes del embarazo la gestante manifestaba que no podía sufrir los golpes dolorosos que en sus entrañas la daba el feto, se acudió al médico del pueblo, el cual no encontró nada anormal, prescribiendo, si acaso, un antiespasmódico.

La mujer, que era primípara, no encontró alivio a sus males con aquella medicina, y marchó a las Navas del Marqués (Avila), donde residía un curandero, que a la vez era "mago" (?), al cual se atribuían poderes verdaderamente extraordinarios, en virtud de las curaciones que, al decir de estas gentes, había realizado.

Después de inquirir los datos necesarios para establecer su "diagnóstico", terminó por confesar que la embarazada era víctima del "mal de ojo", esto es: que "la había mirado alguien que la odiase mucho o la amase demasiado", a excepción de su marido. El hombre agotó toda su ciencia, y después de recomendar que se hiciese una cruz en el vientre con agua bendita, aseguró que desaparecerían las molestias y que daría a luz felizmente.

La embarazada puso en práctica los consejos del "mago"; y, en efecto, las molestias desaparecieron por completo al día siguiente, y cinco meses más tarde daba a luz una niña.

El hecho, como ocurre siempre en estos medios de tan escasa cultura, se difundió por el pequeño pueblo y los de los alrededores como algo verdaderamente sobrenatural, y desde entonces no hay una mujer que no confíe en las virtudes del agua bendita para mitigar los sufrimientos del embarazo.

Otro caso: Una muchacha soltera que dejó de ser virgen, y que a juzgar por su conducta no estaba muy arrepentida de hallarse en tal estado, advirtió un mes que las reglas se suspendían, que no aparecían al mes siguiente, ni dos más tarde, y que, por fin, la curva del vientre no dejaba lugar a dudas acerca de lo que estaba ocurriendo en su seno. Temerosa del escándalo y de la deshonra, se propuso suprimir aquella vida que estaba elaborándose en su vientre y no queriendo emplear abortivos ni dar publicidad a sus temores, fué a visitar a una mujer que gozaba fama de bruja en muchas leguas a la redonda y de la que sabía que era capaz de curar enfermedades que no conocían siquiera los médicos.

La vieja le aseguró que todo quedaría resuelto si la abonaba unas pesetas y ponía en práctica el remedio que la aconsejaba. Este era bien simple: no tenía que hacer otra cosa que ponerse en el vientre una cataplasma hecha a base de harina y de sesos de cerdo, y al instante notaría el descenso de la curva del vientre, sin derramar una sola gota de sangre por sus partes genitales, como ocurre en el aborto. La explicación que estas gentes dan acerca de la eficacia del remedio es que siendo en el cerebro donde residen los principios de la naturaleza del ser, y conociendo que el cerdo es carnívoro, el espíritu del animal se infiltra en las entrañas de la embarazada "comiéndose al feto" sin dejar rastro.

Cuentan que la muchacha hizo lo que le mandaba la bruja, y, en efecto, desaparecieron los síntomas tan alarmantes de su embarazo, reanudándose las reglas unos días más tarde.

Otro más: Una mujer contrajo matrimonio con un individuo pendenciero y de mal carácter, que a los pocos meses de casados la maltrataba de obra por el menor pretexto. El brutal marido no reparaba en el embarazo de la infeliz, haciéndola víctima de las peores crueldades. Naturmalmente, esto llegó a conocimiento de todo el pueblo, y una mujeruca, compadecida, afirmó que por no respetar el estado de la gestante, tendría su castigo en el hijo que naciera. Así continuaron las cosas hasta que la mujer dió a luz, pero no un ser humano sino un "bicho negro con muchas patas que se tiraba a las paredes subiendo por ellas, como si fuese una araña, a lo que hubo que matar a palos".

El lector, sin duda alguna, no creerá en estas cosas, que es lo mismo que nos sucede a nosotros. Pero si quiere comprobar la veracidad de nuestras narraciones no tiene que hacer otra cosa que perder un domingo en los pueblos situados en la línea férrea de Segovia, entre Villalba y Cercedilla, y escuchará referir los más peregrinos sucedidos a este respecto.

Todas estas groseras supersticiones, cuyo origen no es posible precisar como tampoco la fecha en que acabarán de desarraigarse de la fantasía popular, tienen su explicación en la ignorancia que en todo tiempo ha habido acerca de los fenómenos naturales de la procreación, no sólo entre los salvajes sino en todas las civilizaciones. El famoso Plinio, no tiene ningún inconveniente en asegurar en una de sus obras que una dama de la aristocracia romana, llamada Alcipia, dió a luz un pequeño elefante que murió pocos días después. Julio Obsequens refiere el caso de dos mujeres italianas, que en el año 1471, dieron a luz, la una un perro y la otra un gato. Bayle asegura que una mujer dió a luz un gato negro, y que tanto la madre como el "hijo" fueron asados en las parrillas del Santo Oficio, porque a los jueces no les quedaba la menor duda de que el padre de tan extraña criatura había sido el mismísimo Satanás. Ambrosio Paré cuenta que en

Nápoles nació un cerdo que presentaba una cabeza de hombre sobre el lomo.

Estas afirmaciones las encontramos también, como se ve, hasta en los tratados que en tiempos habían de reputarse completamente serios. Posteriormente a Plinio, el tocólogo Le Duc, dice: "El 15 de diciembre de 1597 me llamaron para asistir a la mujer de un cochero del príncipe de Guimenèe, que soportaba, desde hacía una semana, las molestias de un parto laborioso. El feto estaba completamente podrido y tuve que sacarle a pedazos con los dedos y un gancho de metal. Al extirpar el último trozo, una llama de color violeta y de olor azufrado se escapó de la vulva; esta exhalación luminosa llenó toda la habitación de humo. Aquella mujer sufría de gota serena desde el comienzo de su embarazo, al que sobrevivió pocos días. Más de quince testigos presenciaron el fenómeno."

El famoso cirujano londinense Saint-André, publicó en 1726 un nuevo sistema de generación, por el que sostenía que podían efectuarse las fecundaciones más extravagantes que pudieran imaginarse, no siendo precisas circunstancias más complicadas, sino que pudiera conseguirse el acoplamiento del macho y de la hembra; por ejemplo: el de un pez y una rana; un perro y una cerda, un mosquito y una pulga, etc. Dice un autor que una vecina suya quiso acreditar la nueva doctrina y le llamó, diciéndole que sentía los dolores precursores del parto.

Saint-André la reconoció y aseguró que se trataba de un caso de superfetación. La asistió en presencia de testigos y la mujer parió un conejito vivo. Se dice que las gentes no acabaron de creer en la realidad de tan extraño suceso, y las opiniones se dividieron: el pueblo aseguraba que era un milagro, pero las gentes sensatas se reían de buena gana de lo que consideraban que no era otra cosa sino una patraña del médico y la supuesta parturienta, con el fin de conseguir aquél que sus opiniones se acreditasen, ya que habían sido acogidas por el mundo científico de la época con las naturales muestras de incredulidad.

En resumen, las autoridades tomaron parte en el asunto, y vigilándose de cerca a la mujer, se la sorprendió un día cuando se estaba introduciendo un nuevo gazapillo en la vulva, con intención de "parirlo" unos momentos después. Esta impostora fué castigada, el médico se escondió siete estadios bajo tierra, y de esta forma terminó la curiosa historia que M. de Voltaire cuenta en su obra titulada *Singularidades de la Naturaleza.*

Mientras que en los pueblos salvajes se considera a la mujer embarazada como en el más perfecto estado de pureza, en el corazón de Europa, en Bélgica, una embarazada no puede besar a un niño, porque su aliento lleva el gérmen de ciertas enfermedades. Esta creencia se halla extendida

entre los campesinos de los distritos walones. También se cree que la orina de una gestante es ardiente como el fuego, y, por lo tanto, no debe orinar cerca de los árboles, porque los secaría.

A la vez, en las islas de Salomón, en Occeanía, también creen estos indígenas en el maleficio de las miradas de una mujer embarazada, sobre todo si ya tiene bastante edad. Los chiquillos huyen de las mujeres que se encuentran en este estado, y las leyes de la tribu imponen que sus necesidades fisiológicas las hagan todo lo más lejos posible de los poblados, a fin de impedir que estas emanaciones puedan secar las plantas, impedir la curación del pescado o que se agraven los niños que se encuentran enfermos. (Lámina V.)

Estos indígenas no relacionan para nada el coito con la procreación, lo que también se observa en las islas de la Melanesia, según las referencias más modernas debidas al célebre etnógrafo Dr. Malinowski.

Dichos salvajes comienzan por creer en la reencarnación, estimando que cuando una persona muere, no hace más que arrugarse para después de que ha permanecido debajo de la tierra, adquirir una nueva existencia, que en forma de espíritu se convierte en otro ser. Por lo general, todas estas opiniones están rodeadas siempre del mayor misterio y muchos indígenas no tienen inconveniente en afirmar su ignorancia a este respecto.

Se dice que los espíritus de los niños, cuando salen de la tierra, van hacia el mar navegando sobre troncos, ramas, hojas o bien sobre la espuma, hasta que son cogidos por otros espíritus mayores que son los encargados de hacer madres a las mujeres que anhelan tener hijos, aunque para ello es necesario que hayan contraído matrimonio.

Además, para que la mujer sea madre, es condición esencialísima que haya desaparecido la membrana himen, a fin de que los órganos genitales ofrezcan la necesaria abertura para facilitar la entrada del espíritu del niño, que de esta manera penetra hasta las entrañas, donde se sigue desarrollando hasta adquirir el necesario tamaño y el vigor correspondiente que es preciso para nacer.

Cuando un espíritu grande, que suele ser el del marido o el de la embarazada, descubre la presencia de un espíritu pequeño que es bello, lo toma en sus manos y lo coloca entre el cabello de la embarazada, que sufre dolores de cabeza, vómitos y dolores de vientre. El espíritu puede entrar también por la cabeza de la embarazada, pero en las solteras ocurre que la penetración en la vagina se efectúa cuando se están bañando, ya que los espíritus de los niños se encuentran sobre la espuma de las aguas.

Una costumbre curiosa de estos indígenas, y que se relaciona, en cierto modo, con otra de los habitantes de esos pueblos próximos a Madrid que

antes citamos, es lo que se refiere a las virtudes atribuídas al cordón umbilical. Los indígenas melanesios entierran en la huertas el resto del cordón umbilical que cortan unos días después del nacimiento para que el niño tenga suerte en la explotación de sus tierras.

En España también la "tripa del ombligo" es un amuleto para la buena suerte, pero ha de ser el de una niña. Me consta positivamente que cuando un hombre de la familia va a sortear para el servicio militar, ese resto del cordón umbilical, que ha sido cuidadosamente guardado, se cose oculto en cualquier prenda que haya de vestir el presunto recluta el día del sorteo; pero es condición indispensable que el interesado no lo sepa, pues en este caso el amuleto no tendría ese magnífico poder que se le atribuye.

Con la implantación del servicio militar obligatorio, los devotos de estas groseras supersticiones sufieron un rudo golpe en sus creencias: ahora se aplica el amuleto en lo que se refiere al sorteo "para Melilla", que es como por extensión se denomina a todo el territorio de influencia española en el Norte de Africa.

Sobre el diagnóstico del embarazo, cuando los signos normales no bastan a satisfacer la ansiedad de los futuros padres, también existen creencias y prácticas a las que no es posible atribuir la más mínima base científica.

"Nadie se contenta—dice Venette—con las señales corrientes del embarazo, sino que aún se suele acudir a procedimientos tan antiguos como imbéciles para descubrir el estado de preñez. Hay quien asegura que si se frotan los párpados de las embarazadas y se calientan, es señal de que, efectivamente, el embarazo existe, y que si no se calientan, que es ficticio. También se acostumbra a extraerles dos o tres gotas de sangre que se echan en un vaso de agua, y si se van al fondo, es señal de embarazo indudable. Algunas mujeres acostumbran a colocar un diente de ajo en sus genitales y creen firmemente que si al cabo de algún tiempo no notan el olor a ajo, es que se hallan embarazadas. Hay también quien cree determinar el embarazo examinando la orina y observando si existen o no materias en suspensión. Otras dejan la orina en reposo durante una noche, con una aguja dentro del recipiente, y si por la mañana se aprecian en ella unos puntitos rojos, ya no hay duda de que la interesada está en cinta."

Los árabes, según el *Jardín perfumado,* interpretan los síntomas del embarazo inmediatamente después del coito, si la mujer ofrece sequedad en la vulva, se despereza y se duerme en seguida. Si con estos signos no se está satisfecho, no hay más que hacer que la mujer beba agua con miel y si siente pesadez en el vientre, no hay duda de que está embarazada.

Aparte de lo que diga el citado libro, los indígenas de Marruecos tienen otros medios diferentes para hacer el diagnóstico del embarazo a partir del primer mes, y prescindiendo de todos los signos típicos de probabilidad que hemos estudiado en el volumen correspondiente.

En primer lugar, si la mujer tarda en contestar más de lo acostumbrado a las preguntas que se le hacen y parece como distraída, no hay duda que "estar muchacho por barriga suyo", como me decía un morito que tuve algún tiempo a mi servicio. Explican el valor de este signo diciendo que la mujer empieza a sufrir preocupaciones, sin darse cuenta de ello, pero como si algún *djinn* malo le anunciase que bien pronto van a comenzar sus sufrimientos. Otra prueba del embarazo, consiste en introducir una piedra rodada de río en el recipiente donde haya orinado la supuesta embarazada: si al verter en el suelo el líquido y la piedra ésta aparece seca o se seca en seguida, es señal de que el embarazo existe, porque la grasa que la orina contiene en suspensión envuelve a la piedra, impidiendo que se moje.

Por otra parte, si una mujer casada sudaba con facilidad durante los trabajos rudos y ahora no suda, es señal de que una nueva vida se está elaborando en sus entrañas. Creen los moros que el sudor no es más que la grasa sobrante en el organismo, pero que no se segrega cuando la mujer está embarazada, por necesitarla el niño para su nutrición. En concordancia con esta teoría, tenemos los siguientes versos de Lacombe, que dicen:

"Un prejuicio fatal, que aún vive en nuestros días,
dice que ha de sudar la madre embarazada;
y este error capital, que es funesto a las hembras,
ha causado más daños que la guerra y la peste.
No confundamos nunca el transpirar corrientes,
que expulsa facilmente nuestros malos humores;
que es tan necesario al cuerpo en todos los instantes
y es fiel a la balanza del humano equilibrio,
con el sudor que brota de todos nuestros poros
y que nos debilita y nos agota tanto.
Ese sudor terrible que el vulgo cree sano
es causa muy frecuente de fiebres puerperales."

Los marroquíes también dan una explicación bastante satisfectoria de este fenómeno del sudor, afirmando que el embarazo, que tanto influye sobre todo el organismo de la mujer, tiene la propiedad de hacer más débiles sus energías o de reducir sus deseos de trabajar, y por lo tanto, al ser menos el esfuerzo que el anteriormente acostumbrado, el sudor no se produce con la misma facilidad.

Esta gente, incluso los montañeses más salvajes, conocen los fenóme-

nos de la fecundación, si bien no creen que la mujer contribuya con el óvulo a la operación del embarazo, sino que el licor seminal contenido en los testículos lleva en el líquido unos animales que no se ven, "por ser espíritus", los cuales obstruyen un pequeño agujero que la mujer tiene en las entrañas, uniéndose así a los animálculos que tiene la mujer. Creen que los gérmenes masculinos y femeninos mantienen una lucha terrible, hasta que todos quedan exterminados, los cuales sirven de alimento a los dos supervivientes, uno macho y otro hembra, "los de mejores sentimientos, sanos y fuertes", los cuales, unidos, forman el nuevo sér. Están absolutamente convencidos de que no existen embarazos misteriosos, siendo imprescindible que la mujer y el hombre se unan carnalmente para que el embarazo tenga lugar.

Refiere un autor que en Irlanda se sabe en seguida si la mujer está o no embarazada, a juzgar también, como entre los moros, por sus ganas de trabajar. Si se muestra perezosa, no cabe duda que va a ser madre.

Respecto de la práctica del coito durante la gestación, en este país está prohibido por la Iglesia a los maridos acercarse a sus mujeres en los días miércoles, viernes y domingos, y después del parto, durante treinta y seis días si ha nacido un niño, y cuarenta y seis si es hembra el producto de la concepción.

Los moros reducen todo lo posible los contactos carnales durante la gestación, por creer que los coitos repetidos tienen la propiedad de reblandecer la medula de los huesos del feto, ya que, según ellos, también participan del placer que experimentan los padres. En cambio, entre los indios mejicanos, se estima que es más necesario entonces el coito, porque, coincidiendo con los judíos, la falta de semen impide el desarrollo perfecto del niño. Esta opinión la encontramos bastante generalizada en todos los pueblos indígenas de América, pero con la particularidad de que si el marido no cohabita con la embarazada, a la que suponen en ese estado más propicia a los transportes sexuales, pueden hacerlo los espíritus malignos, que comunicarían al niño sus características intelectuales.

Acerca del estado del feto dentro del seno materno, también existen las más pintorescas supersticiones. Está muy extendida la opinión de que si la embarazada sufre un golpe, un arañazo o cualquir lesión que vaya seguida de hemorragia, aunque la causa no se haya producido sobre el vientre, una parte de esa sangre será derramada por el niño, en cuyo caso, por insignificante que sea la pérdida, el niño puede nacer anémico. El peligro es tanto mayor cuanto menor es el tiempo del embarazo.

En el olor del aliento de la embarazada también se fundan las creencias más disparatadas. Si el aliento huele mal, es que el niño está enfermo; si huele bien, es que se desarrolla con normalidad, y si no se percibe ningún olor, quiere decir que el niño tiene hambre o que está expuesto a cualquier enfermedad.

Puede suceder también que el niño haya muerto, lo cual puede comprobarse por varios procedimientos de gran eficacia, al decir de las comadres del mundo entero.

Uno de estos procedimientos es sencillísimo: consiste en tomar una porción de orina de la embarazada en un recipiente cualquiera, al que se mezclará otro tanto de agua de fragua. Si la mezcla de estos dos líquidos resulta de un color negro, no cabe duda que el feto ha muerto.

Caufeynon dice que otro medio de comprobar la vitalidad del feto en el seno materno, según las creencias de muchas gentes, consiste en lo siguiente: se toma un pedazo de pan blanco, mojado en vino; después se aplica sobre el ombligo de la mujer, y si el feto vive aún, reanimado por este tónico, comienza a moverse, dando así muestras de su existencia.

Refiere también que la famosa comadrona Bourgeois, apodada la Boursier, que ayudó a venir al mundo a los seis hijos de María de Médicis, empleaba un sistema muy extendido en París por aquella época. "Yo asistí—dice—a una señora hace cinco años, la cual estuvo un mes sin sentir moverse a su hijo. Empleamos todos los medios imaginables para ver si conseguíamos algún movimiento; pero todo fué inútil. Le aplicamos, finalmente, un trozo de solomillo de ternera, mezclado con clavo y nuez moscada, y humedecida con malvasia, y sólo notamos una cosa que se elevaba dentro del vientre, y que era el cuello de la matriz, que estaba extraordinariamente frío a causa de que contenía un niño muerto."

El problema de la determinación del sexo del producto de la concepción no ofrece ninguna dificultad a las gentes, que disponen de muchos medios para conocer, tan pronto se notan los primeros síntomas del embarazo, si ha de ser varón o hembra. Pero no es sólo la determinación, sino que también es posible la elección, con solo someterse a ciertas prescripciones de magníficos resultados, según sus propugnadores.

Para elegir el sexo es necesario estar bien al tanto de las diversas evoluciones lunares y conocer perfectamente cuando empiezan y terminan esas fases. Para ello es necesario también conocer con exactitud la fecha en que se iniciaron y cortaron las seis o siete menstruaciones anteriores, y, además, los días en que el fenómeno sucedió. Puede decirse que esta verdadera ciencia, que cuenta en Castilla con abundantes partidarios, sólo es conocida de las *gentes de talento*, por la serie de combinaciones y de cálculos que es preciso hacer para indicar, ni más ni menos, el momento oportuno en que el matrimonio debe efectuar el coito. Un individuo de

"talento" que a mí me facilitó datos importantísimos acerca de la materia, fué... ¡el tonto de un pueblo serrano! Como se sabe, no hay un pueblo donde no exista el tonto oficial, algo así como una institución imprescindible para que el pueblo pueda adornarse con una de las notas más típicas del colorido rural.

Si sabemos que el único talento de los tontos no es otra cosa que la memoria, esa retentiva extraordinaria y morbosa, el apacible sujeto a que me refiero no cabe duda que tenía talento. Yo he conocido a un muchacho paranoico, cuya única manía, a todas luces inofensiva, estribaba en llevar en la memoria el registro completo de los abonados al servicio telefónico, cerca de siete mil, de una ciudad española. Sus fuentes de información estaban en una guía que repasaba todos los meses, para rectificar el registro, que él llevaba en un voluminoso cuaderno.

Pues bien: el tonto a que me refiero, que llevaba en la memoria la estadística de la natalidad de su pueblo desde hacía veinte años, podía dar noticias exactas de la fecha y la fase lunar en que se había verificado el parto, así como el sexo del individuo, y también de memoria, puesto que era analfabeto, precisaba hasta el día en que se verificó la concepción, que él calculaba a base de doscientos setenta y dos días. Este hombre era consultado frecuentemente por las mujeres, a las que daba indicaciones precisas, aunque es cierto que no siempre sucedían las cosas de acuerdo con esos consejos, en cuyo caso el tonto atribuía la responsabilidad de los resultados negativos a errores cometidos por los cónyuges en la práctica de sus recomendaciones.

Acerca de la determinación del sexo del producto de la concepción, el asunto aparece más fácil y más al alcance de todas las inteligencias. La citada comadrona madame Bourgeois aseguraba que la mujer tiene mejor color cuando está embarazada de un varón que de una hembra. Otro signo, al decir de ella inconfundible, es que cuando es un varón lo que va a nacer, el pecho derecho se desarrolla más que el izquierdo y las pupilas adquieren mayor brillo que si el producto de la concepción es una niña.

Los judíos opinan que la mujer que va a dar a luz un varón, sienten con más frecuencia los deseos de orinar, siendo la orina más oscura. Hay unos versos a los que Caufeynon alude, debidos a la inspiración de un poeta de la escuela de Salerna, que ofrecen algún punto de identidad con esta opinión de los hebreos. Los versos dicen así:

"Observa el excremento de la futura madre
y así averiguarás el sexo de tu hijo:
si es espeso y rojizo, y grasiento y viscoso,

y en la orina encontrases materia en suspensión,
el niño que se forma en el vientre es varón,
y es hembra si aparece el excremento pálido."

En España se halla muy divulgada la creencia de que el sexo del hijo puede conocerse por la manera que tiene de echar a andar la embarazada: si echa el pie derecho, será varón, y si el izquierdo, hembra. Otra "prueba" consiste en colocar un cuchillo debajo de una silla y un par de tijeras debajo de otra. Si la embarazada se sienta sobre la silla del cuchillo, nacerá varón, y hembra si lo hace en la de las tijeras.

Conociendo el cúmulo de perversiones sensorias que la mujer padece durante el estado de gestación, ya analizadas en otro volumen, la superstición popular ha encontrado un rico venero de fundamentos para deducir el sexo a que pertenecerá lo que nazca, en ciertos síntomas y trastornos. Por lo general, los antojos de las embarazadas, según el vulgo, no son otra cosa que una manifestación de los deseos del feto, y por estos deseos no sólo se establece el sexo, sino que hasta la moral del futuro individuo.

Así tenemos que cuando una embarazada experimenta deseos de fumar o de injerir bebidas alcohólicas, no cabe la menor duda de que lo que nazca será varón, y además de esto, fumador y bebedor. En estas condiciones, se estima que "es bueno" persuadir a la embarazada para que domine sus deseos, que de ser satisfechos tanto pueden influir en la vida de su hijo.

Si el antojo se refiere a joyas, flores, adornos, etc., lo que nazca será niña, y la profecía acerca de su carácter no deja de ser halagüeña, ya que ello revela que la criatura tendrá sentimientos delicados y distinguidos.

La prohibición del coito durante el embarazo la fundamenta la creencia popular, no en motivos higiénicos, como sucede entre los salvajes sino en razones exclusivamente morales, opinándose que ello puede señalar una ruta en el temperamento sexual del producto de la concepción, ruta que en su día puede convertirse en un camino de perdición y de libertinaje que será la deshonra de la familia, sobre todo cuando a esta circunstancia se agrega el hecho de que sea niña lo que nazca.

No obstante, no me ha sido posible encontrar pruebas muy abundantes de esta creencia en los varios informes que he recibido, hecho que no dudo tiene su explicación en razones muy importantes. Sea en las condiciones que fuere, la prohibición del comercio carnal se refiere, naturalmente, a la represión de unas manifestaciones instintivas de tanto poder como son las que afectan al impulso sexual, que en su amplitud y en su deta-

lle llevan una energía capaz de sobreponerse a todos los razonamientos, cuando en la formación de esa atmósfera restrictiva no intervienen también otros elementos también instintivos, independientes del raciocinio, como ocurre, por ejemplo, ante la menstruación y las enfermedades venéreas. El hombre puede rechazar el comercio carnal con una mujer que se encuentre en pleno período catamenial, tanto por la emoción que produce la sangre como por un sentimiento de repugnancia instintiva, íntimamente unido a esa emoción, pero más poderoso que su fuerza de voluntad; esto es, de sus energías conscientes. En cuanto a la convicción de que la mujer padece una enfermedad sexual contagiosa, por muy enamorado o apasionado que se esté por efectuar el contacto carnal, otro instinto muy poderoso, el de conservación, anula casi por completo las energías conscientes del individuo a la par que, sensiblemente, como ocurre en uno u otro caso, el impulso se intensifica ante la barrera impuesta por tales circunstancias.

Pues bien; abstenerse del coito por temor a que el acto tenga una repercusión moral de tanta importancia, como afirma la superstición, en el producto del embarazo, es un deber o una obligación que carece de estímulos poderosos basados en circunstancias instintivas. Puede existir, sí, el convencimiento de que las cosas han de ocurrir como la creencia popular afirma; pero no cabe duda que la influencia de esta fuerza es infinitamente más débil que la apelación del impulso sexual, mucho más enérgica cuanto mayores sean los obstáculos opuestos a su satisfacción.

Bien es cierto que entre los indios guaranís se encuentra también esta creencia, si bien no se la concede gran importancia, sobre todo cuando se trata de embarazos subsiguientes al primero.

Los trastornos del embarazo se combaten facilmente, a excepción de los del primero, para los que no hay remedio, por estimarse que una de las determinantes del amor que se profesa a los hijos y especialmente a los primogénitos, estriba en los sufrimientos que se pasan; se cree que los hijos que más hacen sufrir antes del parto y en el parto mismo son los que más placeres causarán posteriormente a los padre. Aquí parece advertirse un elemento sádico que se nos presenta más acusado si se considera que, por regla general, los hijos más rebeldes y de peor conducta, suelen gozar de la preferencia de los padres entre los demás hermanos, aunque su comportamiento sea mejor.

Está muy extendida la creencia de que los demás embarazos no producen molestias graves, si la gestante tiene la precaución de aplicarse al vientre todas las mañanas una llave hueca. Este remedio de la llave se aplica también para curar ciertas afecciones benignas de los ojos.

En la región de Laos, en Siam (Asia), el coito puede practicarse durante el embarazo con preferencia a otra época cualquiera, siempre que la mujer lo desée, pues en caso de no ser satisfecha se cree que el producto de la concepción nacería insexuado, esto es, sin órganos genitales. Cuando el marido de la embarazada no está dispuesto a satisfacer los deseos eróticos de su esposa, ésta queda en libertad de entregarse a cualquier hombre para evitar de esta forma que se efectúe el maleficio, ya que son los espíritus los poderes que inducen a la mujer a experimentar esos deseos. (Lámina VI.)

Para facilitar los alumbramientos, también se emplean procedimientos tan raros como abundantes. Madame Bourgeois afirmaba que el mejor remedio consiste en cocer las puntas de unos cuantos puerros que se rehogarán en manteca de cerdo, con cuya mixtura hay que frotar el vientre de la embarazada durante tres o cuatro días antes de la fecha calculada para el parto.

En algunas regiones de Italia los partos se efectúan sin dolor con tal de que la mujer se coloque sobre el vientre durante ocho o diez días un trozo de lava volcánica extraído de las capas profundas, con el fin de que aun conserve una parte de su calor primitivo. Ahora bien, como la adquisición de la lava en estas condiciones se presenta erizada de dificultades, resulta que no es posible en todos los casos evitar a las paturientas las consecuencias del anatema de Dios, cuando la dijo a Eva aquello de que "la mujer parirá siempre con dolor", como una de las múltiples formas de expiación por haber cometido el pecado original.

En el Norte de Africa y en Andalucía, las mujeres se cosen a la ropa ciertos amuletos, como huesecillos de aves, semillas de flores y piedras pequeñas, que tienen la virtud de "atenuar" lo dolores del parto y del alumbramiento.

En el Chaco paraguayo se atribuye la misma virtud a la esquena de un pez rarísimo, perteneciente a una especie casi extinguida, que la embarazada se introduce en la vulva un mes antes del parto.

En cuanto a la práctica del coito en general los musulmanes parecen ser las únicas gentes que abrigan ideas supersticiosas de muy remoto origen. Un islamita no practica jamás el acto sexual de forma que la mujer esté echada encima, porque creen que una sola gota de la mezcla del semen con las secreciones vaginales de la mujer, que según ellos contiene gérmenes nocivos, es bantante para ocasionar graves enfermedades en los órganos genitales masculinos. En otro aspecto, en el *Jardín perfumado*, dice: "Se asegura que no debe mirarse el interior de la vagina, porque esta práctica puede determinar la ceguera. Tal recomendación viene de la medicina

y no de la jurisprudencia. A este propósito se cuenta que Hacen-ben-Ischak, sultán de Damasco, tenía la costumbre de examinar el interior de la vulva de las mujeres, y cuando se le conjuraba a no hacerlo, respondía: "¿Hay algún placer preferible a éste?" Así no tardó mucho en quedarse ciego."

En algunos países existe aún la costumbre de la incubación, o sea una pantomima que corre a cargo del padre, con lo cual se pretende testimoniar el derecho paternal sobre el producto de la concepción.

Así que la madre ha terminado de alumbrar, sin reponerse aún de los esfuerzos y pérdidas de energías sufridas durante el trabajo del parto, se levanta del lecho, lava y viste a su hijo, y reanuda las tareas menos fatigosas del hogar como si nada hubiese ocurrido. Entonces el padre, que ni siquiera se habrá tomado la molestia de limpiar el lecho, se acuesta dando muestras de gran malestar y quejándose de dolores en el vientre, diciendo que tiene una gran herida. La esposa, que sigue esta pantomima con fidelidad, procura a su marido toda clase de halagos, que ella no recibió del supuesto enfermo en el verdadero trance, dándole a comer los manjares preferidos, licores y bebidas de todas clases.

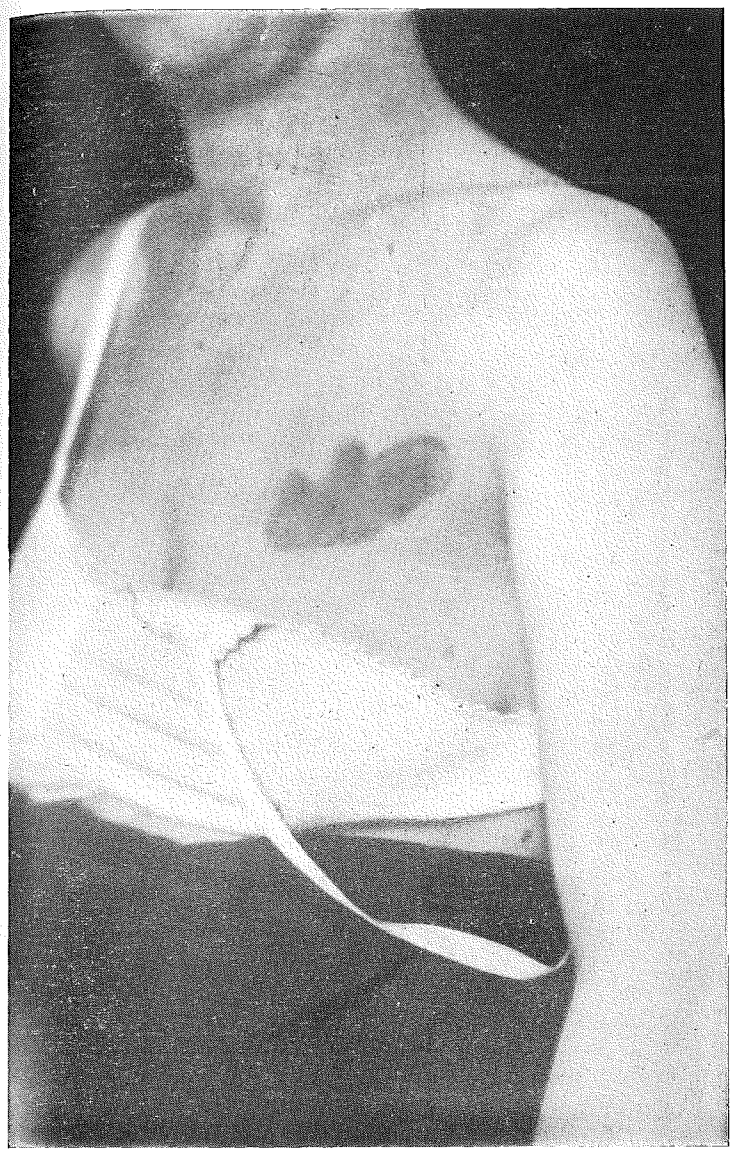
Esta comedia se prolonga durante dos o tres días, en tanto que la madre, en realidad enferma muchas veces, recibe las visitas de los convecinos que van a inquirir noticias del estado del "paciente", el cual procura recrudecer los gritos de dolor cuando hay gente extraña en la casa.

Antiguamente practicaron esta extraña costumbre los tracios, los escitas, los iberos, los vascos, los celtas y los habitantes del Turquestan. Un autor dice que en la actualidad se sigue observando en las provincias rusas del mar Báltico y en una isla de Holanda. Caufeynon dice que la incubación ha estado muy extendida, sobre todo en América, desde Groenlandia hasta el Canadá y al Sur del Brasil. Ha subsistido en los tiempos modernos, amparada por los pieles-rojas. Pero principalmente en Nuevo Méjico, entre los caribes y en la Guyana, ha sido descubierta por multitud de viajeros contemporáneos, como Mazé, Voisin, Manuel Crevaux, Simson, etc.,

Cuenta Voisin que, siendo juez de paz de la Guyana, hacia el año 1852, fué a alojarse en un campamento de indios, sorprendiéndose mucho por la mañana del siguiente día de su llegada al saber que a poca distancia del lugar donde había pasado la noche una mujer había dado a luz sin proferir un solo grito ni notar ningún ruido, a pesar de que no había conseguido dormir. Le extrañó que la recién parida fuese muy temprano a la orilla del río, donde bañó al recién nacido, operación que repitió varias veces; pero su sorpresa no tuvo límites cuando observó que

el marido permanecía acostado en su hamaca, gimiendo y gritando, como si estuviese enfermo, mientras se dejaba cuidar de su mujer.

Otro viajero, Leusel, posteriormente comprobó la misma rara costumbre en otra parte del mismo territorio. El marido suele permanecer acostado ocho o diez días, hasta que desaparece la "gravedad", no probando el pescado, base de la alimentación de estos indígenas, por creer que este alimento produce la muerte del niño. Los demás hombres de la tribu acostumbran a reunirse en torno del "enfermo", bailando y bebiendo hasta que la embriaguez les hace caer a tierra. Todo lo que se come y se bebe en estas fiestas ha de ser pagado por el padre de la criatura.



ANTOJOS DEL EMBARAZO

La mancha que aparece sobre el seno, mediante un ligero esfuerzo de imaginación, podemos comprobar que se asemeja a un automóvil con las ruedas hacia arriba. Es el producto de una fuerte impresión recibida por la madre.

LAMINA VII



ANTOJOS DEL EMBARAZO

En este caso, sin ningún esfuerzo de imaginación, se comprueba la indudable semejanza que esta mancha tiene con una flor. La madre de este joven no recuerda haber tenido antojos de flores durante su embarazo.

LAMINA VIII

IMPRESIONES DE LA IMAGINACION MATERNAL

Siempre el misterio y la ignorancia.—Teoría de la impresión maternal.—Origen de la misma.—Las ovejas de Jacob.—Las primeras discusiones. Teoría de la herencia.—Argumentos y crítica.—¿Cuándo se operan las impresiones?—Posibilidades.—Los partidarios francos.—Los detractores.—Casos expuestos por los médicos.—El niño que nació con cabeza de vaca.—El monstruo encéfalo.—Observación en una perra.—El gorro frigio y el Santo Sacramento.

TODAS las prácticas, creencias y supersticiones relacionadas con la sexualidad y, muy particularmente, con la procreación, no tienen otro fin que el de suplir el desconocimiento que existe entre todo el género humano acerca de la evolución y la razón de los distintos fenómenos que se inician en la fecundación del óvulo y terminan con el nacimiento del niño.

La tendencia natural de esas manifestaciones es proteger a la madre y al hijo contra las múltiples influencias perniciosas que nacen de la ignorancia, fomentada por la sucesión de hechos que no tienen explicación ni es posible atribuirles un origen, tanto por el hombre de ciencia como por el individuo menos culto, que actúa movido por el interés que le inspira su prole.

Si no se temieran unas consecuencias más o menos graves de resultas de oponerse a la satisfacción del capricho o del antojo de una embarazada, consecuencias que han de reflejarse, precisamente, en el producto de la concepción, como el vulgo afirma rotundamente y el hombre de ciencia no se atreve a negar con la misma energía, es seguro que nadie se preocuparía de esta cuestión, a la que se concedería la misma importancia que inspiran los demás fenómenos del embarazo, como vómitos benignos, trastornos gástricos, deseos de dormir, etc., que siempre han sido estimados como naturales y hasta indicativos de la buena marcha de la gestación.

Si en cuanto a los antojos alimenticios podemos encontrar una explicación más o menos remota, pero nunca, hasta ahora, completa y terminante, no sucede lo mismo en lo que se refiere a la causa productora de esas manchas y señales de formas diversas, que algunos niños sacan del seno materno para conservarlas indelebles durante toda la vida. Al denominarse "antojos" por la gente, lo mismo que se llama "antojos" a los caprichos de las embarazadas, se nos ofrece en la forma de una mezcla de fenómenos que ya empiezan a ser identificados por la imaginación popular, aunque sólo sea en su definición, pero que en múltiples casos es preciso identificarlos ante el íntimo convencimiento del más escéptico.

Si se accede a los caprichos de las embarazadas, si estos caprichos han llegado a tener un carácter sagrado; si, en definitiva, tanto preocupa esta cuestión y tan oscura se ofrece a las investigaciones formales, es, indudablemente, porque el misterio no está dilucidado. No se niega nadie a satisfacer el antojo de una gestante porque se teme que el capricho no satisfecho se refleje plásticamente en el niño, esto es, que nazca con un "antojo" en cualquier parte del cuerpo, que casi siempre adoptará la forma del objeto que fué el capricho de la embarazada o, por el contrario, de aquello que pudo producirle una intensa emoción adversa que, gravándose fuertemente en su imaginación, fué a transmitirse a la criatura que estaba desarrollándose en su matriz.

Algunos autores afirman que no existe ninguna conexión real entre ambos grupos de manifestaciones, pero sin razonar ni fundamentar su negativa, lo que no puede admitirse, ya que para evidenciar la existencia de un error es preciso, en primer lugar, conocer por completo la verdad de los hechos, suplantada por la creencia que se niega o se discute. Mas como esto no ha sido posible, de ahí que las opiniones continúen divididas y que este aspecto de los fenómenos psíquicos del embarazo nos sean hoy tan desconocidos como lo fuera a los primeros maestros de la medicina.

En todas las épocas, las discusiones de los hombres de ciencia acerca de esta cuestión, han sido tan dilatadas como concienzudas, y de todo ello han surgido teorías diversas que pretenden aproximarse a la explicación más racional; pero, justo es reconocerlo, ninguna ha tenido la pretensión de ser terminante.

La teoría de la *impresión maternal*, según Ellis, descansa en la creencia de que una influencia mental muy poderosa, al actuar sobre el espíritu de la madre, "puede" causar una impresión, ya sea general o definida, sobre la criatura que lleva en su seno. "Hay una gran diferencia—dice—entre que el efecto de la impresión en la criatura sea general o definida y circunscrita. No es difícil creer que pueda producirse en el niño un efecto general—incluso la idiotez, como supuso, primero que nadie, Sir Arthur Mitchell—por obra de una influencia emocional prolongada y fuerte, que actúa sobre la madre, porque esta influencia emocional puede transmitirse por una corriente sanguínea deteriorada. Pero es imposible, hoy por hoy, comprender como una influencia definida y limitada, al actuar sobre la madre, puede producir un efecto definido y limitado sobre la criatura, no habiendo medios de comunicación nerviosa para la transmisión de estas influencias. Sin embargo, debemos prescindir de la dificultad de concebir el proceso si el hecho mismo es susceptible de ser demostrado con pruebas convincentes."

Un tratadista de tanta solvencia como Havelocke Ellis, sin duda el único que en esta materia de psicología sexual ha llevado a cabo las más profundas y serias investigaciones, titubea, vacila, se aferra al "puede ser", al "es posible", al "probablemente", etc., para expresar su actitud. La sola autoridad de este sabio ya es una garantía para evidenciar la absoluta ignorancia que preside en todas las opiniones. Yo, por mi parte, confieso honradamente que hace ya mucho tiempo me desanimé de tal forma en lo que respecta a la investigación de tan raros fenómenos, que abandoné la empresa por completo, ateniéndome, por mera curiosidad, a las opoiniones de los demás, que ni rechazo ni admito más que en aquellos puntos en los que la lógica anda por medio.

Por esta razón, en el presente capítulo es bien poco lo que yo he de poner, por la sencilla razón de que estoy convencido de que "no sé casi nada", confesión que no quieren hacer otros autores, pero que yo expreso sinceramente, lo que representa la única diferencia que existe entre aquéllos y nosotros.

Sabemos, sí, que en casi todo el mundo existe la creencia de que la madre es capaz de transmitir al fruto de su vientre influencias mentales o físicas que han de reflejarse en la criatura; ésta es una de las razones que inducen a casi todas las gentes a rodear a las embarazadas de los más especiales cuidados, que, como hemos visto, son tanto más serios cuanto más primitivos o salvajes son los pueblos que examinamos.

Muchos autores devotos de esta teoría hacen remontar su origen al mismo Génesis, afirmándose en el hecho de que Jacob, según las Escrituras, se dedicaba a transmitir a sus ovejas parideras el deseo de que trajesen al rebaño corderitos de color determinado. Sólo tratándose de un judío es como no tenemos inconveniente en creer que se pueda recurrir a las impresiones mentales, esto es, a la transmisión del pensamiento, con tal de modificar los valores de la Bolsa de la lana, si es que existía en-

tonces tal entidad financiera; pero de otra forma, yo creo que es preferible no tomar el asunto demasiado en serio.

No obstante, seres perfectamente reales y de los cuales podemos obtener referencias más fidedignas de las que escribieron los narradores bíblicos, han expresado en muchas ocasiones la convicción de que la madre tiene poder mental suficiente para transmitir al feto, consciente o inconscientemente, determinadas impresiones o caracteres, como la belleza, el buen carácter, la bondad, etc. Claro que si ahondamos un poco en estas afirmaciones, que por el momento hemos de seguir estimando gratuitas, llegaremos a la conclusión de que si la madre posee tales poderes, ¿cómo no es capaz de determinar con certeza el sexo de su hijo antes de ser fecundada?...

Estimo que con esta sola réplica, el hecho de la impresión de las influencias conscientes y la fe que algunos mantuvieron en este punto queda reducida a una creencia burda y estúpida.

Hipócrates creyó en estas cosas, y otros tratadistas llegaron a aducir gran número de ejemplos en apoyo también de sus convicciones, hasta el punto de que hasta la Edad Media no hubo nadie que se decidiese a ponerlo en duda.

Parece ser que el primero en negar la influencia de las impresiones maternales sobre el organismo psíquico y físico del feto fué un profesor de Anatomía que explicaba su cátedra en Roma, Padua y Pisa, allá por el siglo XVI: el célebre Realdus Columbus. Al mismo tiempo casi, el famoso médico napolitano Della y ambos se enzarzaron en una verdadera polémica, hasta que Licetus, adoptando una actitud intermedia, procuró armonizar tan diversas opiniones.

Desde luego, unos y otros se referían más a la imaginación independientemente de influencias externas, esto es, a la selección del producto de la concepción que a la transmisión de señales o antojos.

A partir de esta época puede decirse que no hubo un solo tratadista que dejase de ocuparse de la cuestión, tomando cuerpo diversas teorías tanto en pro como en contra, pero nunca, repetimos, con demostraciones ciertas e indiscutibles en un sentido o en otro.

Erasmo Darwin aceptaba incluso la influencia de las impresiones del padre, diciendo que todos los seres descienden unos de otros, en razón a los fenómenos de las evoluciones sucesivas, procediendo todos de una especie única: el hombre, por ejemplo, desciende del mono, el mono del kanguro, cuya hembra tiene una bolsa destinada a cobijar a sus hijos, el kanguro desciende de otro animal, y así sucesivamente hasta el primer sér que habitó en la tierra. Puesto que los animales son nuestros antepasados, dicen los darwinistas, podemos heredar sus caracteres físicos. "¿No se conoce el caso—dicen—de mujeres que nacen con tres o cuatro pezones como los mamíferos, o dos matrices como los kanguros? ¿Por qué, pues, no encontrar en el cuerpo del hombre manchas como las que presentan en la piel ciertos animales?"

Esta teoría de la herencia fué rechazada, porque aparte de que no se observa la transmisión de estas manchas de padres a hijos, se comprueba que la forma de ciertos antojos no se parece en nada a la piel de esos animales. Según la teoría darwiniana, si vamos a admitir el origen de la especie a juzgar por la forma de las manchas, yo puedo ofrecer pruebas de que el hombre desciende... ¡de un autobús! Esto, naturalmente, es un disparate, y más cuando la explicación de estos fenómenos hemos de atribuirla, a falta de otras pruebas, a la influencia de la imaginación maternal.

En una ocasión, paseaba por la carretera inmediata a una población una señora que había entrado en el tercer mes de su cuarto embarazo. Vió venir un automóvil correo, y se apartó prudentemente, pero al tomar el vehículo una curva, volcó aparatosamente, resultando muertos varios pasajeros. El vuelco, los gritos de terror de los heridos y el espectáculo de la catástrofe impresionaron tan vivamente a la embarazada, que se desmayó. Continuó el embarazo su marcha, y al cabo del tiempo natural, dió a luz una niña, que presenta sobre el lado izquierdo una mancha que, con un poco de imaginación, se nos ofrece como un autobús volcado, con las ruedas para arriba. Aquella niña, es hoy una señora de veintiún años, casada y con una hija de un año, cuyo cuerpecito no presenta la menor señal que induzca a creer en las teorías de Darwin. (Lámina VII.)

Verdaderamente, la teoría de la imaginación es la más difundida y la que más en serio se ha tomado por todos los autores, si bien se ignora en absoluto el *mecanismo*, por decirlo así, de la transmisión, único punto verdaderamente oscuro que no sabemos cuánto tiempo tardará en ser aclarado, porque a pesar de todas las discusiones planteadas, el problema continúa en pie.

Los argumentos expuestos, según Ellis, para rechazar la teoría de las impresiones maternales, hay que resumirlos así: Primero, es una creencia primitiva, cuyo origen no es científico; segundo, es imposible comprender cómo puede actuar esta influencia, desde el momento que no existe contacto nervioso entre la madre y la criatura; tercero, han sido relativamente pocos los casos que se han sometido a riguroso examen crítico; cuarto, es absurdo atribuir defectos de desarrollo a influencias que nacen mucho después que el feto ha adquirido su forma definida; quinto, de todos modos, el fenómeno debe ser raro, puesto que William Hunter no pudo

hallar una coincidencia entre las impresiones maternales y las señales del feto durante un período de varios años, y Bischoff no halló ningún caso en 11.000 alumbramientos.

Pero después de detenernos a leer lo que antecede con la máxima atención, vemos que los argumentos en contra son tan débiles, tan carentes de base, tan ingénuos, si se quiere, que no es posible atenerse a tales afirmaciones ni concederlas la más mínima importancia, aunque provengan del sabio más sabio de la tierra. Así, pues, para demostrar la absoluta carencia de valor de las anteriores aseveraciones, ¿no es posible aducir razones de más peso, aunque tamposo queramos sostener la teoría que se rebate?... No obstante, vamos a pretender rechazarlas.

Primero. El hecho de que sea una creencia primitiva y que su origen no sea científico no quiere decir absolutamente nada, si no es evidenciar el estúpido afán de querer hacer de la Ciencia un monumento de más elevación que el de los propios hechos naturales, en los que la Ciencia ha tenido que fundarse siempre para llegar a ser Ciencia. Muchas, muchísimas creencias primitivas, han sido confirmadas por la Ciencia al cabo de los siglos o los milenios, y aún la Ciencia no es capaz de lograr, en múltiples aspectos, la perfección que alcanzaron las civilizaciones primitivas. Que la Ciencia ignore una cosa, no quiere decir que las causas que la originan no existan.

Segundo. Si, en efecto, no existe contacto nervioso entre la madre y la criatura, ello no quiere decir que no existan otras relaciones muy íntimas a las cuales deba achacarse la producción del fenómeno. Es indudable que entre el cuerpo físico de la madre y el del embrión o el feto hay una reciprocidad de reacción, puesto que el embrión es un parásito que se nutre del organismo materno. Cabe preguntarse también hasta qué punto está completamente disociado el sistema nervioso de los dos seres, teniendo en cuenta que la madre puede transmitir al hijo sus dolencias mentales. Además, si consideramos que la formación del cerebro está constituída por innumerables millones de cedas de complejísima estructura de composición química y de fuerzas ignoradas, ¿no podemos pensar en la posibilidad de que todo esto pueda compararse a una complicadísima batería eléctrica que, sin hablar para nada de la telepatía, esto es, de la transmisión del pensamiento, nos dé lugar para pensar en la íntima comunicación existente entre esos dos productores de energía eléctrica, que son los dos cerebros?...

La electricidad, que está en todas partes, que todo lo envuelve y todo lo impregna con sus efluvios, ¿no puede, en todo caso, suplir esa supuesta ausencia de comunicación nerviosa entre la madre y el embrión o el

... Todo esto es posible; pero el *misterio*, que no es más que igno... científica, no es bastante para dominar el orgullo de los opina...

Tercero. Que hayan sido pocos los casos que se sometieron a un ri...so examen crítico, no quiere decir que esos casos no se observen. ...más, si en esos casos examinados se advierte la conexión entre ambas ...ifestaciones, esta convicción debe bastar para responder con una ne...va unánime, cuando, por lo menos, existen excepciones.

Cuarto. Como quiera que en realidad se ignora cómo se operan in...merables fenómenos embrionarios y fetales dentro del seno uterino, el ...ho de que el feto haya adquirido su forma definida no autoriza a eli...nar la posibilidad de que otras potencias desconocidas, o esas mismas ...ables corrientes eléctricas, tengan poder suficiente para ejercer su in...encia sobre el feto. La célebre explosión del arsenal de Landau, lo de...stró: muchas embarazadas dieron a luz hijos enfermos, contrahechos ...muertos de resultas del susto producido por le explosión.

Quinto. El fenómeno, si queremos, puede ser raro; pero como exis... como se observa, como se ve, aunque sea en escasa proporción, ¿es ...sible negarle?...

Como verá el lector, a unas teorías, hemos opuesto otras. Ahora bien. ... que hace falta es demostrarlo, y a esto, francamente, no se ha atre...do nadie. Un célebre autor, Olifton Edgar, dice que "es una cuestión ...llada", y Ballantine, otro sabio, opinaba lo mismo que el anterior, aun...ue con ligeras modificaciones, inclinándose a negar que las impresiones ...finidas que experimenta la embarazada puedan producir efectos simila...s en el feto: son "coincidencias accidentales"; pero añade que algunos, ...ocos, "son difíciles de negar".

Por algunos autores han sido atribuídas las deformidades de los fetos ... las impresiones recibidas por la madre, si bien sólo lo admiten en los ...meses en que el nuevo ser existe en estado embrionario. Ya hemos visto ...n otro volumen la razón de estas anomalías y monstruosidades, según las ...investigaciones de los embriólogos. Otros, en cambio, han negado que esas ...detenciones operadas en el organismo embrionario obedezcan a impresio...nes recibidas por la gestante, atribuyéndose el fenómeno más bien a de...fectos de los gérmenes, ya sea el espermatozoide o el óvulo.

No obstante, un célebre autor dice, que, "en general", parece que, aun ...no habiéndose demostrado de una manera positiva la influencia de las im...presiones maternales como causantes de efectos definidos en el niño dentro ...de la matriz, no tenemos derecho a rechazarla con seguridad. Sin em...bargo, añade, aun admitiéndola, debe seguir habiendo un hecho inexpli-

cable, por ahora, el modo de producirse, que apenas podemos adivinar."

Véase que la ignorancia es manifiesta. Pese a todas las suposiciones e hipótesis, no es posible saber nada nuevo, y este confusionismo, este verdadero cúmulo de caóticas apreciaciones, no nos llevan a otros resultados que estimar la cuestión cada vez más embrollada.

El mismo autor continúa dentro de este verdadero laberinto, haciendo suposiciones: "Podemos concebir fácilmente que las influencias generales de la madre se transmitan a la criatura por la sangre; podemos, incluso, suponer que la sangre modificada pueda actuar específicamente sobre un tejido determinado (1). Es más: podemos, como ha sugerido Féré, creer que las emociones de la madre actúan sobre la matriz y producen diversas clases y grados de presión sobre la criatura que esté dentro, de suerte que los movimientos activos del feto pueden ser, en realidad, consecuencias de incoscientes excitaciones de la madre. Podemos creer también que, como ha indicado John Thomson, se dan en el útero ligeras faltas de concordancia, una especie de neurosis del desarrollo, producidas por ligeras faltas de armonía de cualquier origen y que conducen a la producción de deformidades. Sabemos, por último, que, como han demostrado repetidas veces Féré y otros, por medio de experimentos practicados en gallinas, etc., agentes muy sutiles, hasta los olores, pueden afectar profundamente el desarrollo del embrión y producir deformidades. Pero cómo puede la disposición psíquica de la madre, aparte de la herencia, afectar de una manera específica la conformación física, y aún la disposición psíquica de la criatura que está dentro de su matriz, es cosa que debe permanecer, por ahora, en el más insoluble misterio, aun cuando estemos dispuestos a declarar que, en algunos casos, esta acción parece demostrada."

El Dr. Sereno se muestra partidario de la teoría de la imaginación, en lo que se refiere a los antojos sanguíneos, estimando que suelen ser hereditarios, pero, aparte de esto, afirma que la causa de esas manchas" son los antojos no satisfechos de la madre y las vivas emociones que ella ha podido experimentar".

Afirma que las manchas rojas, según las creencias de los antiguos, tenían su origen en las impresiones de terror producidas en el ánimo de la madre al presenciar un incendio o un suceso sangriento. Las manchas par-

(1) Esta teoría, que "podemos" admitir, "puede" encerrar la explicación de las manchas o antojos, dando lugar a que la pigmentación resulte más oscura en zonas determinadas del cuerpo embrionario o fetal. En este caso, si es "posible" atribuir a la sangre la cualidad de vehículo de la transmisión de las impresiones maternales, éstas pueden reflejarse, con más o menos facilidad, en el feto, en cualquier época de su vida intrauterina.

das, podían ser originadas porque la madre tuviese deseo de beber café o hubiera vertido dicha sustancia, o bien por no haber satisfecho su deseo de beberla, lo mismo que los antojos de coloración lívida se achacan a un sideraban que no era otra cosa sino una patraña del médico y la supuesta deseo de beber vino. "Si las marcas o manchas de nacimiento presentan una superficie coloreada con desigualdades y formas variadas, entretenían-se en encontrarlas algún parecido con frutas deseadas por la madre: cerezas, fresas, moras, frambuesa, grosella, etc., con la particularidad que cambiaban de color en la época de madurar esas frutas."

El Dr. Van Swieten escribía en el año 1615 lo siguiente: "Vi un día una joven bastante bella que vino a consultarme. Estando interrogándola, observé que tenía en el cuello un gusano de seda y me apresuré a quitárselo, pero la muchacha repuso sonriéndose: "Déjelo, pues lo tengo desde que nací". Observé la marca más atentamente, y pude apreciar que se trataba de un gusano de colorido perfecto e incluso se distinguían en él pelillos; además, merced a su prominencia sobre la piel podía confundírsele muy desahogadamente con un gusano vivo y su semejanza era tan asombrosa como la de dos gotas de agua. La joven me explicó que su madre la había referido que, estando encinta de ella, hallábase en un jardín y desde un árbol le cayó en el cuello un gusano, costándola un gran trabajo quitársele de encima."

Sigue el Dr. Sereno exponiendo sus teorías, entre las que incluye las enfermedades que el niño puede padecer dentro del seno materno, ya que no admite que todas las manchas tengan como causa única los antojos de la madre, puesto que hay muchas mujeres que sin haber tenido antojos en todo su embarazo, dieron a luz niños que presentaban estas manchas. Entre los motivos determinantes de estos fenómenos de pigmentación por enfermedades del feto, incluye las dolencias antiguas de la madre u otras causas, tales como traumatismos, caídas, impresiones de terror, alimentación inadecuada, uso de bebidas, excitantes, etc.

Otros autores niegan en absoluto todas las teorías emitidas, y atribuyen estos fenómenos a un origen casual. Un autor citado por Grumberg afirma que los antojos no satisfechos de las madres no implican el peligro que se les imputa tan generalmente, puesto que las manchas de nacimiento y los vicios de conformación de los hijos que se atribuían antes a esa causa, dependen con frecuencia de circunstancias muy diferentes.

Asegura que no hay una mujer embarazada que no haya tenido caprichos o sentido cualquier deseo no satisfecho, y, sin embargo, llega al fin del embarazo y viene al mundo el hijo, sin traer sobre él la deformidad que debía dar fe del descontento de la madre. Cuando, por el contrario,

un niño es deforme, se busca, se interroga y se acaba por encontrar que, un día u otro, la madre sufrió la impresión de una mirada o de un antojo extraordinario." "Así se forman generalmente esas historias maravillosas a las que nadie presta fe y que no son, las más de las veces, más que patrañas vulgares."

Horacio Grumberg, por su parte, rechaza las diversas teorías relativas a las impresiones maternales diciendo: "Puede preguntarse por qué y cómo padres sanos, indemnes de toda dolencia, vigorosamente constituídos, engendran hijos que nacen con manchas rojas o morenas semejantes a cerezas, a fresas, a ciruelas, a una cola de ardilla, etc. Eso ocurre por la misma razón por la que, en una misma familia, hay individuos muy altos y otros muy pequeños; unos, tienen los ojos azules, y otros, negros, verdes o grises; un hermano tiene la nariz aquilina, y otro, es chato; éste posee una voz magnífica, y el otro, parece que toca una carraca cuando abre la boca. Agréguese un punto y se llegará a las anomalías. ¿Por qué en una parte del cuerpo, donde normalmente no debe existir, se desarrolla una acumulación de lunares o verrugas? La causa primera se escapa a la investigación, como todas las causas primeras; pero la ignorancia de ella no obliga a aceptar el absurdo. Cuanto al extraño parecido de algunas de esas manchas con objetos al antojo de los cuales suelen ser imputadas, existe menos en las mismas manchas que en la imaginación que las descubre. Esas analogías totalmente gratuitas no tiene otro valor que el de ciertos juegos de luz sobre las nubes, en cuyas formas semejan figuras de animales, de montañas, etc."

Otro médico impugna con igual escepticismo estas creencias que llama supersticiosas, afirmando que las manchas no proceden de la imaginación de la madre, que no tiene bastante poder para imprimir caracteres sobre un cuerpo extraño (1).

"¿Cómo se puede comprender—agrega el aludido médico—que una mujer embarazada de tres o cuatro meses que haya sentido un apetito desordenado de comer, por ejemplo, melocotones, y se haya fijado fuertemente esa fruta en su imaginación, pueda comunicar a su mano la virtud de imprimir más o menos exactamente la figura de esa fruta sobre el cuerpo del hijo? En verdad, la imaginación de los hombres tiene aquí más fuerza que la de las mujeres y es la de los primeros la que ha inventado esas especies de razonamientos; "no han podido encontrar una causa natural de lo que ocurre, y han recurrido a las aparentes".

(1) Pese a todas las teorías, tanto las que niegan como las que afirman, todo es admisible, porque no queda otro remedio, menos esa aseveración, completamente gratuíta y osada, de que el feto "es un cuerpo extraño".

Como se observará, los tres autores aludidos que niegan en absoluto la influencia maternal, hablan y hablan, pero no dicen nada. Decir algo, sería aducir una razón seria y concluyente, o, al menos, una hipótesis razonable; pero negar sistemáticamente, dejando en el aire los fundamentos de la negativa, no equivales a demostrar un conocimiento de los hechos o siquiera una preocupación sensata respecto de la incógnita indudable de un problema que no deja de ser digno de estudio, siquiera por el debido prestigio de la ciencia, cuyos hombres más sobresalientes están obligados a esconder su ignorancia en la prudencia.

En virtud de esta desorientación científica, la superstición popular no se ha modificado mucho. Tampoco las revistas de Medicina se ocupan de estos casos con la atención que merecieron hace ya medio siglo, en cuya época se atacaban y defendían estas teorías con verdadero interés.

Hoy, el asunto no preocupa más que a las embarazadas y por extensión a todas las mujeres que la rodean, hasta el extremo de que las creencias no han sufrido modificación alguna en la que pudiera advertirse una actitud semejante a la que mantienen los tratadistas, que han dejado el problema por imposible de resolver.

Por lo general, cuando se exponen estos casos al juicio de las gentes, el narrador procura salvar su responsabilidad, y si es prudente, ni los comenta siquiera. Yo, aparte del caso del vuelco del autobús, no he obtenido ninguna información que llegara a merecerme entero crédito. He visto, sí, en un joven de diecinueve años, un antojo de fuerte pigmentación, que tiene una semejanza indiscutible con una flor parecida a la margarita. La madre me manifestó que en sus cinco embarazos no había experimentado molestias notables, ni tuvo antojo ni capricho alguno, verificándose los partos con toda normalidad, por lo que no sabía a qué pudiera atribuirse esta curiosa mancha que presentaba su hijo, ya que en sus ascendientes, lo mismo que en los de su marido, en cuanto pueden recordar ambos, no se conoció un caso semejante. (Lámina VIII.)

Si se ha conceder crédito a los autores que se han referido a estas cuestiones, no cabe duda que hemos de rendirnos ante la evidencia abrumadora de los hechos, y reconocer que la imaginación maternal influye poderosamente en la transmisión de esos caracteres al feto, pero sólo inconscientemente, o, por mejor decir, en muchas ocasiones, accidentalmente. Si fuese posible la transmisin consciente, las cualidades físicas y morales de la humanidad resultarían sencillamente admirables desde todos los puntos de vista, ya que no habrá una sola mujer que no quiera para sus hijos el máximo de las más completas perfecciones; esto es de una lógica abrumadora.

La teoría de la transmisión consciente no puede refutarse de otra manera más simple; pero, ¿qué podemos decir de la transmisión accidental, de la que "pudiera" verificarse por medio de la corriente sanguínea o de una comunicación más sutil que hasta ahora es desconocida?

Ellis, antes de transcribir unos cuantos casos en una obra suya, dice: "Al efecto de ilustrar la naturaleza de las impresiones maternales, resumiré unos cuantos casos coleccionados de periódicos de Medicina, pero no garantizo en modo alguno la autenticidad de los hechos alegados ni de la explicación que se ha dado a los mismos. Son meros ejemplos que ilustran una clase de casos publicados de cuando en cuando por observadores médicos en periódicos técnicos de gran reputación."

Los casos aludidos a los que el sabio investigador no acaba de dar una acogida franca, son los siguientes:

A principios de un embarazo, una mujer halló un conejito muerto por un gato, el cual había devorado las dos patas delanteras, no dejando más que trozos de ellas; la mujer pensó en esto durante mucho tiempo. La criatura que dió a luz nació con los pies deformes: uno de ellos, con los dedos solamente; el otro, con tres, y estando en ambos el *os calcis* apenas desarrollado o ausente.

Tres meses antes del alumbramiento, el padre, vidriero de oficio, cayó a través del techo de un invernadero, cortándose gravemente el brazo derecho, de suerte que permaneció largo tiempo en el hospital y se dudaba de que fuera posible conservarle la mano. La criatura nació sana, pero en la cara interior del antebrazo derecho, junto al codo—el mismo sitio de la herida del padre—, tenía una mancha de un centímetro de diámetro.

Al comenzar la preñez, una mujer fué pateada por una vaca, que se asustó estándole ella ordeñando; se colgó de las ubres, pero creyó que la vaca iba a matarla, y, después, estuvo enferma y nerviosa por espacio de varias semanas. La criatura fué un monstruo, con una substancia carnosa—que parecía prolongarse de la medula espinal y representar el cerebro—, proyectándose de la tapa del cráneo. El doctor y la partera quedaron sorprendidos de la semejanza que tenía esto con la ubre de la vaca, sin tener noticia de lo acaecido a la madre, lo cual contó ella inmediatamente después del parto, y antes de saber lo que había dado a luz.

Durante el segundo mes del embarazo, un ternero asustó a la madre al volver del mercado. La criatura nació a su tiempo, y era un varón bien desarrollado, pero muerto. Su cabeza se parecía exactamente, aunque en miniatura, a la de una vaca: carecía de hueso occipital; los parietales apenas estaban desarrollados; los ojos estaban situados en la parte superior del

hueso frontal, que era completamente plano, y tenía sus extremidades retorcidas en forma de cuerno rudimentario.

Hallándose en el cuarto mes del embarazo, la madre, una multípara de treinta años, fué asustada por un perro de ganado, blanco y negro, que de repente se lanzó sobre ella, y que se escapó en cuanto abrió la puerta. Esto quedó impreso en su mente, y se convenció de que la criatura saldría con alguna señal. La totalidad del muslo derecho de la criatura estaba rodeada de una masa carnosa negra, salpicada de pelos blancos; había masa carnosa en la extremidad de la escápula izquierda.

Una señora de posición desahogada, de veinticuatro años de edad, no muy nerviosa, con un niño sano desde todos los puntos de vista, vió, a principios del embarazo, a un hombre que pedía limosna, y cuyas piernas y brazos estaban doblados hacia afuera. Esto la hizo mal efecto; pero abrigó la esperanza de que no tendría consecuencias. La criatura fué un monstruo encéfalo, con las extremidades rígidamente dobladas, cerrados los puños y con los pies pegados uno al otro por la planta. En el siguiente embarazo pasó con frecuencia por delante de un hombre parcialmente tullido, pero no sintió ninguna impresión. La criatura fué digna pareja de la anterior, con la sola excepción de que la cabeza era normal. El siguiente hijo fué robusto y bien formado.

Estando trabajando la embarazada en un campo de heno, su esposo le tiró una liebre que acababa de encontrar, dándole en la cara y en el cuello. Su hija tiene en la mejilla izquierda un lunar de pelo oscuro, de forma oblonga, semejante, por su color y su carácter, a la piel de una liebre.

Estando embarazada la madre, el marido tuvo que asistir a una cerda que no podía parir; la sangró convenientemente, haciéndole un corte en las orejas. Su mujer insistió en ver a la cerda. La criatura nació faltándole un trozo de casi una pulgada en la parte superior de cada oreja, lo mismo que si de propósito las hubiesen cortado.

Una señora que estaba embarazada se interesó mucho por una novela, en la cual uno de los personajes tenía un dedo supletorio, cosa que acudió muchas veces a su mente. La criatura nació con un dedo suplementario en una mano.

Estando embarazada, vió la madre en el bosque un cervato recién nacido que era una doble monstruosidad. La criatura lo fué igualmente.

Una mujer de treinta años, bien desarrollada, que había tenido diez hijos en doce años, vió, hallándose en el tercer mes de su décimo embarazo, a un niño atropellado en la calle por un carro, que le destrozó

la parte superior y posterior de la cabeza. La criatura que dió a luz fué anencefálica y acranial, con entera ausencia de la bóveda del cráneo.

Una mujer sana, sin defectos en la piel, experimentó durante la tercera preñez violentos deseos de comer molas. Durante el cuarto mes, o después de él, para darle una sorpresa, le trajo su esposo algunas molas vivas y las puso en un cubo de agua en el portal. Tropezó ella con el cubo, y el choque hizo que los peces salieran del recipiente, poniéndose uno en violento contacto con su pierna. La frialdad del pez le produjo un escalofrío, pero no dió a esto ninguna importancia. La criatura, una niña, nació con una mancha color de bronce, semejante a un pescado con la cabeza hacia arriba, en la parte correspondiente de la misma pierna. La salud de la hija, buena; durante toda su vida ha tenido gran afición a las molas, hasta el punto de arrojar por exceso de comida.

El siguiente caso ocurrió en una perra. Una hembra fox-terrier, de pura raza, se perdió, y fué hallada, uno o dos días después, con la pata delantera derecha rota. El miembro fué reducido empleando el cloroformo, con auxilio de los Rayos X, y la perra se restableció rápidamente. Unas cuantas semanas después paría un cachorro cuya pata delantera derecha estaba mal desarrollada y carecía de dedos.

Cuatro meses antes de dar a luz, una señora que ya tenía cuatro hijos sanos, y en cuya familia no había habido deformidad, se cayó y se cortó la muñeca izquierda con una vasija rota, asustándose mucho. La criatura, por lo demás, sana y perfecta, nació sin la mano izquierda, terminando el brazo en la extremidad inferior del radio y del cúbito.

Estos son los casos citados por Ellis, no observados por él, sino recogidos de otros autores. En todos ellos vemos que la impresión maternal se ha efectuado de una manera accidental, en virtud de una emoción o de una obsesión más o menos intensas, esto es, una conmoción psíquica que, naturalmente, no influye en otro sistema del organismo que no sea el nervioso.

Yo tengo noticias de numerosos casos que no he podido comprobar, todos parecidos a los citados, por lo que consideramos innecesario reproducirlos.

Un autor refiere que durante la Revolución francesa, nació un niño que ostentaba en el pecho izquierdo un antojo, semejante por completo a un gorro frigio. La Convención, al enterarse de ello, asignó al niño agraciado con el emblema republicano con una renta de 400 francos anuales. El mismo refiere que en 1711, la mujer de un individuo apellidado Robinet, dió a luz un hijo en quien aparecía perfectamente dibujada una custodia, apreciándose incluso la traza de la sagrada forma, más blanca

que el resto de la piel. La madre atribuía el hecho a haber contemplado con gran fervor el Santo Sacramento durante su embarazo.

No obstante mis investigaciones, no he podido encontrar un autor que hable de las impresiones maternales a consecuencia de no haber satisfecho la madre un capricho durante el embarazo. Esta hipótesis es, sin duda alguna, la menos digna de atención de cuantas se han hecho acerca de los fenómenos psíquicos de la gestación. En el caso que cita Ellis de las molas, existió un deseo de comerlas por parte de la embarazada, pero a esto hay que agregar el hecho de la impresión recibida por la mujer al sentir el contacto directo de uno de estos peces en su cuerpo.

En resumen, como no hemos dejado de decir en el curso de nuestro presente estudio, si bien no hay pruebas muy completas por las que se pueda admitir el valor de esas creencias, tampoco es posible aducir razones en contra, por lo que, definitivamente, nuestro criterio admite la teoría de la impresión maternal, perfectamente admisible, aunque desde el punto de vista científico no puedan presentarse pruebas concluyentes.

LA CURACION MAGICA DE LAS DOLENCIAS SEXSUALES

La fornicación con los animales.—Virtudes curativas de la sangre himenal.—La sífilis y la violación de las vírgenes.—Causas del lynchamiento de negros.—Un caso monstruoso.—La dama que se curó con una cabra.—La impotencia y la magia.—Virtud del pelo de elefante.—Aguas fecundadoras.—La "conjuración por la sangre".—Los injertos.—Termoterapia salvaje.—Virtudes del agua sagrada.

LA superstición, que no deja un solo punto de la sexualidad libre de sus influencias, lo que prueba la gran importancia que el problema ha tenido en todas las épocas, no podía menos de haber tejido una maraña de opiniones y remedios completamente absurdos y groseros en torno a las dolencias sexuales, y, muy especialmente, en lo que a la impotencia, la esterilidad y la frigidez se refiere.

Si bien las supersticiones relacionadas con el embarazo no abarcan por igual a todos los pueblos del mundo entero, las que afectan a esos aspectos de los trastornos del aparato sexual, no son ignoradas en ningún rincón del planeta.

Los árabes, en sus libros de teología, condenan el bestialismo, esto es, el comercio sexual con animales, siempre que haya mujeres de las que se pueda echar mano; pero en el caso de que el hombre esté afectado de alguna enfermedad, las cosas varían de aspecto, como vemos en *El Ktab*: "He de hablaros de los casos en que sería permitido fornicar con animales cuadrúpedos, como la cabra, la oveja, la vaca, la mula, etc. Estos casos son del dominio de la medicina, y sólo pueden practicars ecomo medio curativo, en interés de la salud. Así es como está permitido fornicar con animales hembras cuando uno está atacado de gonorrea simple o sifilítica, de fuertes inflamaciones del miembro y de las otras afecciones que no tengan úlceras, chancros u otras plagas semejantes. La experiencia ha demostrado que bajo la influencia de esta fornicación, el hombre

se descarga del virus, causa de estas enfermedades, sin que el animal se infeccione de ellas, porque este virus es inmediatamente aniquilado por el gran calor que reside en la vulva del animal y por las cualidades acres y ácidas de las secreciones de sus mucosas. Por tanto, si estáis enfermos y sin socorro médico, o si éste ha sido ineficaz, podéis fornicar con animales; pero esta fornicación deberá cesar, so pena de contravención de las leyes del Islam, en cuanto recobréis la salud. Y también esta permitido fornicar, en casos de enfermedad, con negras creyentes o infieles y adoratrices del diablo; pero con la mujer creyente no podéis practicar más que el coito ordinario, en las condiciones prescritas por el Profeta, sin olvidar la fórmula sagrada: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso", porque esta fórmula os preservará de la negra que hayáis elegido y facilitará la curación."

En los libros indios nos encontramos con remedios parecidos, pero más interesantes que estas prescripciones, son las costubres que se observan en todo el territorio de la India, mejor dicho, en la mayor parte del Sur de Asia.

En los templos donde se adora al ligham o símbolo del miembro viril, aparato que sirve para desflorar a las doncellas, hay un sacerdote encargado de atender a los hombres que acuden en demanda de las milagrosas virtudes de un líquido que estos religiosos personajes guardan para las ocasiones.

Cuando se opera la desfloración de una doncella, las escasas gotas de sangre que brotan de los desgarros, van a caer en una cazoleta que sirve de base al símbolo de la virilidad. Los sacerdotes lavan el cacharro y el ligham con agua traída del Ganges, y este producto lo recogen en pequeños recipientes para efectuar después sus fantásticas curaciones.

Si el remedio de las gotas del líquido no da resultado, es costumbre recurrir al contacto directo de la parte enferma con los órganos genitales del ídolo masculino destinado a estos menesteres, cuyo remedo de miembro viril también se introducen las mujeres en la vagina, con el fin de curar sus dolencias o provocar los períodos menstruales.

Los esquimales combaten la blenorragia por medio de un procedimiento bastante curioso, cuyo origen resulta desconocido. Cuando descubren los primeros síntomas, se introducen en la uretra un aguja de hueso de foca, que dejan allí hasta que se ha impregnado bien en la secreción purulenta. Seguidamente dejan la aguja sobre un pedazo de hielo, y si a la mañana siguiente aparece adherida al hielo, es señal de que la blenorragia se curará en seguida.

Pero no hace falta recurrir a los pueblos de civilización más remota ni

a los salvajes tampoco para encontrar las abominables prácticas, aconsejadas por la superstición. En gran parte de Europa existe la creencia de que la sífilis se cura practicando el contacto carnal con una virgen, cuanto más joven, mejor, y otro tanto sucede en America, si bien la teoría la sustentan los italianos, chinos y negros, y, muy especialmente estos últimos, los que creen, como es costumbre en sus países de origen, que sólo las vírgenes blancas poseen esta extraordinaria virtud.

Los periódicos dan cuenta con harta frecuencia de los lynchamientos de negros en Norteamérica, como castigo por haber violado a una joven. Estas violaciones no están inspiradas en un deseo erótico irreprimible, sino que la causa única y exclusiva está en la arraigada superstición de que no existe otro medio más eficaz que el contacto carnal con la virgen blanca para curar radicalmente las dolencias sexuales del negro.

La doctora Flora Pollack, de Baltimore, calcula que todos los años son inficcionadas de 1.000 a 2.000 niñas, entre la edad de uno y quince años, ocurriendo el mayor número a los seis años, y, según ella, obedece no a motivos de lujuria, "sino a la superstición más brutal, que consiste en creer que las afecciones venéreas se curan radicalmente por este procedimiento."

Un procurador alemán cita el caso de un campesino que tenía chancros, el cual escuchó el consejo de que sólo una doncella impoluta podría curarle. El bestia, sin preocuparse de más, practicó el coito con su propia hija, siendo lo más extraordinario del caso, por si lo anterior no lo es bastante, que, en realidad, curó de su repugnante enfermedad.

La misma creencia sostenida por los musulmanes, según lo que hemos copiado de uno de sus libros de teología, existe en casi todos los distritos rurales de Europa; esto es, el coito con animales, a lo que se atribuyen las mejores virtudes curativas. Muchas prostitutas participan de la misma opinión, y al efecto se hacen cubrir por perros o practican contactos *homosexuales* con perras, cabras, vacas, etc. Un campesino me refirió que una señora muy elegante y de buena posición que acostumbraba a pasar el verano en las inmediaciones de la aldea, se encerró tres días con una cabra en una de las habitaciones de su casa, sin duda para atender a la curación de alguna enfermedad vergonzosa. Dicha mujer había cumplido ya más de los cincuenta y cinco años, según las manifestaciones de mi sagaz informador.

En cuanto a la impotencia masculina, la superstición va asociada muchas veces a la práctica de rezos e invocaciones a las divinidades, especialmente entre los salvajes, ya que los cristianos no apartan la idea de

"pecado" de todos los actos y consecuencias de la sexualidad, a excepción de la procreación.

Los musulmanes conjuran la impotencia por medio de amuletos y plegarias, aunque también recurren al empleo de drogas y productos de gran eficacia, como veremos en el volumen XXVII de esta colección, titulado *Esterilidad e impotencia.*

Los civilizados que no se resignan a perder sus energías sexuales mientras la imaginación continúa en pleno vigor, estiman que no hay mejor amuleto que unos cuantos pelos de la región sexual de una virgen, para conservar las fuerzas de la virilidad.

En la Guinea española—y seguramente en toda la región del Africa Ecuatorial—, se atribuyen los más extraños poderes a los pelos del oído de los elefantes. Los indígenas confeccionan pulseras para las mujeres y unos anillos especiales para el hombre, afirmando que el portador de estos talismanes jamás se verá atacado de impotencia ni de desgano sexual. Esta superstición ha transcendido a muchos europeos, los cuales no regresan a su país si no se han provisto de las pulseras y anillos correspondientes. Un amigo mío decía que no hay un soldado que regrese de Marruecos sin traerse una cajetilla de tabaco, ni un colono de Guinea que se olvide del anillo de pelo de elefante.

La esterilidad femenina merece la atención de las gentes supersticiosas desde los tiempos más remotos. Siendo considerada la mujer estéril como algo maldito, particularmente en los pueblos primitivos, al ser insuficientes los poderes de las divinidades locales para remediar tan tremendo mal, se hacía preciso recurrir a las fuerzas de los magos y a las invocaciones de los espíritus.

En el Japón, en las inmediaciones de la santa ciudad de Kioto, existe una fuente en las proximidades del templo shintoista de Heian, a la cual acuden las mujeres que anhelan ser madres en verdaderas peregrinaciones, con tal de beber un sorbo de las aguas milagrosas. Y se dice que es tanto el poder de estas aguas, que a los nueve meses de haberlas bebido, dan a luz ¡hasta las solteras!...

También en España se cree en la virtud fecundadora de ciertas aguas, a cuyos manantiales, generalmente de algún santo, acuden las mujeres discretamente, y procurando rodear su demanda del mayor secreto. En un pueblo de la provincia de Badajoz se prohibe a las muchachas solteras beber estas aguas, sin duda porque, como en el Japón, se cree que se necesita del concurso del hombre para que el embarazo se realice.

Las oraciones también se asocian con las ideas supersticiosas: por lo general, no hay más que rezar a cualquier santo y evitar el encuentro con

tuertos o personas lisiadas, para conjurar el "mal de ojo", a lo que se achaca muy frecuentemente la esterilidad femenina. En Galicia y Asturias, los campesinos culpan de la esterilidad a las brujas que habitan en las espesuras de los bosques, y otro tanto sucede en Birmania, donde se organizan verdaderas batidas para exterminar a esos espíritus tan enemigos de la prosperidad de los pueblos.

En Polonia, hasta hace poco tiempo, los curanderos eran los "técnicos" más indicados para remediar estos trastornos de la mujer, y el mejor remedio consistía en hacer aspirar las emanaciones de unas hojas y hierbajos sometidas a la acción del estiércol de vaca, bajo el cual se depositaba la mixtura hasta que entraba en putrefacción. Aquí se encuentra muy arraigada la creencia de que la "flor de luna", de que ya hemos hablado, era el mejor auxiliar para las ambiciones de los matrimonios estériles.

La "conjuración por la sangre", en lo que los musulmanes tienen vital de todos los seres animados. "La sangre es como la esperma—dice Halevy—, aunque en grado menor, un líquido compuesto de una muchedumbre de pequeños mundos, de formas ovales y redondas, muy influenciables por la luz o principio vital, y poseyendo, como el imán y el ámbar, propiedades atractivas y repulsivas. La sangre es la que da a los nervios una parte de su potencia y de su ponderación, al par que recibe de éstos las impresiones que parten del cerebro y de la imaginación."

Aparte de estas razones científicas, expuestas más o menos correctamente, no hemos de olvidar el prestigio misterioso de la sangre, en virtud de que en ella radican todos los poderes de la energía animal, convencimiento que ha llegado a consolidarse en el ánimo de todos los pueblos.

Los musulmanes recurren a la conjuración de la sangre, principalmente para hacerse amar de la mujer deseada, y el método que emplean es bien sencillo: Consiste en hacerse unos cortes en el brazo izquierdo, en tanto que tienen la vista y el pensamiento puestos sobre el objeto de sus anhelos. "Si puede oírlo la mujer, dicen, el hombre pronunciará estas palabras mientras la sangre brota de los cortes: "¡Dios es Dios! Esto es tan cierto como que toda mi sangre se derramará antes que se extinga mi poder por poseerte."

Y aseguran que el remedio es infalible, puesto que la mujer no tarda en rendirse a los deseos del galán.

Pero no sólo es en este aspecto en el que la sangre resuelve conflictos sexuales: también representa un remedio poderoso para combatir la esterilidad pertinaz de la mujer, con la particularidad de que esta supers-

tición no queda circunscrita a los musulmanes, sino que se observa en algunos pueblos de Europa, particularmente en las provincias balkánicas.

Cuando una mujer es estéril, se recaba el concurso de otra que sea muy fecunda, y, a ser posible, que vivan todos sus hijos. Al estar convencidas estas gentes de que en la sangre de la estéril imperan unos espíritus malignos, estimándose, además, que su sangre es más débil, se procede al *injerto*, por decirlo así, que consiste en extraer unas gotas de sangre de la mujer fecunda y aplicarlas sobre los pequeños cortes que previamente se habrán practicado en el brazo izquierdo de la estéril. La operación puede repetirse durante varias veces, hasta que la esterilidad desaparezca.

Nos encontramos con la existencia de esta superstición, pero en condiciones absolutamente idénticas, entre las gentes que habitan en la península de Kamtchatka, en el extremo más oriental de Asia, y, sin duda por la proximidad, vuelve a reaparecer al otro lado del estrecho de Beringh, en América.

Hay otros medios químicos para purificar la sangre de las mujeres estériles, anulando la acción de los espíritus malignos, como se observa en ciertas regiones de Australia. Los curanderos hacen una mixtura a base de polvo de licopodio—lo que se extrae de unos hongos secos que reciben, en España, el nombre vulgar de "pedos de zorra o de lobo"—, sangre menstrual de una mujer fecunda y cocimientos de hojas de una planta a la que se atribuye propiedades mágicas, "que tiene la virtud—dice Lawing—de secar a todas las plantas que crecen a su alrededor tan pronto alcanzan un mediano desarrollo" (1). Esta mezcla la injiere la mujer en píldoras, y aseguran los australianos que si no queda embarazada es porque la esterilidad proviene de los espíritus fecundantes. Como no relacionan el coito con la fecundación, jamás piensan estas gentes que la culpa puede ser del hombre.

Ahora bien, estiman que el marido puede haber inspirado antipatía a los espíritus fecundantes, y en este caso es necesario que otro hombre que ya haya tenido hijos practique el acto carnal con la mujer estéril, con el fin de que su "sangre del placer", o sea el semen, sirva a modo de cebo para los buenos espíritus fecundadores.

(1) El doctor Lawing debe referirse a una planta, conocida vulgarmente con el nombre de *hopo de zorra*, que se produce en Marruecos y en el sur de España, y que tiene propiedades análogas, atribuyéndola los moros ciertas virtudes medicinales. Ignoro su nombre técnico; viene a tener una altura de un metro, y sus flores son amarillas y arracimadas, asemejándose bastante el haz de flores a la cola de una zorra.

Por lo general, casi todos los pueblos salvajes confunden las enfermedades venéreas con las afecciones particulares de la mujer. En estos casos, la medicina popular no sirve para nada, y casi siempre se recurre a los procedimientos de la magia, e incluso a las divinidades, a las que se sacrifican animales domésticos de la pertenencia de la enferma.

La sífilis, que en algunos pueblos era completamente desconocida hasta la llegada de los dominadores europeos, cuando no se manifiesta con caracteres muy alarmantes y no impide la práctica del comercio carnal, no inquieta demasiado a esas gentes—árabes, chinos, australianos, africanos, etc.—, ni tampoco representa un impedimento para el matrimonio, puesto que no se cree que existan enfermedades contagiosas, ni nadie puede estar enfermo si se encuentra en buenas relaciones con los genios tutelares de la tribu o, simplemente, con los hechiceros.

En Nyassaland los indígenas creían antiguamente que las enfermedades sexuales tenían su origen en la picadura de ciertos insectos parecidos a las niguas, los cuales se introducían por la noche en los órganos genitales internos, empezando a devorarlos. Las mujeres, en vista de esta superstición, acostumbraban a introducirse en la vagina pedazos de carne cruda, con el fin de que los insectos utilizasen dicha carne como alimento.

Un médico portugués afirma, por el contrario, que estas gentes conocían la blenorragia, la que se curaban introduciéndose en la uretra unas varillas confeccinadas con los huesos de ciertas aves que consideran sagradas, parecidas a los buitres, pero tenían la precaución de calentar al fuego o por medio del frotamiento esas varillas, sin lo cual no tenían las propiedades curativas que se les atribuía. Desde el punto de vista científico, esta costumbre debe admitirse en relación con la termoterapia, o sea el tratamiento de las enfermedades por medio del calórico, de grandes resultados en lo que respecta a la blenorragia.

En la India también se recurre al calórico para combatir las enfermedades de la uretra, pero asociando el tratamiento con otras prácticas religiosas o de magia. Esto sólo se hace en los casos benignos, pues en los más graves presta servicios, al decir de esas gentes, insustituibles, la mezcla de la sangre del himen y el agua de los ríos sagrados.

Por último, en España e Italia aún subsiste la creencia de que el agua bendecida por un sacerdote tiene idénticas propiedades milagrosas para la curación de toda clase de irritaciones purulentas, ya sea en los órganos sexuales, en los ojos o en cualquiera otra parte del cuerpo.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

ORIGEN DE LAS SUPERSTICIONES

El principio de las ideas religioso-sexuales.—Las "santificaciones".—Prostitución religiosa.—Superstición y religión.—Influencia de los factores económicos.—Influencia de la cultura.—División de la historia del amor humano.—Explicaciones de Tylor.—Las de Billroth.—La desfloración religiosa.—Narraciones de los viajeros.—Los supersticiosos.—Misterio y animismo.—Imposibilidad de negar ni afirmar 7

LA MUJER Y LOS GENIOS MALIGNOS

La impureza menstrual.—El hohbre responsable del "misterio" femenino.—Las particularidades del sexo.—La alianza de la mujer y el demonio.—Papel importante de la serpiente.—La menstruación provocada por los reptiles.—Los peligrosos influjos de la sangre menstrual.—Sus virtudes.—Como filtro de amor.—Como protección de la agricultura.—Los transtornos psíquicos.—Los remedios de la Inquisición.—Las amantes del demonio..... 19

LOS ANTOJOS ALIMENTICIOS

Influencias psíquicas del embarazo.—Lo que no explica la ciencia.—El antojo como expresión del instinto.—El capricho de los higos chumbos.—Papel importante de la autosugestión.—Las memorias de la Duquesa de Abrantes.—Carácter sagrado de los antojos.—Los casos más célebres—Atracción del tabaco.—Sus inconvenientes.—Preferencia por las frutas.—La prueba de la manzana.—Nuestra ignorancia 35

TEORIAS Y PRACTICAS ACTUALES

Embarazadas por la "flor de la luna".—Independencia entre el coito y la procreación.—Explicación del placer y misterio de la procreación.—El "mal de ojo".—El aborto y los sesos de cerdo.—Lo que dicen los clásicos.—La mujer que paría conejos.—La fecundación de los espíritus.—Virtudes del cordón umbilical.—Pruebas del embarazo.—La del sudor.—Creencias primitivas sobre la fecundación.—Procedimientos para elegir el sexo.—Su determinación.—La acción del coito.—Para evitar los dolores.—La incubación 47

Páginas

IMPRESIONES DE LA IMAGINACION MATERNAL

Siempre el misterio y la ignorancia.—Teoría de la impresión maternal.—Origen de la misma.—Las ovejas de Jacob.—Las primeras discusiones.—Teoría de la herencia.—Argumentos y crítica.—¿Cuándo se operan las impresiones»—Posibilidades.—Los partidarios francos.—Los Los detractores.—Casos expuestos para los médicos.—El niño que nació con cabeza de vaca.—El monstruo encéfalo.—Observación en una perra.—El gorro frigio y el Santo Sacramento 65

LA CURACION MAGICA DE LAS DOLENCIAS SEXUALES

La fornicación con los animales.—Virtudes curativas de la sangre himenal.—La sífilis y la violación de las vírgenes.—Causas del lynchamiento de negros.—Un caso monstruoso.—La dama que se curó con una cabra.—La impotencia y la magia.—Virtud del pelo de elefante.—Aguas fecundadoras.—La "conjuración por la sangre".—Los injertos.—Termoterapia salvaje.—Virtudes del agua sagrada 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Mujer Sakalave 16

LAMINA II
Muchachas "Koles" 17

LAMINA III
Danzarines diabólicos del Ceylán..... 32

LAMINA IV
Joven Tahitiana 33

LAMINA V
Naturales de las Islas Salomón..... 48

LAMINA VI
Mujer de Laos 49

LAMINA VII
Antojos del embarazo 64

LAMINA VIII
Antojos del embarazo 65